Cuentos de Tabararia

José Mª Fíncias

Cuentos de Tabararia

José María Fíncias

Contents

Title Page
La méduLa de Los cuentos
CapítuLo I
CAPÍTULO II
CAPÍTULO III
CAPÍTULO IV
CAPÍTULO V
CAPÍTULO VI
CAPÍTULO VII
CAPÍTULO VIII
CAPÍTULO IX
CAPÍTULO X
CAPÍTULO XI

Dos pollinas, un jamelgo, en hilera, de camino, relamidas por los juncos las aguas del Palomillo; salpicando con el trote los guijarros amarillos sosiegan la algarabía de los cantarines grillos. Estrafalario el jinete, un escudero rollizo, engatusados de duendes por trasiegos del estío suspiran que venga el aire a abanicar los espinos.

La méduLa de Los cuentos

Amigo lector, perdona la desenvoltura tomada al escribir este pequeño ensayo sobre unos curiosos cuentos pues, al estar acaecidos en Tábara y su contorno, conviene al discurso narrativo. Al ser solamente un principiante que me lanzo al abismo con paso decidido, apenas con una calabaza en la cintura como improvisado salvavidas, instintivo, me dije: Avante, ¿qué puedo perder echando a volar mi imaginación? Nada, aunque consciente de que al no haber calculado el salto pudiera acabar despellejado contra el acantilado donde rompen las olas del agitado océano literario.

No recuerdo cuándo empecé el argumento que me ha llevado a confluir en esta encrucijada, en la que me hallo un tanto extraviado.

Casualmente, coincide mi edad con la del escritor cuando agrandó con sus obras el precioso raudal de nuestra literatura castellana y ¡ay!, cuánto me gustaría revivir las formas que Cervantes, el universal genio de nuestras letras, logró poner en la boca del bonachón Sancho, haciéndole hablar de aquella manera alargada pues, cuántas veces, como le sucediera a él, encontrarás que no hay quien me entienda. Ahora, resuelto al reto, respondo como el ingenuo escudero en *que es suficiente que me entienda Dios, que es el entendedor de todas las cosas.* [1]

Así, sugestionado por jugar sí o sí en el tablero de las palabras me acordé de Barataria, la ínsula que prometió don Quijote a su fiel escudero, ignoto lugar en el que trabucando aquellas sílabas hice recalar en Tabararia al protagonista, Alonso Quexada.

Tábara, la madre de la Vieja Tierra es, desde antiguo, un lugar de cuento repoblado por monjes que construyeron un mítico monasterio. Vino a fundarlo el mismo Froilán, un beato ermitaño que montaba un borrico cargado de libros y de sueños. Después animaron el *scriptorium* el abad andalusí Arandiselo, el iluminador Maius, la monja Ende y el amanuense Emeterio. Próximo el año mil una incursión de Almanzor, que se batía en retirada, acabó por deshabitar aquel proyecto, al que siguió la oscuridad de un típico feudo del medievo con nuevos protagonistas, Alfonso VII, conocido como «El Emperador», Elvira, su sobrina Sancha y los caballeros de la Orden del Temple.

Esta villa ligó su devenir a una sucesión de personajes que inscribieron su nombre en la historia por gobernarla con mano de hierro, como el traidor Gómez Pérez de Valderrábano, Luis de Almanza, su hijo Diego o don Pedro Pimentel. Desde entonces ha pasado mucho tiempo pero, de momento, corramos un tupido velo.

Ahora que me hallo sentado sobre la hierba a la sombra de una encina de la plaza de Tábara, ajustando las imágenes al primer párrafo del borrador, reparo en el frontispicio de la casa solariega donde a la

sazón vivió el más distinguido de la saga de los Pimentel. En esta avisada conjetura me dispongo a dar notoriedad a ciertos episodios pasados en aquella época del Renacimiento cuando el señor de Tábara, don Bernardino Pimentel, no era nada más que un acaparador de mayorazgos.

Antes de encajar al mencionado e inquieto sabueso en esta marimorena, diré que el hijo de don Pedro y de doña Inés nació en Tábara el año de 1485 y prolongó su existencia hasta el 19 de julio de 1569 cuando, a los 84 años, falleció en Villafáfila. Percibámoslo como si estuviera impartiendo disciplina a los lacayos, recalcada su hirsuta fisonomía por el cuello de una camisa blanca de encaje ondulante, y embutido en un jubón negro enriquecido de piel con mangas acuchilladas, tan a la moda imperial de 1530.

El Autor

CapítuLo I

La poLémica de Los compadres

Mi nacimiento sucedió en Cervantes de Sanabria en el desventurado año de 1505, que dilató el invierno hasta caer una nevada descomunal por aquellos días de finales de febrero. Dejad que me presente: Me llamo Alonso Quexada. Soy el único hijo de Ben Jacob Quexada y de Esther de Monterrubio. Diré que no me gusta que me recuerden la muerte de parto de la madre que me trajo piadosamente en sus nobles entrañas: El futuro que me auguraban era incierto; decían que no era mucho mayor que un gatito que apenas maullaba. Para evitar que en caso de finiquitar acabase en el limbo, me llevaron a bautizar el día de su entierro tapado con una capa parda confeccionada en Bercianos de Aliste. Convenía cumplir con la religión imperante desde la infausta expulsión. Aún siendo tan pequeño, conforme a nuestra costumbre mi padre, montando un caballo, me llevó en secreto a circuncidar por un rabino que tenía un molino harinero en Otero.

Desde entonces, teniendo mi ventura marcada desde el principio, no he parado de viajar. Y cuando mediando la mañana más abrasaba el sol distribuyendo sus ardientes rayos por los ásperos eriales, de la característica forma en que lo hace por el santo día de invocar la piedad de San Lorenzo, llegué al trote de mi rocín emparrillado, igual que el mártir dentro de la coraza, a un claro que llaman de los Carrascales. Un paraje donde menguando las encinas contiguas al labradío pastaban tranquilamente unas reses bravas del señor de Tábara, escapadas de la cercana dehesa que posee en Moratones. Me seguía mi escudero Gabino Prada, natural de Carbajalinos. A lo menos llevábamos recorridas ya como tres leguas desde que partimos de Castrotorafe. Estábamos tan cerca de la villa que desde aquí ya avistábamos esa misteriosa torre encastillada que construyó Nuño, el comendador de los Templarios.

Aunque mi jamelgo viniera castigado por la espuela me sentía tan seguro que las cité con la pica: Ea, toro, jo, jo… Caí tarde en la cuenta de que a no mucha distancia venía en la burra mi compadre sentado a la mujeriega. Cuando oyó decirme aquellos cites propios de un caporal, viendo que uno de los erales mugía en tanto y que escarbando con las patas lo miraba echando a la vez vapor por las narices, no teniéndolas todas consigo se arrimó lo que pudo a una encina, se subió de pie encima de las alforjas y trepó al frondoso árbol.

Escarranchado en el ramaje comenzó a gritar como un poseso:

¡Valiente torero montando a caballo! ¿Se ha vuelto loco, Quexada? ¡Maldita sea su estampa! ¡Deje de llamar a los toros! Luego, de corrido, pidió mirando a los cielos: ¡Dios me guarde la burra del maléfico demonio! ¡Qué desdicha que mi señor no me reconozca dejándome a merced de los cuernos de los toros! Yo de aquí arriba no me rebullo.

Estaba por el cristus tan enfurecido que de oírle soltar tantos reniegos tuve que refrenarme para no reventar de la risa. –Anda y baja, Gabino. Como tardabas tanto los cité por distraerme sin mala intención.

A cambio de excusarme se calmó, bajó de las ramas, recompuso la albarda y con las ínfulas cargadas, dijo: ¡No estoy para más peligros!

De estas trazas, como de botija de vino toresano, puso a correr sus pequeñas piernas para subir en la borrica. Lo hizo con tanto ímpetu que salió impulsado como por una aviesa exhalación por el lado contrario, dándose una panzada contra la hierba de la que, al oír el ruido como de un tambor roto, pensé: ¡Pardiez, se me despanzurró el gordinflón como un sapo conchero! Entonces me acerqué a él y le dije: Comprende que los toros cuando están en el campo nos ignoran y, muchas veces, la alocada diligencia afecta a los resultados de la caída. Le ayudé a recostarse sobre el árbol y le pregunté por su estado.

–Gabino, es menester que me digas cómo te encuentras. –Cómo quiere que esté; pues desbaratado de las costillas.

–Tranquilízate, mal sea que en este pueblo de tan buen porte no haya quien te las albarde con algún emplasto; y a las malas, no hay moratón que no puedan chupar ávidas unas sanguijuelas.

–Vaya una apretura que me propone vuestra merced. ¿Cómo va a ser lo mismo una sangría que una ventosa? Prefiero caer en manos divinas que en las de un curandero sanguinario. Además, soy contrario a las pócimas de los enemigos del cuerpo.

–Pero Gabino, reflexiona, ¿a santo de qué va a ser mejor el dolor que el remedio? Haz de esto entendimiento, que te costará lo mismo. A qué estado has llegado por una simple calaverada; veo que te falta coraje para afrontar la cura –dijo Quexada– no te enredes en la trifulca, que siempre te ha perjudicado en estos lances.

–Y también las ganas de fiarle la candonga hasta el confin del mundo.

–¿Y cómo no hacerlo, echándome la pega de hoy a las espaldas? Hablemos claro, maese Alonso… hay tronchadas como esta que apartan a uno de la vida –le respondió.

–Dejémonos de andar a vueltas y atempera tu enfado, que ser generoso ante la adversidad es la mejor dicha.

No nos quedó otro remedio que almorzar allí y sestear hasta la tarde por si se calmaba, pero como los quejidos no cesaron fueron

oídos por un labrador llamado Amós Cordero, privilegiado observador de nuestro trajín, que escardaba con la enrejada una tierra del paraje del Cáliz. Este hombre bueno, comprendiendo la dificultad que teníamos para salir por nuestros medios del malentendido, se acercó a echar un capote con su acémila y un carro de varas al cual subimos, aunando esfuerzos, al maltrecho Gabino que, entre el cuerpo y el espíritu nos parecía pesar tanto como un costal de a once arrobas.

Atamos su asnilla a la trasera del carro, y después de acoplar el tentemozo en la argolla nuestro voluntarioso auxiliador recogió el morral que escondía a la sombra de unas matas de hacer barrederos, emprendiendo sin más dilación la marcha. Subido en mi rocín me arrimé lo que pude al macilento, que colaboró llevando la borrica del ramal. Los dos íbamos enojados, Gabino refunfuñando y yo en silencio. El lugareño, para conjurar la rencilla no fuera a desatarse entre nosotros la pelotera de Maragato, nos dijo con la voz enronquecida: ¡Haced por esta vez cuentas galanas, compadres, riña de San Lorenzo y paz para todo el año!

Con el silencio roto recogí la cuerda pero intenté volver la hoja del sarmiento. Dios quiera que la perspectiva que nos aguarda –pensé– no sea tan parda como el paisaje. Me parecía raro esa bruma en el estío, más plomiza que un desvarío.

–A esta hora, señor Quexada –me aclaró el campesino– el aire recién salido de la boca del viento arrastra de sopetón la frescura de la Bajura agrisando Palomillo.

Gabino pareció animarse con la conversa hasta el punto de incorporarse a la delantera del carro. Al sentarse lo hizo sin mirar, sintiendo un leve aviso en las posaderas de una torcida horquilla de las de elevar el bálago al carro. De resultas de la punzada dio un respingo acordándose de mil santos. A juzgar por la copiosa colección de juramentos, que soltó al cielo, imagino que vería los distantes mundos de Copérnico, gracias que al fin aquietó su flema. Mas dejando pendular una pierna y manteniendo la otra en el pescante comenzó a tiritar, reclamando que le hiciéramos llegar un pingajo de manta zamorana, guardada siempre en la alforja para, si se terciaba, tener con qué pasar una noche al raso.

Durante el trayecto que os voy a decir la conversación fue casi todo un monólogo del labriego Amós Cordero. Centrándose en el lugar, al principio tuvo su gracia por lo machacón y lleno de prevenciones. En fin, para salir del atolladero, y como solía culminar los sermones un presbítero muy friolero de Triufé, fue una plática de las de baraúnda y tumba y tamba, muy amasada de sutilezas. Oyéndola, hice un ímprobo esfuerzo aguantándome la sorna lo que pude, aunque el hombre en estas, embebido como estaba en la charla, no se daba cuenta y nos reconvino, por si acaso.

–Si sois judíos no lo digáis a nadie para no pasar un mal trago, pues la villa es famosa en Castilla y no está para hacer en ella gala de querer portar el sambenito. En el pueblo hay corregidor de espada, cárcel, ítem más, un alfayate soplón de mil aires y de parecer cambiante, que en los ratos perdidos unas veces hace de familiar del Santo Oficio y otras de alcaide. Pues para más mofa dijo que ya alguno en el pasado había terminado quemado en el brasero, por contumaz, en la plaza.

Esto se lo reconocí como de mucho provecho pues yo siendo en verdad judío, me guardaría de revelar mis sentimientos. Recordé las veces que mis ascendientes tuvieron que entrar y salir de Portugal a falsear el bautismo en las parroquias del otro lado de la raya, solo para que nos dejaran sobrevivir de entrelazar las hebras de lino en el telar de costales que poseían en Cervantes, arrastrando el pellejo como buhoneros por las angostas veredas de la baja Sanabria.

Así, avanzábamos acompasados por el sonido de los cascos de las recuas cuando, a media distancia, un mozalbete entresacaba junto a su padre las malas hierbas de un patatal y, entre la maraña de zarzas de la esquina de la huerta, asomaba de cuando en cuando las orejas una burra perezosa que, con los ojos vendados, daba vueltas a una noria. El muchacho, al ver la turbadora estampa que ofrecíamos saliendo de entre la bruma, al cruzar el charco de los puentes tembleques sufriría un ofuscamiento que le hizo ver en nosotros quizá el carruaje del inquietante cortejo de la Santa Compaña. Preocupado, insistió varias veces a su progenitor, que atendía más al tajo: ¡Padre, padre!, ¿quiénes serán?

El hombre, evidentemente cansado por la reiterada impertinencia del joven, como dotándose de paciencia se cardó las venerables canas y, sin levantar la cabeza del surco, se contuvo la risa, aseverando con refinamiento al inocente: ¡Va a ser una comitiva de la cual, el que va tapado con la manta de mendigar me parece a mí que es el nuevo ministro de la gobernación de Tabararia, que a lo mismo lo traiga Amós a sustituir al difunto que en paz descanse!

–¡Ay, qué cojones, de la cabezada que me ha dado, *no me ha quedado pelo en la mollera por desmochar!* [2]

–¡Pues es un chascarrillo muy común de suponer!

–Vaya la castaña que me ha soltado a la contra el burro, es imposible insultar a uno tanto. Para guardarla en la memoria. ¡Ande, no porfíe más! ¡Parece que quiere que la líe!, dijo el muchacho.

–Pues adelante, atesta y brega, que más nos conviene no dejar ahora de cavar, a ver si llegamos pronto al cogüelmo.

De oír las voces de aquella monserga tan resolutiva, orquestó Gabino: Bien sabe Dios que nosotros discutiendo no somos tan brutos. Así es la mocedad, como una finca de tres cuartales sin cultivar; y el

padre cavando a sajo, qué bien ha puesto el espetón para que no se pierda derecho contra la tierra.

–De esto deberían aprender los demás vecinos cuando a escondidas tuvieren de suyo a un hijo querelloso porque, al cabo de año, sé de muchos que de huérfanos de palo, amanecen doblados, abundó el señor Amós demostrándonos saber de la misma jerigonza de avasallar impacientes.

Captado el ciempiés costumbrista, comprendí que después de tanto rodar por el mundo estábamos a punto de entrar en la mencionada ínsula puesta de verbigracia.

Cristianados por la pinta, se nos abrevió el último tramo hasta la Cuesta, contemplando las fértiles huertas de hortalizas de la Reguerina, que el labrador dijo laboraban con esmero los frailes del convento jeronimiano.

Aunque entramos por la plaza a cencerros tapados, nos topamos de bruces con la iglesia, saludándonos de lejos don Belisario, el prior del convento, apodado El Cansino por los vivarachos colegiales y que, para ganar el cielo, leía las vísperas del breviario paseando a la sombra acompañado por el aquilino arcipreste don Alcuino Castaña.

–Dios cría estos cuervos para juntarlos –dijo Gabino al verlos– ¿de dónde es el prior?

–Es natural de Bustillo del Oro. Quizás conozcáis el pueblo si habéis pasado por las vecindades de Alfoz de Toro.

–No lo conozco; pero sí sé que la curia apegada como está a los acomodos terrenales, más que a los del espíritu, es gustosa de diferenciar las jerarquías para no mezclar las churras con las merinas.

–Eso es tan cierto como que no hay raposa con dos rabos.

Entonces Amós Cordero , que a lo fugaz le sigue lo principal bebiendo las palabras, aprovechó la ocasión para traernos a colación los linderos y arrabales de su genealogía, a fin de colarnos a tragallón la historia de un pariente de Riofrío llamado Garcilaso Baturro, que vino a visitar a un hijo estudiante del Trivium en el colegio de estos frailes.

–Para esta fatiga de estudiar con los jerónimos –le dije– tiene que ser muy listo el muchacho.

–Yo no me quiero reír de ello pero verdaderamente Doroteo, que es como se llama, tiene la cabeza muy dura y no es para que una vez hastiado emburrase de eso, precisamente, con todos sus testículos.

De seguida Amós me aclaró que el osado padre venía con la vergüenza ya tan rasa que se le antojó traerlo de aquel lejano semillero de lumbreras, a sabiendas de que era un alcornoque; a ver si lo iba a desconocer un hombre como él, que estaba poseído de la ciencia infusa de saber de memoria el refranero.

–¡Ay, qué carajo de fundamento! –precisé– ¿Y qué hubo de resultas

de embutir al muchacho en tan poco tiempo tantos conocimientos?

–Un año de chiquilladas horrible.

–Si os place referir alguna, os escucharé con agrado.

–Sabed que en todo convento cada fraile, aparte de rezar, para redimirse con el sacrificio del trabajo cultiva una pequeña parcela. El rector se esmeraba a tal extremo en la suya, que no faltaban lechugas, tomates, pimientos, berenjenas, alcachofas, pepinos, calabacines y los mejores melones y sandías.

–Qué bien se explica, señor Cordero.

Los muchachos, al corriente de su flaqueza, para vengarse en él a causa de la severa disciplina que aplicaba en el colegio, amparados por la oscuridad de la noche irrumpieron en la huerta para robarle en un carretillo lo mejor de sus preciadas frutas. Tal inquina le tenía en particular Doroteo que, hecho el acopio, continuó pateando con saña las verduras hasta acabar con todas, mientras levantando del revés el índice, decía:

–El dómine nos agarra por los cojones de San Cucufato.

–Ojalá El Cansino reviente por los ijares –mientras, para hacer más coro, maldecían sus compinches.

–Explicaos. Me figuro que hecha la trilla, tamaña fechoría no pasaría inadvertida.

–Fue en el acto; entre que la ventana de la celda daba a la huerta y el prior, que para vencer los pensamientos impuros con que suele perturbar el demonio los sueños de los frailotes se disciplinaba durmiendo poco, observando desde la penumbra le reconvino a grandes voces: ¡Doroteo! ¡Mañana mismo ajustaremos cuentas!

–La de varas que les rompería en las costillas.

–Ahí no paró; mientras repartía por doquier los pescozones, para ahorrarse los ducados de la imprenta les hizo repetir a todos dos manuscritos suyos de pesada retórica.

–Con buena letra, Doroteo, sin salirte de las rayas. Y retorciendo la boca como si le hubiera dado un aire perjuraba: Copiaréis hasta que os vayáis la pata abajo o se os caigan las pestañas.

–Doroteo, tú que lees en los labios, ¿qué es lo que rumia? –Que nos va a tener de copistas hasta que nos caguemos.

Una vez que habían probado el cimbreo de las mimbres del pozo de los frailes, que los tunantes habían untado antes con ajo, le pedían perdónenos dómine. Naturalmente, no tuvo ninguna misericordia. Le dijo el fraile a Garcilaso que, después de un año de prueba, con el barro que le había traído para hacer los adobes, de nada valía que él pusiera a cargar los burros en los portillos, pues qué podía salir de ello si no eran cagajones.

–Señor Amós, yo estoy en que para saber poco hay que estudiar mucho.

Con aguzada perspicacia, enseguida me hice cargo de que el abad era incapaz de impedir cagar al asno contra su voluntad, a lo cual no le quedó otro remedio que llamar a capítulo al padre.

–No me quiero reír de ello pero, verdaderamente, Doroteo era de ruin sapiencia y no es para que una vez hastiado emburrase de eso precisamente con todos sus testículos.

–Admirable razonamiento, maese Cordero; al menos, si tu pariente después de esto reconoció el fracaso.

–De ninguna manera. Aunque Garcilaso parecía un celemín de sal, la verdad es que vino de Riofrío más quemado que un camellero abisinio, y como no reparaba en dieces, en cuanto tuvo a la cara al rector, le dijo: Los cagajones de mis borricos valen más que las oraciones de los obispos.

–Alguna triquiñuela tendría que hacer para imponerse –dijo Gabino.

–Estaba decepcionado, pero no hasta el punto de dar su brazo a torcer, reiterando su voluntad al rector de que el muchacho tenía que terminar de canónigo aunque fuese a la fuerza.

–Como hombre prevenido vale por dos, Garcilaso me dijo que había dejado enlazado un doblón en la oreja del asno, al por si acaso hubiera de asegurar la recomendación. Aunque, de todas formas, iba dándole vueltas a la gorra y no las tenía todas consigo; sobre todo, por las noticias que recibía de retorno hasta la verja donde había dejado atado al animal, que hasta allí mismo lo acompañó el prior dándole la vara, a la vez que le iba consolando lo que podía.

Entonces se produjo el milagro de que al justiciero rector se le iluminara el entendimiento.

–Atando el hábito por garabato mi corazón late por saber si, obrando la tribulación paciencia, al fin torció su parecer.

Fue asombroso. Al ver fray Belisario el refulgente brillo del oro en la oreja del asno, corrigió su severo discurso reflexionando para desinquietar su alma: A pesar de San Drogón ¿en esto, qué mal hago? Buena, buena será esta razón para la aureola de mi carrera; y aunque su ángel de la guarda le escarbara: ¿y por qué vileza la perdéis? No le hizo caso, y dijo con soniquete gregoriano: ¡Si la otra oreja está como esta, aprobada está la bestia! Imaginaos, qué fuerte.

–Ja, ja, ya nos imaginamos.

–Ay que joderse, hasta un abad tan virtuoso como él, por culpa del vil metal no repara en remilgos de empanada.

–Creedme si os digo que, rascándose la cabeza, en todavía sentenció: Que se quede, a saber cuántos canónigos peores habremos hecho en la iglesia.

–Aunque para una carrera como esa hay mucho que heñir, a mí me parece muy loable la determinación que tiene Garcilaso por sacar

adelante una vocación como esa. Lo interesante sería saber cómo acabó el asunto lograda la taba.

–Fue sencillo; ante la buena disposición de don Belisario, montó el hombre en la caballería yéndose a Riofrío muy confortado, dispuesto a guardar en la hucha los doblones que fueran necesarios hasta sacar al hijo con título de excelente.

CAPÍTULO II

Ensueños en la casa-palacio

Supongo que Amós Cordero puso punto en boca por nuestra inesperada apariencia, por ser discretos y por evitar que nos corriera la chiquillería, como tienen por costumbre cuando ven a gente nueva estando tan cerca del sitio al que nos llevaba. Nos metió con premura por la puerta del pasadizo. Tras franquear un arco de mampostería accedimos al patio por las puertas corraleras. Amós requirió a un criado para que avisara presto a don Baltasar el administrador, que fue puesto al corriente del infortunio de los Carrascales.

El perspicaz valedor, custodio celoso de los intereses de su amo, convencido de que el perjuicio fue causado por culpa de los animales, y para evitarle perjuicios mayores, ordenó atendernos como huéspedes ilustres en lo que fuese menester hasta que Gabino se recuperase del percance. Recibió nuestro enredador bienhechor, a cambio de la atención demostrada, mil parabienes de una parte y de la otra, yéndose después de colarle al interesado responsable la trapisonda, con la conciencia muy desahogada. Aleccionado el sirviente para que ajustara nuestro acogimiento, nos miró de abajo arriba y dijo: Parece que no traéis buen concierto, y nos introdujo después en la cocina.

Gabino todavía estaba desmejorado por el avatar. Fue entrar y, acurrucándose en la esquina de la chimenea se sentó, como en casa de su padre, en un banco de tres patas como los de trillar, que tenía en un extremo un clavo con forma de pie de hierro y que solían usar los criados para reponer las tachuelas de los chanclos. Yo me senté en otro trípode de madera observando el escenario; impávido me atusé la barba, silente como si no estuviera, con la bota puesta encima del trébede e inmerso en mis pensamientos.

Por lo que veía saqué la consecuencia de que la casa era de ajetreo pues el bufón y los criados, cada cual por su provecho adónde vas que mejor estés, entraban y salían de repique. En una de estas, irrumpió en escena Micaela la Morena, una criada muy graciosa nacida en la Herreruela, una aldea del señorío. La añeja mujer, que como a un hombre le raspaba el bigote y la barba, se fijó en el enfurruñado y le preguntó:

–¿A vos, qué os pasa que tenéis tan mala cara?

Y sin obtener del indispuesto más respuesta que un resoplido, continuó: Hay *probito*, de yo *aberruntar* que estabais sin *espolvoriar*, ya hubiera venido en *denantes* a *espolvorearos*. En dos idas y venidas voy a sacar del puchero un poco de caldo de gallina en una escudilla,

añadiré un huevo recién cogido del *ñal*,[3] que va a saberte a gloria y te alegrará la *pajarina* como si fuera una medicina.

La forma en que se expresó la criada me pareció tan descabezada que provocó en mí la sonrisa y las ganas de jugar al abejón con ella, para oírle decir más despropósitos de esta fabla poco pulida que por la comarca de Aliste se habla.

Reconfortado por el aderezo culinario que se aproximaba Gabino, ironizando, dijo querer saber qué era la *pajarina*.

Con la pimienta propia de una veterana sazonadora de matanza, la Morena le explicó que el organismo del puerco es muy parecido al del hombre y, como a los lomos tiene una cinta del color del hígado que así se llama, recalcó que de tal bicho es aprovechable todo, incluso los andares.

La conversación la escuchó en silencio un criado llamado Mauro que, por tener la piel como un mapamundi, los insensibles lacayos lo apodaron Tiñoso. El muy huraño, queriendo hacer del caldo tajadas, estaba acostumbrado a traducir en dinero los huevos que sustraía. No pudo por menos de decir que escalfar un huevo era un despilfarro y cosa de gente manirrota.

–Puto bastardo... parece que quisiera ponerme a dieta –masculló incendiado Gabino.

–¡Qué raro, que este no traiga luego otra cantinela!

–Pero Morena, –dijo mientras se daba la vuelta– eso que haces es de gente manirrota… si de un huevo pueden hartarse tres o incluso otro más si moja a la sombra.

–Detente vil caballería; luego que entramos, silencio. No está el horno para bollos.

–Dale un trancazo mujer, que lo merece –dije sin poder contenerme.

–¡Vamos que escandalizarte! Sin motivo que lo valga es menospreciar a nuestros invitados. ¡Ala, ea! Anda, vete a orearte para el gallinero, que el sapo que en marzo canta, viene abril y lo acallanta.

La buena mujer contuvo a Gabino con la mirada para decirle, a la chita callando, «no vale la pena zurrarle la pámpana a este avaro mal guisado, que tiene huero el cerebro. Tú come y sigue, como si nada, haciendo el papel de bobo». Mi compadre enseguida comprendió que callar es una socorrida forma de no meterse a la estera.

–Andando el Tiñoso tan largo como pelo de huevo –rematé– raro es que no medre.

Mauro estaba tan amohinado que no supo qué replicar a la perorata de Micaela y, desgarbado como el Barandales que toca la esquila en Semana Santa, tomó luego el pendingue a huir, que azotan al corral. Empinado del orujo como estaba, tropezó con una gallina que apretaba el culo en la ponedera cantando cocorocó y, atestando el

fardo, le dio una patada para desahogarse diciendo, ¿y tú, qué hablas?

La cena que nos dieron aquella primera noche en la casa de don Bernardino parecía hecha aposta para que cascabeleasen nuestros contritos vientres. Consistió en unas aguadas sopas de ajo, y ensalada de lampazas con limacos, recogidas en una poza de agua de riego de la Fontanilla. Agradecí esa moderación, para así conservarme enjuto, en tanto que Gabino, que era un probado tragaldabas, quedó canino de hambre y ahorrado de purgas pero con las tripas retortijadas. Al momento de la sobrecena nos fue tentando la modorra pejiguera hasta que solicitamos la piltra, no sin antes de hacer unas cabezadas a nuestros benéficos anfitriones, que ordenaron a un lacayo nos acompañara a nuestros aposentos.

Gabino convino gustoso en recogerse bajo la tenada de las ovejas, diciendo que sobre la paja y con el ruido de los cencerros conciliaría mejor el sueño. En cuanto a mí, al suponer los criados hallarse ante un virtuoso prosista que necesitaría preservar la mente al fresco, me reservaron mejor acomodo en una alcoba contigua a las pocilgas. El obediente sirviente me acompañó hasta allí por si me perdía. Me precedió abriendo brecha en la oscuridad con un candil cuya luz hacia retemblar nuestras sombras en los muros y en las tenadas de pizarra, aprestándome a lo peor el alma.

Enseguida me sobrepuse al llegar a la austera estancia enlucida con cal y ornamentada con un reloj de péndulo. El asunto fue que no habiendo visto ninguno de estos mecanismos de medir el tiempo tan de cerca, enseguida atrajo mi atención pues parecía observarme, desde su peana rinconera, por los ojales de darle cuerda. En cuanto al catre donde iba a dormir, tenía toda la pinta de haber sido principesco no ha mucho tiempo. Mis ojos, siempre atentos a los detalles, se fijaron en una pequeña llave atada a una cinta verde que colgaba de un chirimbolo. Pregunté al criado sobre su significado; este, con naturalidad, me contestó: Carece de importancia; es la llave del ataúd de la madre del administrador, que falleció aquí en esta cama recientemente.

–¿Es que acaso tiene el propósito de desenterrar a la que lo parió del ataúd? –pregunté disimulando el miedo.

–Vuestra merced malinterpreta; es una costumbre de por aquí conservar la llave del arcón mortuorio, como recuerdo.

–Por respetar la luctuosa tradición, no faltarán pesadillas a los que aquí se tumben, concluí. ¿Y para qué utilizan esos escapularios que cuelgan del cabecero de la cama?

–Verá usted… La difunta era tan beata, que mandó le pusieran los trebejos debajo de la almohada para evitar la atormentara el demonio en el momento de morir con alguna postrera tentación que la privase de ir al cielo. Para embaucarla, unas religiosas se los dejaron en el

torno cuando frecuentaba los beaterios de clausura antes de ponerse enferma.

Por el siglo de todos mis pasados, si no me queda otra que dormir esta noche con los malditos detentes, buen jubonzazo me meto. El sirviente me hizo una socarrona cortesía con la cabeza y salió del aposento dejándome en la soledad de la noche con tanto pánico como si estuviera en la casa del maligno; así permanecí turulato un buen rato sin saber qué hacer. Alumbrado por la tenue luz de una palmatoria, mi vista anduvo de gallo por la estancia hasta reparar en una panoplia como las que suele haber en las casas de los nobles en la cual, a modo de adorno, habían encajado un arcabuz. Mi artificioso ingenio estaba tan turbado por la tétrica exposición recibida, que me llevó la mano al buen tuntún a descolgarlo; era, evidentemente, la mejor arma para protegerme de cualquier figurada contingencia.

Recordé al caso todas las angustias que pasé durante la campaña del Milanesado, y la eficacia con que manejamos en el Tercio de Infantes el innovador artefacto hasta hacerles morder el polvo a los piqueros suizos en Bicoca. Pensé que sobre el contar ovejas o *jugar a las tablas con don Gaiferos*[4], esto era lo que había menester.

Amartillé el oxidado pistolete para probarlo y el gatillo no respondió; desalentado de que no me iba a servir ni para matar un ratón, lo mandé con el mismo diablo que me llevaba sin juicio y lo colgué en su sitio. Contrariado, perdí todo mi arrojo. Empezando a temer que el espíritu de la difunta deambulase por la estancia sin dejarme en paz, cavilé que lo que mejor podía hacer, por si tenía que afufar a escape de aquella capellanía, era meterme en la cama con la ropa puesta y con las botas. Estaba tan pertrechado que en cuanto soplé la llama de la palmatoria me empezaron unos escozores estorbándome todo por el calor. Me quité las botas y las alejé con fuerza hasta el confín de la alcoba; luego me fui despojando ahora del jubón, ahora de los pantalones, ahora de las calcetas… Me quedé al albur del ánima en pena casi en pelota picada con una camisola larga y los calzones.

Sin embargo, la azarosa e interminable noche no había hecho más que comenzar. Zas, zas, zas. Como si tuviera vida el reloj, no cesaba de pendular recobrando el impulso mecánico del resorte sin permitirme conciliar el sueño. Cada poco me atacaba con el repetitivo tintineo de su campanilla; a la media una, veintidós a las once, a las doce mi corazón resistió hasta veinticuatro sobresaltos.

Mi angustia crecía tanto como los ruidos de alrededor. Al principio, me parecieron de gatos tras roedores desplazando los cacharros de las goteras. Luego, un sonido metálico como si arrastraran una armadura por las piedras; todo iba acompasado de grandes golpes y revoltinas. Puso colofón a la timbirimba una

tormenta de espectrales rayos que, atraídos por la cercana espadaña, provocaron unos truenos pavorosos. Fue en aquel preciso momento en que se desató el diluvio, cuando debieron salir de su madriguera a manifestarse todas las fuerzas del averno. No aguantando más, me rendí a la suerte de que me llevaran al infierno.

Predispuesto a morir me levanté para ver de qué condición eran aquellos etéreos entes que me molestaban. Armado de valor, palpando en la oscuridad, llegué agazapado hasta ver por una rendija del cuarterón cómo el giboso bufón del conde, renqueando con su pata corta, encaminaba los puercos a las pocilgas. Entonces, recuperé la cordura y pensé que en ellos se metieron los demonios; y a lo zorro, sin hacer ruido para que no se me viera el plumero, regresé al tálamo más calmado cuando ya cantaba el gallo.

Como secuela de la tumultuosa noche me levanté piando más que una urraca. Al primero que encontré le conté parte de lo de los cerdos, soslayando lo más comprometido, como que me faltó un tris para irme de vareta por las pernetas, que hubiera acabado con mi fama de audaz, ganada de sobra en mil y una andanzas. El atolondramiento que me embargaba no contribuía a que saliera de aquel estado de chicha y nabo, sobre todo por el ir y venir de los pícaros preguntones, que me trajeron como tonto en vísperas hasta la comida.

Obviamente a don Bernardino no se le escapaba nuestra presencia en palacio, una novedad que al menos le podía romper la tediosa rutina de controlar. Deseando saber cuáles eran mis méritos me hizo compartir con él mesa y mantel, a lo cual acudí dispuesto a no desairar a nuestro egregio anfitrión que gobernaba la mesa. Como era algo corto de oído, para no perder ripio, me situó a su lado.

La pitanza del almuerzo siguió la misma compostura de vigilia que en la cena. Queriendo el noble arreglar la sobriedad, me dijo lacónico: Alonso, la abundancia mal administrada, aunque mata la gana, termina convirtiendo en pobres infelices a los acomodados.

No me resisto a especificar al lector los ingredientes del avío por la utilidad que tiene, en caso de que se vea en la obligación de asombrar a algún exigente sibarita. Consistió en un potaje de arroz con bacalao al modo tabarés, aderezado con un refrito de ajo, pimentón, un pimiento verde, un tomate y dos hojitas de laurel.

–Las hortalizas proceden de la huerta de los frailes, me informó don Bernardino.

–Señoría, la buena cocina se anuncia antes por la nariz; el aroma que desprende este fino manjar es capaz de resucitar el apetito a los más melindrosos paladares, dije agradecido.

Para no quedar en entredicho con la escueta colación, acercaron una fuente de espinazo, con otros quebrantos del cocido. Yo, para seguir a rajatabla la costumbre familiar de no comer puerco, me toqué

la tripa fingiendo estar satisfecho. Y mientras Gabino se dedicaba a entretener a las doncellas de la casa, con su facundia, durante la sobremesa di cuenta de mis andanzas al señor que, tanteándome los entresijos, quería saber si era noble o caballero.

–No, le contesté, pero creo que cuando menos merezco se me reconozca como hidalgo.

–¿Y por qué cree que le debe sobrevenir la hidalguía?

–Déjeme contarle que tuve la gran suerte de caerme en la artesa donde se amasaba la gloria más grande de nuestros imperiales tercios, la batalla de Pavía.

Oyó aquello y creo que celebrando se hallaba ante un hombre de mundo, persignándose dijo: Si no hay otra que puedas decirme, pues válgame.

–En mis comienzos cuidé de los asnos en las caballerizas durante la campaña en Suiza; a tal tiempo, como si me oyese, empezó a rebuznar la burra de Gabino. Dije: Es tan puntual que ha dado la hora justa, son las cinco.

Impresionado por la exactitud animal, pues después sonó el reloj, preguntó: ¿Y cómo es que la burra está al tanto del tiempo?

–Hágase cargo de que estas calificadas acémilas no son tan torpes como imaginamos, y están dotadas de una precisión natural que le hace acertar siempre la hora.

Don Bernardino, interpretando que la ocurrencia era una argucia para mudarle el juego, dijo que jamás había oído semejante disparate. Y, acometiéndome de nuevo, me azuzó: Por dónde estábamos, gallardo caballero.

–Señoría, sin duda será sabedor de que las campañas guerreras de nuestro emperador van resultando exitosas; y no deseando acaparar toda la gloria para sí, se dispone a retirarse a Yuste, cediendo el mando al príncipe Felipe.

–Ya me dijo mi primo, el de Benavente, que en los últimos tiempos nos rige al albur de su mudable deseo.

–Pues a ver si en uno de esos antojos tiene a bien concederle un título de nombradía.

–Gracias, Quexada; pero no espero gran cosa de él pues ya ha colocado sus alfiles entre los que representan algo en el ajedrez de sus dominios.

–Pues respecto a mí, debido a la paz que goza nuestro extenso imperio, habiendo dado muestras de sobrado valor como arcabucero en la vanguardia de nuestros tercios, he sido licenciado y me hallo de regreso a mi querida Sanabria, donde terminaré mis días. ¿No cree que he hecho mérito suficiente como para que se me otorgue el primer escalón de la nobleza?

–Me sorprende y no comprendo ese empeño en ascender habilitado

de nobleza. Querido amigo, si supiera los sinsabores que el dichoso estado me causa… Eso sí, por cantar la caña en algún mal lance no pierde también la cabeza. Fresca está en mi memoria la alevosía de mis pares a los comuneros para congraciarse con el emperador en Tordesillas. Pero, cuénteme esa celebre batalla en que dice estuvo usted metido.

–Entiendo que se refiere a la ya mentada de Pavía.

–Sí, pero… espere un momento Alonso a que me escude de paciencia. Dios me la dé para sufrirle, musitó para sus adentros. Espere que me ponga las antiparras, que quiero ver y oír cómo me pinta el campo de batalla.

¡Ay!, en qué afanes me meto –pensé– ¿y cómo le pulo ahora la calamorraza para no perderme en el derrotero bélico? Me parece que se la huele. Entonces se me ocurrió decirle: Aunque esta mesa no sea redonda le juro por los doce pares que lo que digo es verdad.

–Aténgase a ello, que me despista, y es para hoy.

–No quiero contarle maulas pero estaba con mi compañía atrincherada, defendiendo las murallas, cuando una andanada de artillería abrió un cráter delante de mí. Del susto se me cayó el chambergo al barro, me puse el morrión y, sin pensármelo dos veces, me lancé a campo traviesa hasta el hoyo con *el arcabuz en las manos y un chaleco de ante, y mi camisa y banda colorada*…[5] Entre los estallidos de las bombardas francesas también pululaba un dominico, Juan de Oznaya; cubierto por una estola morada y portando un crucifijo repartía a los moribundos salvoconductos para la otra vida.

–Muy bien Quexada, asintió don Bernardino, porque el relato siendo claro es más notado por mí. Y saliendo de una buena cabeza como la suya, con ese desparpajo, vale cuando menos cincuenta maravedís.

Abundó en elogios creyendo, a pies juntillas, la gesta del más templado trotamundos que en el orbe hubiera, porque soy raposo astuto borrando las pisadas con la cola. Ovillada la componenda, noté que estaba tan cegato que no se daba cuenta de que tenía vuelta la albarda.

–Me complace, que usted tenga trato con esos frailes; yo también estoy en hablas con los predicadores, porque estos jerónimos me traen de cabeza con tantas impertinencias.

–Con la de órdenes frailunas que hay para elegir, ya podía haber escogido otros que no fueran tan enredadores, le dije.

–Antaño, a mi antecesor Luis de Almanza le dio bula Benedicto XIII para ubicar aquí un convento de Dominicos, mas como el encargo lo hizo el abad Barnabas Almuerzo de

Moreruela, y se emperró en que lo ocuparan los Jerónimos…

–Si desde el Papa Luna no se dan por contentos es que llevan

demasiado tendiendo el paño en este altar.

–Quizá sea el momento que lo ocupen otros, Quexada.

–De sobra es sabido señoría, que beneficio recibido se da muy luego al olvido.

–Pues ya ve la condición del poderío que se me supone. Por Tábara cuando no lloviznan candeleros, salen de la iglesia a apedrear mentecatos.

Oída la vehemente jaculatoria, aprovechando que don Bernardino acuñó el ojo, me puse la casaca para mejor soportar el relente y me marché a la plaza abandonando a mi interlocutor en los brazos de Morfeo. Después de tender la raspa en el escaño, en cuanto se despertó don Bernardino volvió a reclamarme. Quería acudiera con él a visitar la sala capitular y el campanario que había estado en reformas.

Nos esperaba a la puerta fray Gumersindo, un joven fraile recién profesado que era lector de Gramática en el colegio; iba haciendo reverencias con la mano, indicándonos a la vez el acceso. La gran sala se veía grandiosa con el facistol ocupando la parte central, en cuyo recién estrenado retablo destacaba en lo más alto la imagen del fundador de la orden, San Jerónimo.

–Debe convenir conmigo Alonso, deducía don Bernardino mientras subíamos por la estrecha escalera a la espadaña, que el monje debe orar en silencio probando la paciencia en el trabajo, para alejarse de las miserias de la vida.

Con estos y otros devaneos llegamos a un rellano desde el que se divisaba la bóveda. Encima, entre los jabalcones, por un tablado que habían improvisado, se podía transitar por ella. En una hornacina excavada en uno de los muros habían depositado unas cajas con los huesos de algunos frailes fallecidos, en espera de que se terminara el panteón. Una de aquellas tenía algunas tablas sueltas por las que asomaba indiferente la osamenta de una mano. Los perezosos estudiantes de Filosofía la habían sometido a la tralla de su obediencia, mediante una sirga de albañil, para echarle una maldición al novicio que más temprano tocara la campana a maitines.

–A precio de iniquidades estudiantiles, yo estimo que del triquitraque el esqueleto está peor que estaba.

–Señor, no tenga duda que es un aviso al prudente; luego de verle los huesos, no hay quien repose, dijo fray Gumersindo.

–A mí estas cosas de la muerte me dan canguelo; como para no estar despierto.

–Le diré, señor Quexada, que las ficciones para los monjes de voto son solo bambollas.

El lego, para desatarnos el lío, nos explicó que el esqueleto era del hermano Sinforoso, un humilde fraile muy rezador que murió nonagenario esperando a que José de Arimatea le enseñara *el santo*

Grial.[6] La leyenda de la reencarnación del provisor del Sanedrín, la divulgaron por Europa unos falsos apóstoles venidos de Constantinopla.

–Me temo, fray Gumersindo, que tarde os confesó que era supersticioso.

–Aunque era poco hablador, del miedo al más allá dejó dicho le pusieran el artificio para que se oyese su llamada.

–Claro, por si acaso su alma se atascaba en el purgatorio, dijo don Bernardino.

–Señores, oigan y reparen que lo único que quedó patente fueron sus sórdidos temores.

–Por los polvos de San Benedicto, estoy convencido que de mal sosegar, tu compañero cometió un pecado de apostasía.

Llegados a la espadaña, y encumbrado don Bernardino, me dijo: Vea Quexada, qué pequeña es la villa; toda la plaza y lo demás es mío. El pueblo tiene pocas calles, la mayoría de los vecinos viven en San Lorenzo. Como si me lo inculcará el maligno, pensé en qué ventaja lograría si le replicaba a la engatusada; entonces hice como que me sacudía del polvo, y me dije, allá marche por el escampado el malandrín con todas sus gárgolas.

Al bajar, los monjes entonaban el *Te Deum laudamus* en la sala capitular del convento. Miré con pena al retablo calculando lo poco que le quedaba a San Jerónimo en su recién estrenado pedestal. Ya en la plaza correspondimos con un sombrerazo al saludo de las abuelas, que retorcían con maestría la rueca a la abrigada, en tanto carabinaban a las doncellas de la casa contra los moscones mientras estas, dándole vueltas a la aspadera, separaban la estopa del lino, haciendo lo propio con la lengua. La oscuridad a poco se apoderó de la plaza; un único farol iluminaba con su luz la puerta delantera de la casa palacio.

Más tarde, al terminar la cena me despedí del melancólico don Bernardino, y me dispuse a soportar la intriga de pasar la última noche danzando en la cama junto al espíritu de la difunta.

Antes de que amaneciera, mientras Gabino esperaba en la penumbra de la alcoba a que terminase de pertrecharme, escuchó la porfía que se traían los descreídos palafreneros, tocante al derrotero que tomaríamos a nuestra partida. Cuando se hartaron de burlarse de nosotros se fastidió en todos ellos, y nos marchamos del adverso concurso sin ningún laurel por la puerta de los carros camino de Cervantes de Sanabria.

CAPÍTULO III

Un avieso martinico

Reconozco que yo tuve la culpa de que orientáramos mal nuestra ruta, yendo a rompe monte con las caballerías por el hosco matorral de brezo. Gabino Prada iba entrapado como un monigote en los abultados pantalones bercianos. Bufaba, apretando las piernas a la barriga de la burra para no salir expelido por las orejas, porque el animal, acosado por los tábanos, agitaba el rabo intentando seguir el trote del caballo hacia las alamedas de Val de Santa María.

Inquieto por el incesante ronroneo, al volver la cabeza me pareció ver como si le trepara por la cinta del zurrón un enredador martinico, que supongo se le debió meter de polizón en las alforjas antes de partir del palacio de don Bernardino. La visión fue tan fugaz como irreal, dado el bamboleo de la cabalgadura, y no le pude prestar atención preocupado como estaba ante la desigualdad de la trocha. Cuánta razón tienen quienes dicen que en los rastrojos se esconden ojos como fanales, bocas como cotorras y, en los cerros, mil sospechas. Aquel enfático elfo o gnomo, propio de nuestra Castilla, se le acopló a liarle a la oreja un mal pensamiento: Gabino, ¿a que te gustaría que tu amo se descalabre?

–Juró a tres que hoy no me tomarás de pardillo, le contestó.

–Pues aquí estoy para hacer posible esa risa.

–Toma un revés, Delfín, y zape que te unto, le dijo despachándolo del hombro.

Me sorprendió oír que lo conocía por su nombre. Ahora veré, si de no prestarse al mal no le venga una aflicción. Cuán crudo tengo mi hado; con grima habré de lidiar durante el viaje con mi escudero y el rabicorto martinico hijo de puta. Cuanto más especulaba sobre las intenciones de Gabino, este me sorprendió diciendo: No soy tan ruin como pensáis.

Anduvimos echando perros desde la colina a los llanos por culpa del duendecillo y los espinosos zarzales, que flanqueaban los senderos y los barrancos prendiendo en las alforjas y la montura. El genio, que vestía una especie de balandrán verde con capirote y era tan peludo que parecía un leoncito, me mantuvo igual que un somormujo escamado en el humedal hasta que, asomando, me anunció resuelto: Por esas ínfulas que gastáis habéis de daros un golpe que os aturda esa morra.

–Guárdate que no te apañe, le dije; aunque te ufanes de listo no tardaré en asentarte el cayado en las costillas.

–Iluso, tonto, me estas amenazando. Mira que soy mosca mojonera.

Para rehacerme del alicaído coraje y no caer una vez más preso de la medrana, me obligué a darle naturaleza. A poco, hastiado por el reconcomio, frené mi cabalgadura hasta que nos alcanzó la burra, y le pedí a Gabino: Procura que cuanto antes se le resbalen los pies al travieso y se rompa la crisma.

Perplejo, el camueso no perdió la chaveta y retocó la palinodia para no antruejarme más la fiesta: No se me encrespe don Alonso, que donde salta la cabra, bien se lo barrunto, salta después la chiva.

Las trifulcas empiezan en gracia de la intención, pero no se sabe cómo acaban. A mi compadre, habiéndole encantado el cabrito monicaco tendré que perdonarlo. Queriendo Gabino deshacer el entuerto, buscó una gatera por la que salir airoso. Entonces, sabedor de mis ganas por remojar la barba, fingió sentirse agobiado, y me propuso agudo detenernos a descansar junto a una negrillera cercana.

Mas viéndome zanganear cerca de unas colmenas me volvió a apremiar por la demora en reponer la andorga: ¿Dónde será que por fin aballemos?

–Tiremos allá la majada, le indiqué.

–Allende el tomillar salsero hay una huerta con frutas.

–Pues sin más cogeremos algunas, y luego nos repartimos las peras de Villanueva.

–Viva, qué aromático sitio, casi trovarlo me place.

–Pues déjese de trovas y refresquémonos con unos tragos de agua junto a este árbol de acogedora sombra que, aliviados, mal sea que no podamos desembarazarnos de este enrevesado encantamiento.

Enseguida me invitó a beber de una barrila de Pereruela que había rellenado con un agua, muy fresquita, de la fuente de la Folguera. Paseé la bocamanga de la casaca por la abertura de la vasija de barro, y bebí, derramándoseme el preciado líquido por la camisola.

–Maldita contrariedad… Por no recargar la alforja, no quiso traer del mercado de Tabararia unos jarros con un plato, que más o menos hagan un cuartillo, que ahora nos eran tan necesario para comer con más provecho, dijo el zampón de Gabino pensando en la pitanza.

–Por el contrario, ¿qué hemos traído con nosotros? Pues, un martín pejiguero.

Sabedor de que estas apariciones tenebrosas me dan miedo, mi escudero explotaba mi debilidad de tal guisa que me parecía ver al martinico diableando. En estas estábamos, cuando el retorcido duendecillo nos plantó cara, y con una voz entrecortada y fina como el tintineo de una esquila, nos dijo: Menuda componenda le preparasteis a don Bernardino entre los dos, el mustio tragantón por quebrado, y el badulaque gentilhombre con lo de Pavía.

–Vaya, con que tú también estabas zascandileando entre los

burladores.

–Ja, ja, os la acoplé por mi hocico.

–Crispa la cola, Delfín –le dije resuelto a darle jaque mate por las obras y no por las palabras–. Rápido, Gabino, antes que nos encocore endílgale la rodela encima a ver si lo descalabras, a modo que el quebranto le repercuta en las tripas.

–Le arrojaré una terrible merced que le llegue hasta los sesos. A ver si lo topo.

Y de un fuerte impulso, enseñando los dientes, hizo planear el escudo como si fuera un plato volador.

–Si lo cojo, se lo encajo, dijo; afinando la puntería, pareciendo que le acertaría encima, el duende sintió volar por encima el peligro, saliendo airoso del lance.

Al fallo, le solté: No será de ley que hoy nos llevemos tu piel.

El pillo me miró, yo le miré, mas con peor saña arremetimos contra él, que se nos escapó de la tarascada. Gabino, que le cerraba el paso, corrió para cogerlo, yendo de un quiebro a parar de bruces en un muladar. Se levantó con la quijada embadurnada de boñigas, y dijo: Maldito seas, dejémoslo ir, que no cayendo en nuestras manos, no vayamos a caer nosotros en manos del cirujano, llenos de emplastos.

El malandrín, con un simple respingo, se había librado de la tarascada, y mostrándonos el culo rabón nos verbalizó otro desplante: Vosotros sois grandes y yo pequeño, si vuestra intención es herirme, dadme por descalabrado y aquí mismo os dejo.

Como por ensalmo escurrió el bulto entre los tomillos, montado encima de una musaraña. Sospecho que al bribón acaso lo enviara para aguarnos la Pascua el mismísimo don Bernardino. A fe mía que el extraño perdió el interés por acompañarnos; abandonándonos en aquella arboleda haremos discretos la retirada de este lugar para que no nos siga, pues lo que hemos visto desaparecer no es una bobería.

Si bien fuera un desatino, al ver el martinico que los dos partíamos, asomó entre la maleza y nos dijo: Aunque pierda los dientes mudaré el propósito para poneros mil zancadillas.

–¡Por los cuernos de Belcebú, avívate Gabino!

–Tranquilo, que como aparezca de nuevo por ese postigo de la magia no enredaremos con pitos flautas, y le aplicaremos de mano el santo varapalo.

Sin esperar a más cáscaras, enseguida reemprendimos la marcha en la compaña de unos pájaros que por aquí llaman lavanderas, trayecto en el que también abundaban las aves de caza, pues según pasábamos salían de vez en cuando volando espantadas de entre los matorrales las jóvenes perdices en bandadas. Se nos hizo muy larga la andada por aquel camino errado, hasta que al fin atravesamos el arroyo del Castrón.

Con el rumbo perdido, vimos junto a unas encinas un carbonero, nos acercamos a él, que turbado por la imagen que ofrecíamos nos preguntó: ¿De qué lugar sois, y adónde vais?

Aburrido del panorama no me esforcé en buscar la razón de la pregunta, y no encontrando en la misma nada más que sinrazón, imaginé que si no era para faramallear, a qué carajo le iba a servir saber quiénes somos. Perdí las formas y le contesté: Yo soy el mismo de antes, el de ahora, y el de después, y simplemente vamos en busca de una posada o alquería que admita huéspedes donde poder pasar la noche. Noté que el incauto quedó carilargo por la revoltina. Estuvo dándole vueltas a un pañuelo con las puntas anudadas tiznado por el polvo del cisco con el que cubría la cabeza. Anduvo en si debía mandarnos a tomar por saco. Iracundo, se dirigió a mí: Por el sagrado hábito del Temple, ¿cómo coño voy a ser indiferente al ver a un caballero estrafalario y un escudero tan disparejo, que con esta canícula y sin haber por aquí guerra lleva puesta en la cabeza una vacía de barbero? Que me aspen los demonios, si de ello no lleváis ya recalentada la sesera.

Al fin, armándose de santísima paciencia se avino a buenas y nos indicó que, como a dos leguas de allí, toparíamos con la venta de Zapatón.

–¿Por qué la llaman así?, le pregunté.

–Cuando lleguéis allí, vosotros mismos buscad la respuesta, nos respondió con justificada destemplanza. Y sin procurarme deshonra añadió avisándome: Tened cuidado, que por vagar por el mundo a dos pies, según como contestáis os acompañará siempre la suerte.

Suerte que tuvimos que haciendo de tripas corazón no nos pegó una somanta. Gabino me atacó la pantorrilla con la punta de la bota, y dijo con su discreto pero fecundo pico: Perdone don Alonso, le recuerdo que un costal vacío no se puede sostener, y un costal lleno no se dobla.

Capté enseguida la retorcida filípica del guisandero de la metafísica campesina, llevándome a parar en mientes de que nada hay tan atrevido como la ignorancia, y el que la sabe reconocer a tiempo ya tiene algo adelantado. Entonces, para no porfiar en lo incierto, repeinándome el bigote le dije tirando por lo ancho: Váyase la mocha por cornuda y prepárate, que saldremos a ver si encontramos mejor ventura.

Creyendo haber compensado lo mal hablado, por la buena intención, espoleando a las caballerías dejamos atrás el monte aligerando el paso por la pradera hacia un tronco aislado y seco.

Entre dos luces era cuando avistamos unas casas en hilera pertenecientes a la venta. Llegamos allí con la apariencia empobrecida de polvo. Gabino, con el estómago infeliz, dijo: Tengo una gazuza que

no me tengo; estoy pasando más hambre que un titiritero. Oportuno, el genio del apetito había hecho presa en él, y soltó, en seguida, que al buen escudero hay que tenerle el riñón abrigado.

–Puesto el plato, bien sabes tú que de la perdiz el pecho y del conejo el lomo; a estas alturas ya tenías que estar harto de comer en paradores de carreteros.

–Donde siego la gavilla tengo que comer la morcilla, y luego ya bien quedo para correr leguas.

–Solo puedo concederte el beneficio de cenar el primero.

Arreciando la voz solicitamos la presencia del mesonero. ¿Quién vive? ¿Hay alguien aquí? ¿Dónde está el que regenta esta posada? En viéndole aparecer con una cesta en la mano sacudiéndose las pajas, dije: ¡Albricias; por fin el dueño de la venta parece que bajó del gallinero al teatro!

–¡Bueno, bueno! ¡Como que me llamo Torcuato, jamás he visto por esta hostería tal par de impacientes de tumbo y trueno! Y continuó sin apurarse: ¡A qué viene tanto alboroto! No es para tanto, que aquí hallarán buen yantar y no encontrarán mejor sitio donde pasar la noche. Acomodemos primero al rocín y a la burra en la cuadra, que vayan comiendo; y vengan conmigo al figón, que les prepararé unas lentejas para la cena. Siéntense a la mesa y vayan afilando los dientes, continuó a la vez que con poco interés acercaba a una de las mesas un jarrón de vino y un pan tan negro y duro que parecía pan de perro.

–¡Por favor, sírvanos pronto, aunque no sería buena labor darnos gato maullador por liebre!

–Lo que mucho se desea, mal se cree, aunque se vea; comprended que a mí no me alcanza tanto la malicia, y si es por complaceros no estoy en labor de negaros la exquisita especie de los yantares que os esperan.

–¿Qué esconderá la facundia cautivadora, cual chicharra, de este lenguaraz mesonero?, apunté. Y aprovechando que Torcuato se alejó hacia la lumbre a remover el pote donde hervía el potaje, desprendiendo un olor que penetraba en las entrañas, me concentré en el pan, y dije: En mi casa no nos gusta el pan tan áspero.

Gabino, pinchando el pan con la perica, dijo: Déjese de garambainas don Alonso, a buena hambre no hay pan duro; coma y beba, que mucho me temo que de continuar con la dieta va usted por mal camino; ya se le está viendo el hueso por el pellejo. Aunque en lo que a mí concierne, no hay mal que por bien no venga.

–¿No estarás deseándome otro quebranto?

–No se me incomode con delirantes encantamientos; quiero decirle que lo que no coma yo le daré acogida con agrado en la oficina de mi estómago.

El zampón, para hacer plato, a la vez que echaba un bocado de pan

iba humedeciendo el gañote con el vino.

–Acá ya están en la mesa –dijo de repente el mesonero portando el pote de lentejas– e iros sirviendo las escudillas.

–¡Era para hoy!

–¡Ay, qué buena cena nos espera! ¡Dejádnoslo a la vera, que daremos buena cuenta de ellas!

Comiendo a dos carrillos fue metiéndose entre pecho y espalda tal atracón de lentejuelas, que en vez de renegar de su descomunal gula, dijo con la cara hinchada, atarugándosele por ello las palabras: ¡Malditas sean las algarrobas del ventero…! Que eso eran, cayéndosele algunas de la boca por las comisuras de los labios.

Al verlo comer con tal ansia no pude por menos que recordarle que según come el mulo, caga el culo. Yo aparté como pude la cebada que traían mezclada, y con el pan y el caldo quedé reconfortado a medias. El terco, descuidando los modales, pidió le reservara parte de ellas en un perol, para seguir atiborrándose después a solas. Su apetito era tan insaciable que aún podía guardar en su orondo bandullo, como para tres pucheros.

Nos acomodamos para dormir sobre la paja en un doblado de madera que había en la cuadra de los animales. Hacía poco que estábamos de oreja, cuando me desveló un ruido de gente y de bestias. Se oyó una voz que preguntó: ¿Hay alguien más en la venta?

–¡Sí, dos viajeros sanabreses!

Por este raso, en una noche tan sombría, la neblina que se formó me difuminó la visión, mas a este ir y venir de gente se unió el aire, entrecortando las palabras. Ansioso por saber, abrí aún más las orejas.

–Con que dices… se trata de dos viajeros… que han venido extraviados por el monte.

–¡Sí! –asintió el ventero.

Después hubo un trasiego de sacos desde los serones de los burros a las dependencias de la venta. Vista la traza, y que ligeros andaban, empecé a pensar que se trataba de ladrones o contrabandistas, que por este lugar fronterizo campean a sus anchas, teniendo por cómplice al pícaro ventero. Del ruido metálico, como de monedas, deduje que tal vez intentaban repartirse algún botín. Por la rendija de una madera vi cómo uno de aquellos echaba mano al descuido de los demás a unos reales de plata, más otro que lo descubre disparó con su arma de fuego al aire. Armada la bulla, les dijo terciando el ventero: ¡Basta, aquí no quiero sangre, al que se pase con el reparto no dudaré en ensartarlo con mi espadín!

El que parecía llevar la voz cantante miró furioso al manilargo, y le dijo: ¡Mereces que te propine una estocada en el costado, y tiene que haberla como me apodo Lobezno! –¡Espera, que a muchos bravucones como tú he visto perder la vida!

–¿Quién lo dice?

–Os lo dirá, sin reparo, mi honra y mi espada.

–Vete dándote por muerto.

–Pues yo no estoy para amortajar, pero si quieres escucharme te ofrezco un modo con que podamos remediar la porfía.

–¿Qué me ofreces por la blandura, sayagués?

–Hacer la riña con paz. Quédate con la parte que he tomado y me pertenece.

–Guardaré el acero en la vaina, y tenga tú honra vida.

–Ya me doy por satisfecho.

Gabino, abriendo los ojos, me dijo: Hablemos quedo, don Alonso. Guardémonos de los ladrones.

–Van mudando la artimaña, a ver si no se acuerdan de nosotros; que si nos ponen las uñas encima quizá nos maten, y muertos nos echarán el cuerpo a los cuervos.

Con la angustia de que me comieran los ojos me entró lo apuntado y, dando lo supuesto por cierto, se me subieron las tripas a la garganta. Permanecimos emboscados entre la paja hasta que, con un gran bostezo, sucumbí a la azarosa noche. Después de un largo silencio, precediendo al alba, nos despertó el quiquiriquí de un gallo, desgañitándose con tanto ahínco que se quedó ronco pidiendo, a hora tan intempestiva, ser llevado a la cazuela.

El legañoso ventero salió de un desvancillo y se desperezó a nuestra vista como si no hubiera pasado nada. Extrañado, le pregunté temeroso por lo que me pareció ver la noche anterior, más porque agujero mirara, válgame Dios si no apunto a tuerto. Al inquirirle se rió a mandíbula batiente de tamaña ofuscación. Me dijo que todo era un mal sueño, puesto que los llegados eran unos mercaderes de quincalla gallegos que iban por los mercados de los pueblos y aun dormían. Parece ser que para guiar a los más rezagados uno había disparado un tiro de arcabuz.

–Déjese de fantasías, señor Quexada, que tiene muy crecida la locura, me dijo.

Con la mente menguada, a consecuencia de no soslayar la torpeza, me restregué los ojos y enmudecí, para almorzarme las razones con la cara rojiza, pues no lograba tapar la vergüenza.

Aturdido por la chanza, viéndome como un alcornoque despojado de la corteza de corcho y expuesto al vapuleo, puse el pie en el estribo y subí con tal brío hasta la montura, que me quedó la gorguera sobre el jubón como un descalzaperros.

–Maldita sea mi suerte… –dije– Con el desarreglo del atavío se me fue el pundonor de hidalgo.

Tuve que dar mi brazo a torcer. Sin más, aligeré el caudal de la faltriquera para pagar los gastos del aposento, alargando unos

maravedís al intendente de la miseria, que los cogió con presteza. Torcuato, el ventero, echó por arrobas en cuanto al dispendio de atenciones que había tenido con los dos. Veloces, tomamos el portante. Al pasar cerca del árbol seco, el martinico se dejó ver con un sapo en la boca.

–Gabino, prestemos atención a ver lo que nos embanasta.

–Entonces, poniendo los brazos en jarras y pavoneándose de sus travesuras, soltó el batracio y dijo con su vocecita: Gustoso soy de dejaros.

–Más te vale o haré contigo un desastre.

–Dígase que es un ensueño y déjeme para otro día.

Quedando picado arremetí para pillar al martinico, que creado del perfil de un saltamontes se nos escapó de un salto.

–No sé qué le diga Quexada, pero me parece que otra vez se ha reído de nosotros.

–Reconozco que lo que yo viere por el agujero de la madera me ha resultado engañoso.

–El ocioso Delfín celebra la malicia de la falsa apariencia, para una vez más hacerle pasar burlado por el yugo de su risa.

–Gabino, desterraré esta mala inclinación que me perturba ateniéndome a lo que me dices con ánimo obediente.

Cabalgando, atajamos bordeando el Tera por un sendero de cabras hasta la falda del monte Rompealbardas. Después, sin darle descanso a las caballerías, las llevamos al trote; a puro sudor no le alcanzaba un aliento a otro hasta la hora del crepúsculo, en que colgamos las riendas en la argolla de mi austero hogar de Cervantes.

CAPÍTULO IV

El sortilegio de la meiga

Mi sorprendente regreso de una guerra atroz, de la cual lo más normal era no volver, a tal modo desinquietó las lenguas que la novedad corrió de boca en boca por los pequeños pueblos de Sanabria.

Las mujeres de mi pueblo, cariñosas donde las haya, solícitas me reclamaban, ¡ven acá, galán! Aunque opusiese resistencia, no me salvaba de al menos tres besos por cada lado de la cara, quedándomela colorada como el caparazón de un escaramujo. Tanta efusividad acrecentó mi aspecto de chupado. Me pasé muchos ratos obligado a dar cuenta de mi ajetreada vida a la gente que venía a visitarme, entre ellos un carcamal, el tío Leoncio de Gusandanos.

–Quexada, pese a tal que os reconocí al momento.

–Bien dice, que ha muchos días que me ausenté.

–A lo menos llevamos contados más de mil. ¿Qué habéis hecho en ese tiempo?

–Merced a no faltarme las fuerzas, y la suerte de la compaña de Gabino, he corrido mucho mundo.

–Los que no lo anduvimos, lo desconocemos, y lo tenemos por tenebroso, en fin… ¿en qué lugares han estado?

–Allá donde mandaban a servir al Tercio de Infantes, por tierras de Flandes, Alemania, Suiza, Italia y Francia.

Como por su edad estaba algo sordo, por dos veces tuve que referirle cómo, por culpa de la rama de un árbol, se cayó del caballo un caballero de elegante y pesada armadura que le impedía moverse.

–El desdichado, sintiéndose perdido –le dije– descubrió el morrión que le tapaba el rostro y nos suplicó no le matásemos, que era el rey de Francia.

–¿Y qué porte tenía?

–Era de feroz aspecto, mucho más alto y corpulento que nuestro emperador. Allí mismo lo hubiéramos rematado de no haber sido por los duques, que llegaron prestos, y puesto que un rey muerto no vale nada, decidieron llevarlo preso.

–Nunca volverá la oportunidad que tuvisteis a la mano.

–Lastima de suerte, que esquivó la muerte.

–De haber matado a su rey ¿qué creéis que hubieran hecho los franceses?

–Nada, no os quepa duda; a rey muerto rey puesto.

–Por aquí nos preguntábamos si merece la pena gastar el oro que nos viene de las Indias, reconquistando para la religión esos pueblos

protestantes.

–A la vista de cómo engrandecen sus ciudades, a cuenta del oro que serviría para desarrollar los pueblos de Castilla, me pasma el entendimiento. Quizá sea nuestro humilde sino continuar andando en zuecos por el barro, conformándonos solo con el éxito de nuestro soberano.

Yo disfrutaba recreando las experiencias vividas ante mi paisano que, admirándome como un ilustrado, se deshacía en elogios y me indultaba los desaciertos. Fajándome en las recrecidas entonadas desplegué tanto desparpajo y elocuencia por las cocinas que, de rebote, el negocio del telar comenzó a prosperar y darme pingües beneficios.

Durante uno de estos coloquios, en los que me moría por pasar el rato conversando en casa de Malaquías, se le vino a la cabeza al hojalatero Romualdo Cascante aquel famoso caso de uno de Pozuelo, que él solía contar de esta forma:

Era un matrimonio de conversos que, abandonando las saludables costumbres que nos enseñó Moisés, erró durante cuarenta años por el Sinaí. Cirilo Acemilero y Rufina Terciada, que así se llamaban, se aficionaron a guisar con manteca y comer el mondongo del cerdo, haciendo toda suerte de adobos, de longanizas y morcillas, como los cristianos.

Guardaban los jamones en una bodega de las afueras del pueblo. Se atosigaban pensando en que podían ser presa fácil de la codicia de un bromista o de los facinerosos, que por desgracia abundan. Para evitarlo, los llevaba el hombre por la mañana y los recogía por la tarde en un carretillo. Enseguida se convirtió en la comidilla de las comadres que hacían calceta a la abrigada, y no quedó rincón del municipio que no se supiese.

Un mal día de neblina meona, de esta que no se quita porque nace en la cola de la sierra La Culebra, cuando fue a recogerlos el muy cachirulo, allí no estaban las dos añejas ancas de aquellos puercos. Presuroso, y con gran desconsuelo, volvió a dar cuenta a su mujer, que era muy rabisalsera.

–Oye Rufina, cuitado de mí, que no sé cómo zurcirlo; créeme si te digo que los dos jamones, que llevo cuidando con tanto denuedo, ya no están colgados donde los dejé puestos.

–Siempre has de traerme una letrilla que me quiebre el corazón de oírla.

–Arrastras traigo la soga, y tengo ganas de enfardármela al pescuezo, pues creo que alguien me tiene ojeriza y está obrando conmigo con retorcimiento.

–¡Cirilo, menuda labor has hecho! –le pareció al rudo hombre que, con lo que le contestó, quedó conforme la parienta si bien su

tribulación no había sino comenzado pues la mujer empezó a murmullar, y a darle vueltas y vueltas a la cabeza hasta hacerle pasar las penas del purgatorio.

Estando los dos tumbados en la cama mirando al techo, lo inquirió por el oficio: Acemilero, ¿dónde están los jamones?, ¿pero qué denuedo, ni ojeriza, ni retorcimiento? Confiesa.

–Estoy yo para confesiones.

–Tú te los has zampado, engolfándote en alguna comilona con los amigos.

–No te miento, Rufina.

–Me mientes. Te quieres quedar conmigo contándome un misterio de un supuesto ladrón, y llorándome ensambenitado un supuesto vituperio.

–El señor Padre te perdone, Rufina.

–Todo esto que me dices me parece muy ruin.

–Pues no tengo más que reñir.

El incauto, que más tiran nalgas en lecho que bueyes en barbecho, salió del fuego y se metió en las brasas.

–Mujer, que a más de guapota estás muy nalgona, no me vuelvas el culo. No es justo que viéndolo todo negro, por tañerte defectuosamente la tecla me des lecciones. Si no me entremeto, se me va a desinflar la morcilla.

–¡Vade retro, Cirilo! –le contestó Rufina, que siempre tenía guardado un ay– Con la disculpa de empinarte, además de durar el tiempo que el gallo dura encima de la gallina, se me puso mustio el viejo gato. ¡Más mustia estoy yo! –continuó– ¡Ya tengo para llorar una semana!

–Siendo mi señora, tus muchas desatenciones a lo hecho pecho, muérame por tus amores.

–¡Ay, qué me has dicho, tú que vives muy sin orden! ¡Qué caballería! ¡Que me deje poner los ojos en el culo para luego cogerme por la breva! ¡Todo, por joder! Pues ni duro, ni blando. Por las santas horas de Jesucristo que vas a hacer penitencia hasta que no traigas los jamones.

–Para cantar que me quieres –le dijo– yo tengo tres noches.

Amigos, como no hay olla sin manteca ni morcilla, la monserga se repetía, y si un día era malo, el otro peor. El demonio no paró de complicar el embrollo y no dejó de tañer ni la vihuela, ni el rabel, ni el pandero, ni el almirez.

Al tanto, las comadres no tardaron en dar la conseja a Rufina, que era bragada de carácter y meaba de pie. Debía pedirle a la cuadrilla de alguaciles que hiciese pesquisas, sin hacer caso al refrán de «a la justicia y a la Santa Hermandad, chitón». O aún mejor, que Cirilo fuese a la adivinadora de Espadañedo, que tiene acreditadas agudezas

de hechicera como para resolver el misterio.

Al pobre hombre, ya harto de dormir en el suelo y no maridar, le esperaban no menos de once leguas de mal camino por delante. Cuesta arriba y cuesta abajo, tomando por donde mejor le parecía, llegó al citado pueblo sentado en la burra con los cojones quemados «a la posada de la Sierpe que regenta el gnomo Fortunato», donde pasó la noche.

–Dinos el nombre de la bruja, Romualdo.

–Pues verá Quexada, se llamaba Morgana.

–¡Toma ya! Ni escogido para meiga. Conforme a nuestra experiencia, no me explico cómo lo autorizaría el cura como nombre de bautismo, según suelen ser de rigurosos aplicando los preceptos de San Gregorio.

–Al parecerle más castellano, se lo dejo poner.

–Apañado estaba.

–Sucumbiría hechizado por la espabilada niña.

–¿Y cómo carajo iban a cristianarla?

–Su padre quería llamarla Pelagia, y el cura dijo que no valía, que era nombre de visigoda.

–Pues acabaron por salirse con la suya.

–¿Qué significan?

–Los dos significan «Nacida del Mar».

–Ahora todo me ajusta como el guantelete –dijo Martín Castañeda–, otro de los adictos a pegar hebra. Por eso cuentan que vino al mundo en una barca cuando su madre, que vivía en Lucerna, pescaba truchas en las tenebrosas aguas de Ribadelago.

–Martín, más de dos mil años ha que Sanabria era tierra astúrica, dijo exagerando un sabio.

–Piensa, Romualdo, que el mundo es un pañuelo. Continúa.

–Cirilo tocó al llamador. La muy tramposa evidentemente no contestó; lo recibió el marido, que le preguntó cómo se llamaba y cuál era la causa que le había traído hasta allí. Con pelos y señales, el hombre se lo contó todo mientras la mujer escuchaba por una rendija.

Marchó el tío Hermógenes Birlador simulando ir a buscarla y enseguida llegó ella inquiriendo al ignorante Cirilo con su magia.

–¿Te sientes engañado?

–Me siento burlado meiga Morgana, tengo tantas dudas. Te pido me cures con principios, que me purguen del mal humor que me ha llevado a discutir con mi mujer.

–Pues si tú no lo ves claro, qué sé yo cuánto tiempo tendré que columpiarme en las ramas de salguera, escuchando croar las ranas en las azules aguas de la alberca. ¿Qué quieres que haga?

–Quisiera que me quitaras un horrible sueño del que me levanté cornudo, si no es cosa muy trabajosa, como para que tenga que volver

aquí de tan lejos.

–Insensato, ¿dónde te voy a mandar? ¿A pedirle un privilegio al obispo de Mondoñedo para hacer el camino de San Yago? Con este responso que ahora mismo te echo *Fugite partes adversae! Ecce Crucem domini nostri Yesu Cristi!*[7], cuando llegues a tu pueblo dale a beber agua a tu mujer en este vaso de asta, y la testarudez que la embarga le será quitada.

–Siendo mi Rufina más intolerable que un cuesco de habas, no sé cómo decírselo para que la tome.

–Si no te ajustas a coger la tonada, allá tú, los astros me indican un matrimonio deshecho. Cirilo, lo que me pides tengo que componerlo al anochecer danzando desnuda con otras meigas alrededor de la luminaria.

–Romualdo, no quiero acabar desternillado, y solo espero a que nos saques del pote el pulpo ya aliñado con sal gorda, pimentón y aceite de oliva de las Alpujarras.

–Pues a mí lo que le dijo Morgana no lo tengo por manía, que en la vida no se trata solo de espantar a las amigas.

–A ver amigos, pongamos un poco de cordura, que el asunto se está poniendo serio. Tú no hagas caso a lo que te dice el Mochuelo y sigue contando aunque, por la marcha que llevas, eres capaz de cortarle un sayo a las ánimas benditas.

–Gracias, Quexada. La muy astuta, dispuesta a convertirse en corneja, continuó a guisa de conjuro con un refrán. Cirilo «lo que de las malas nuevas no supieres, da tregua se hagan viejas y a saberlas vienes». Si has perdido algo, al volver no le digas a nadie, ni siquiera a tu mujer, lo que has hablado conmigo. Al tiempo, lo que te falta; donde la puerca torció el rabo el día de la matanza, aparecerá por gracia del demonio antes de rayar el alba.

El hombre no hizo más que salir de la casa y pensar que Morgana le quiso decir algo que no pudo entender. Y aturdido tiró el vaso, diciendo ¡váyase al cuerno!

Después de encomendarse al venerable Beda, y pasando de esta chanza, Cirilo se puso en camino montado en la burra con los zaragüelles ya subidos prácticamente en los cuernos. Nada más llegar se metió en la piltra vencido de desgana, pues el gato escaldado no vuelve fácilmente a ponerse a la vera de la caldera; y fingiéndose herido por tantos venablos como Rufina le había dicho, se cerró como patamulo en sospechoso silencio.

Al verle postrado, pareciéndole ser otro hombre, no tardó la esposa de sus entretelas en tratar de engatusarle.

–Hoy que parece de amor la siesta, tuya soy hermoso dueño –le habló con la mayor de sus finezas–. Al cabo del saco, dime Cirilo, ¿qué fue lo que te dijo la adivinadora? –Que no me haga de miel, que me

comen las moscas.

–Ay, mi niño pobrecito, que anduvo como el rayo de San Telmo de la gavia mayor a la cangreja, ir tan lejos para esto. Si por muy malo que seas, tú eres mi pequeñín, hazme sitio –y se embozó también en la manta peluda con él.

–No hay sin mujer cosa buena –se dijo triunfante el ladino.

–Ya os podéis imaginar lo que pasó luego. Yo, de mi cosecha, os digo, perdularios, que hay que dejar a la bruja que rechine, pues nunca se hacen las cosas solas; hay que hacerlas, y donde hubo un mal enredoso siempre queda señal verdadera.

En los días siguientes la Santa Hermandad intentó averiguar quién había robado los jamones, fracasando en las pesquisas. Rufina tenía por costumbre sacar agua para las tareas domesticas de un aljibe. Mientras tiraba de la cuerda, haciendo girar la polea que elevaba la herrada de agua, tuvo la ocurrencia de mirar al interior, viendo que los dos perniles estaban allí colgados. Por si acaso la reputada bruja le hubiera revelado sus nombres al acemilero, los ladrones temerosos devolvieron lo robado. Rufina retornó a dar la noticia al marido dando grandes saltos de alegría.

–Cirilo, ¿a que no sabes lo que me pasa?

–Qué se yo Rufina, si no te habrá picado una teresita.

–Pues no, pero en el aljibe yo misma, con estos castos ojos que te miran, acabo de ver los dos jamones.

–Pues yo oigo, y no creo hasta que no veo, que cerca fue donde matamos la marrana.

–De lo que no entiendas no hables, que más vale no decir nada que decir disparates –le dijo levantándose despavorido al verla afligida.

Luego, durante el trayecto al pozo, para descargar el genio asestó al aire hasta una docena de zurriagazos con una vara de negrillo, advirtiéndola: Por recordarme la ignominia, ya ves Rufina lo que hago al viento.

Al ver a Cirilo con los ojos llameantes, se calló, iluminada por la prodigiosa idea de que le diera un patatús.

–Cuando un marido rabioso saca a pacer la lengua, es temible. Por las hechuras, acabarían en terrible pelea –comentó Prudencio Sobrado.

–No tardaron en rodar los dos por el suelo; ella le hincó las uñas, y él la mordió en la oreja.

–Una sesión de palos tan delirante, tendría consecuencias.

–Evidentemente, Rufina se marchó enfurruñada a San Pedro de las Cuevas.

–Allí intentaría rehacer su vida.

–Como una cordera se fue a por un viejo novio, que no se contuvo a ponerle a Cirilo los cuernos.

–Dios lo saque de Roque, pobre hombre.

–Respecto a ella, cuando su familia colmó el cesto de paciencia, repaso va y tunda viene, le costó la mona más que un pan. Una comadre la inquirió al otearla de nuevo por Pozuelo: –Rufina, ¿tan mal te fue? Te veo tan cabizbaja, y que hayas vuelto a San Pedro… De la vergüenza, la mujer quedó en silencio. Si te perdonó, estás mejor con él, que comes habas, que allí donde te las dieron a calderadas.

–¿Y cómo andan ahora de avenidos Cirilo y Rufina?

–Renacido el delirio conyugal, son ahora muy felices.

–Por la parrafada que nos has echado, el sortilegio ya nos vale para algún compromiso parecido.

–Yo creo Quexada, que la historia que nos ha narrado Romualdo Cascante es más exacta que la que nos contaba Tomé el Albondiguilla, el antiguo corregidor de Otero de Bodas.

–La de tardes que habrá estado urdiéndola ante los mismos bigotes de Belcebú.

–Menudos leviatanes sois vosotros, toda la tarde sin moveros de la lumbre. Marchaos volando a vuestras casas, dijo la tía Pascasia la Morcillita, que era la mujer de Malaquías, al llegar de rezar la novena de ánimas.

–Mujer, ¿pero qué quieres que hagamos en tiempo de castañas?

CAPÍTULO V

La cabzaa parlante

Cercado por la nieve, sin poder salir, pasé en Cervantes un invierno de perros. Mi labor, espadar y tejer lino, tenía que dar salida a la vasta producción de costales y mantas; con tamaña fatiga tuve que volver otra vez al mercado de Tabararia. Y como mi segunda estancia por la Vieja Tierra iba para largo me tuve que hospedar en una fonda vecina a la torre.

La suerte de don Bernardino Pimentel había cambiado pues estando en Valladolid, donde tenía palacio el emperador Carlos y a la sazón aposentaba allí la corte, le concedió el ansiado título de marqués de Tábara. A sus expensas, veinticinco arcabuceros y otros tantos piqueros de a pie fueron reclutados y pertrechados en el señorío para ayudar al monarca a sofocar la rebelión de las Germanías.

Estando tan cerca de la casa-palacio me allegué a cumplimentar al marqués, y sin perder ripio conseguí sacarle las entretelas.

–Me agrada verlo de nuevo por aquí, Quexada.

–Don Bernardino, merced que me hace al recibirme.

–Cada vez que me llegan noticias de los levantiscos vasallos de Flandes, me viene a la memoria usted. Aparte de vender mantas, ¿qué nueva le ha traído por la comarca? –Nada especial, señoría. Aunque ya que me pregunta, me han dicho que hace menos de cien años en esta torre tan alta había una cabeza que hablaba.

–Si la curiosidad es sana, el saber enriquece. Le daré satisfacción contándole una vieja historia que pocos conocen. –Echo el sello a su mucha verdad y cortesía.

–Entró en una pequeña alcoba sin luz, contigua al escritorio del administrador, en la que en unos estantes apilaban los papeles de la familia desde antiguo, y regresó con un apolillado legajo de pergaminos.

–Quexada, para verdades el tiempo y para justicia Dios –afirmó con fundamento mostrándome la sentencia por la que fue condenado a ser quemado en la hoguera un joven judío de dieciséis años.

Con un vistazo a los papeles, me bastó para comprender que durante la regencia de Catalina de Lancáster había en Castilla una caótica inquina hacia los hebreos.

–Si os place, miradla con detenimiento.

–Pobre niño, la misericordia de Dios lo alcance, pues aún hoy le salen a los judíos los lobos al camino. Estoy conmovido.

–En lo que esté en mi mano, aquí no volverá a pasar.

–¿Y por qué le aplicaron tan mala justicia?

–Por robar seis maravedís en la casa de un guarda, apellidado Benafarses, que estaba al servicio de don Luis de Almanza, mi antecesor en el señorío.

–A fe de soldado, no sea otro que el de lanza por lanza.

–El mismo del famoso dicho que conocéis. Yo en sus circunstancias no hubiera hecho nada contra ellos. La fama de gallardo, que se ganó azaroso quebrando lanzas junto a López de Aller, la malogró dando su asentimiento a este drama deshonroso.

–Puede ser que el corregidor se viera envuelto en los deseos de servirle; y querría complacer la voluntad de su amo.

–Todo por su parte fue mudable; a lo más, el hurto de poca monta sucedió en las bromas del martes de carnaval.

–Comprenderá señoría, el gran dolor que debió ocasionar a la gran familia judía.

–Naturalmente, Quexada, el padre del joven, enloquecido por la pena, obstaculizó la calle con clavos retorcidos para que se clavasen los que pasaran andando. No le debió bastar con este ardid para hallar consuelo, pues fabricó abrazaderas para atrancar las puertas y prender fuego a las casas. Descubierta su venganza lo acusaron de incendiario, y también fue quemado en la plaza mayor.

–No faltarían atizadores de sotana.

–Cierto es que avivó el brasero Armengol Patrañas, un franciscano de mucha raspa.

–Un fraile en el púlpito, si además es pendenciero, es el más peligroso de los enemigos.

–Los esbirros de don Luis, armados de lanzas y espadas, a todos los labradores judíos que encontraron en el campo los llevaron al inhóspito lugar del Perdón, donde los mataron.

–Visto lo pasado, ¿de qué vale ahora lamentarse?

–Quexada, fue una sangrienta matanza que cayó como una losa sobre la reputación de la familia.

–Aunque hay tragedias como esta que no pueden olvidarse, a vuestra merced le honra el ser un hombre pacífico.

–Indeleble mácula que nos queda para los siglos venideros, se lamentó don Bernardino.

–¿Y en qué consistía la cabeza parlante?

–Pues según lo que me ha llegado del concepto fue un invento del marqués don Enrique de Villena.

–¿El que era tenido por nigromante?

–Exacto; no fue sin alguna razón el que le colgaran ese sambenito, pues investigaba la quintaesencia de la vida para, a su modo, perpetuarse en la eternidad.

–Tengo entendido que vendió su alma por la ciencia.

–En efecto, y cuanto más cerca estaba de alcanzar el corolario, más lejano se hallaba. Buscaba una energía que hiciera palidecer la del sol.

–Entonces, conocería al demonio.

–Contaban que un día, estando el marqués extasiado controlando la destilación de los serpentines, le dijo Satanás: Enrique, me pides un don muy grande, pero acrecentaré tu sabiduría sin contrapartida. Y le dictó las premisas de la alquimia.

–Hay algunos saberes, don Bernardino, que es mejor que no caigan en manos de sinvergüenzas.

–Imagine el miedo que trasmitía el autómata que fabricó el de Villena asesorado por el demonio, que lo contaban incluso con la inteligencia suficiente como reconocer a las personas.

–¿Y cómo logró darle artificialmente ese don de Dios?

–Deduciendo las claves por las que pasan la alteración del cuerpo y del espíritu. Embebido entre los matraces, la dotó de una mente no mayor que un garbanzo obtenido gota a gota de la destilación del cerebro de setenta batracios.

–Bueno sería conocer cómo observaba.

–Parece ser que lo hacía mediante unos ojos como de mosca, en cuyos iris incrustó unas cápsulas sacadas de dos cristales de aumento.

–El metal sería obrado en la fundición.

–Justamente. La hechura de alambre fue entretejida en secreto de dorado bronce, y el bronce ya se sabe que es la amalgama de varios metales.

–¿Y dónde la colocaron?

–La amoldaron a un soporte de hierro; fíjese bien Quexada, que donde estuvo instalada verá una piedra nueva entre las dos grandes lumbreras que miran a la plaza.

–Para que barbullara, señoría, ¿cuántas lenguas de saurios cortaron?

–Horror me causa lo que chirriaba; y no acertando lo que oteaba daría mucho que hablar. Hoy el diablo sería eso.

–Me pregunto ¿a qué canastos eran necesarias esas prácticas diarias? ¿Es que acaso el artilugio no podía dar la vuelta al aire, de modo que sonase más clara la voz articulada que quisiese?

–Se me alcanza el presentimiento de que debía haber un vigilante que ponía por algún canalillo un jaranero entusiasmo.

–Sí, pero como continuamente se pasaba de listo, va de por qué Dios no le quiso conservar la garganta.

–A los pobres judíos los retraería de entrar con su chasquido, aunque viniesen a comerciar.

–Tenía una cerrazón tan fosca que no los dejaba pasar ni a pedir prestado un tazón de hurmiento para amasar el pan, aún arriesgándose a ser molidos a puntapiés.

–De una mente tan irritable, don Bernardino, seguro que ninguno se le escapaba.

–Le contaré que al tuntún… si casualmente alguno, tocando una aldaba equivocada, preguntaba ¿quién vive en esta morada?

–Ay, qué coño, ¿quién va a ser?, pues un cristiano de bien, le contestaban.

–Por Yahvé, abre que soy tu amigo Muchamiel.

–Pues no te conozco, Ben Absalom.

–Roldán, acabas de decir mi nombre, pero si fuimos juntos a setas a Peña Miguel.

–¿Y cómo te has caído por este andurrial? –y le tanteaba mirando por la celosía.

–Te pido por caridad una limosna, que me embargan la cubierta de la casa.

–Aquí no damos dinero, y menos para tejas.

–Mal día elegí para venir a verte de matute.

–Aguarda y te daré leña de brezo.

–Alerta, alerta, gritó un vigilante mientras se oía rechinar desde lejos el oxidado mecanismo del autómata.

–Maldición, hay que andar con mil ojos.

Al guirigay de voces se asomó un vecino que le advierte: Cuídate del marrano Roldán, no te quite lo que tienes; y mándalo a lamer su carajo a la sinagoga, que yo me estimo de bautizado viejo y no quiero por aquí escandalera.

–Pues avíate Absalom, y con tu fuego te quemes.

–¡Ay, si me descuido me zurráis la badana! No volveré por aquí, si es que me acuerdo. Bien sé yo quién me atiza y quién quiere hacerme ceniza.

–Me doy cuenta, don Bernardino, que esta leyenda os importa desentrañarla, informándome de todo por entero. –Y yo quiero extenderla a vuestra satisfacción.

–Siendo para bien, me agrada escucharla.

–Otra vez, estando dos vigías sumidos en el tedio de otear quién entra y quién sale, llegó hasta ellos saltando portillos Judá el quincallero dando de palos a un penco burreño. Venía cargado con dos serones de loza ensartados en dos mástiles de alabarda, y no lograba enmendarlo de rebuznar.

–¡Allá parece que nos viene a la mano un marrano, escupiendo estopa a la facha de la Cruz! –avisó un centinela llamado Pacheco.

–Aunque sea muy temprano para que pasen los de su calaña, seguro que se trata de un judío muy ruin, dijo sin conociendo otro desalmado vigía apodado Vencejo.

–No te dé fatiga elucubrarlo. Saldría de Moreruela bostezando ¿cómo lo has descubierto si no lleva espetada en la chambra la rodela

bermeja?

–¡Y cómo diantre lo iba a saber!, pues por la napia aguileña.

–Entonces, grítale alarma y dale librea, que no se vaya de Tábara sin pedirle bula.

–*¡Judeus adest! ¡Judeus adest!* –gritó por la trompeta con acusada carraspera.

–Con esa voz que tienes de catar el agua de la cisterna de la Ribera, que no sirve para santiguarse, dudo que el pendejo se diese por enterado.

–Por el contrario; cuando llegó a su altura, los saludó con un ¡Adonai os ampare! Y levantó los ojos mirando la camorrista cabeza de la torre, diciendo para pasar de largo: ¡Fastidioso exceso!

–¡Ay, Adonai! Mira cómo nos hace mamola.

Y sacando el rapavelas un hisopo grande de asperjar multitudes, y el alguacil un rodillo de panadero en afán de romperle las costillas, se dijeron: Si no se arrodilla ante nosotros, al menos que lama el palo. Tratémoslo sin cautela.

–¡Judío, detente! ¡Ven aquí volando!

–Confieso que caí en vuestra trampa. ¿Voy o me quedo, qué he de hacer?, preguntó confuso.

–Queremos saber dónde te vas a hospedar, pues según como el asno sienta la pata trasera quizá sea menester que le apliques más diligencia.

–Voy con presteza a mirar si se ha clavado un espino, que lo quiero más que a mis pares.

–Si es de ello, procuradlo remediar.

–Pues ya veis, mi sobresalto no es nada –se justificó soltando la pata del animal barruntando el riesgo de una coz–. Por causa de pobreza, señor alguacil, hoy no me detengo en la herrería. Tengo que alojarme esta noche en la venta de más arriba de la ermita, ya que muy de mañana he de estar con estos envoltorios de alfarería en Abejera. –Por el diablo, vete a hecho para el Casal.

–Eso es ahorrar de rencilla, Vencejo.

–Al menos nos ahorramos el trance de capturarlo.

–Aguardemos a que le arda al judío su mala sombra.

–Poco importa que lo abrase el fuego de San Silvestre.

–Querido amigo, estas eran las formas que gastaban.

–Bien sé yo, don Bernardino, que los sacristanes tienen la lengua lo mismito que las víboras; y de estos acopios y relicarios, los rezan en rosarios de bolas de encina.

–Quexada, el fin de la cabeza fue que, de tanto ajustar desatinos, se cansaron de la parlanchina; y al tirarla se le desbarataron los engranajes al caer sobre el suelo. Allí llegaron disfrazados con peluca y capa don Luis, el alcalde, y la Justicia, a doblar el espadín y el

bastón al adefesio. Mas no se libraron del bochorno, ya que se amontonó el vulgo a mirar atónito la nueva y celebrar el descalabro.

CAPÍTULO VI

El mequetrefe alfa yate

Dando por bueno lo que me dijo don Bernardino al aire del campanario, había una calle en la villa llamada Cantarranas, una de las pocas con que contaba desde el principio de su fundación. Hoy ya no existe. Los nombres de las arterias los han ido cambiando para agasajo de algún archipámpano golpista y sus conmilitones de discutible mérito.

En ella vivía un alfayate, Indalecio Urdemales, que erigió el taller a tapiales y pagaba al señor un foro de dos gallinas porque se lo dejó construir en uno de sus solares. Dádiva que el bastardo Enrique, el de las Mercedes, le concedió al frontero mayor Gómez Pérez de Valderrábano por traicionar al rey legítimo don Pedro, El Cruel.

La renta y el privilegio de poner límite al crecimiento de la industria era un oprobioso baldón con que el marqués aquietaba a los artesanos. El humilde oficio de Indalecio es solo un pormenor de la azarosa vida de este correveidile. Ni que decir tiene que la sastrería la convirtió en un sitio adecuado donde el bellaco, hilvanando, también zurcía la inquina contra sus semejantes. Para ello, mantenía con los clientes y visitantes ociosos interminables peloteras. Se devanaba los sesos por comprender el más misterioso de todos los misterios, el de la Santísima Trinidad, una cuestión peliaguda que planteó a Doroteo, el mentado hijo del labrador de Riofrío recientemente ordenado sacerdote y nombrado, por tejemanejes diocesanos, coadjutor de San Lorenzo.

Verdaderamente, las divagaciones de Urdemales eran aún más disparatadas que las defendidas por el obispo Eusebio de Nicomedia, y ya hacía siglos que fueron ventiladas en el concilio de Nicea. El cura, alarmado, se sentía obligado a combatir la desviación pues, de llegar a conocimiento de algún dominico zampatortas, sin duda que el tribunal del Santo Oficio acabaría por tomar cartas en el asunto.

–Indalecio, ¿a santo de qué llenas tu cabeza con la extravagante idea de que el hijo, precisamente por ser hijo, no forma parte de La Trinidad y no puede ser igual que el padre, puesto que uno, otro, y otro, son en naturaleza el mismo uno? ¿No te das cuenta, insensato, que quitando al segundo, al quedar en el aire el Espíritu Santo, se caería todo el argumento?

–Mire don Doroteo, deje que le cuente este ejemplo: Vino Lotario Pardales, un pariente que teníamos en Sesnandez, con una carrada de trigo. Fanfarroneaba que de venderlo contaba de beneficio para gastar

en vainas con dos mil maravedís anuales. Decía que era debido a las excelentes tierras que le tenía alquiladas al marqués. Nos lo contaba a nosotros, que por no tener para un diente nos catalogaba de vagos, considerándonos por tanto inferiores. Hartos de tanta ostentación lo relegamos al ostracismo familiar; si venía, lo evitábamos pero era tan recalcitrante que ataba el burro a nuestra verja y, tirando las alforjas en el suelo, se ponían a comer la merienda de pisto allí mismo. Y nosotros, para no dar que hablar, quietos de vergüenza sin salir de casa hasta su marcha. Un día, al pasar, le pregunté: ¿Qué tal tu hijo Maximino?

–A saber por dónde andará –respondió–. Trajina por ahí que no para; va por los pueblos vecinos de juergas y banquetes. Anda sin sosiego, siempre de fiesta en fiesta.

–¿Y a qué se dedica?

–Al comercio de la carne.

–Entonces será un tratante o carnicero.

–No, qué más quisiera.

–¿Pero, cómo? ¿Entonces, qué trabajo es ese?

–¡Ay, infeliz de mí! Solo tengo pies y manos para padecer, que cuando viene mal viento hasta los cerdos me roen las puertas.

–Pues vaya una labor –le dijo.

–Lo único que hace es ir de librea subido en el pescante de la calesa trasportando mujeres de unos pueblos a otros por las tabernas. ¡Ojalá se me case, aunque sea con una puta! Como buscando la ayuda divina, rezó Lotario mirando al cielo: Líbreme el Todopoderoso del hijo malherido, pues de viejo aprendí que de pequeño se aguzó el espino.

–Por el bendito Cristo de mayo, Indalecio. ¿Qué historia es esta que me estás contando? Ya sé que la tierra se come el trabajo de los labradores pero el hijo de este hombre se debió tragar por lo menos el provecho de cien fanegas.

–Razón no le falta para pensar esto don Doroteo. El padre, a trueco, no se demoró en darle al mozo nuevo sin misericordia, primero palo, después pan y luego huevo. Al cabo de año le sabía tan bien el pan que allá va el mal del palo donde comen el huevo sin sal.

–Bueno, si al menos Lotario intentó quebrarle la pierna a las malas costumbres que el hijo adquirió…

–Unas veces lo dejó mear y otras lo hartó a arar en tiempo de lodos en los peores deslizaderos.

–Con el tiempo, me resulta evidente que el padre medraría a costa de quien menos puede.

–No siempre es así.

–Me impacientas agrandando la vaguedad.

–Es lo mismo que me pasa a mí con el misterio. Al progenitor, que

nunca le faltaba qué contar, contaba los días a la edad de sesenta años. El hijo lo relegó al ostracismo más siniestro acrecentándole el desafecto hasta el último día, en que estando muy enfermo para hacerle público escarnio, dijo: ¡De morir, que muera mi padre que es más viejo! Pues sabía que se pertenecía a sí mismo. Lo amortajó de pana, con la boina en la cabeza. Al verlo tan peripuesto en el catafalco los allegados según iban a cumplimentar a Maximino, le preguntaban con sorna sobre la dichosa prenda: ¿Por qué lleva el cubrecabeza puesto? ¡Ay, qué gracia, vaya un modo de darse prisa!, opinaban unos. ¿Adónde iba con la gorra?, decían otros.

–Es para camuflar la ausencia de aladares del desdichado dada la desmesura de su calvicie, respondían los deudos, demostrando sin disimulo su poca afectación. Verdaderamente, el labrador estaba tan harto del hijo que no me extraña que le amargaran hasta las cerezas de Morales de Valverde.

–Y ¿de qué murió Lotario?

–De un cólico miserere. Aunque intentara en vano salvarlo el cirujano, aplicándole sahumerios de ruda y media docena de ventosas en el ombligo, el enfermo claudicó y, sin remedio, perdió la chaqueta envarado.

–Me quedo asperjado, pero… ¿qué tiene que ver esto que me refieres con la Santísima Trinidad?

–Son tantos los años trascurridos desde la creación, que el Inexistente se sentiría solo en el universo, y me parece una mala ocurrencia el venir en forma de hijo a que lo maten en la tierra –aseveró Indalecio poniendo en ello toda su convicción.

El desconcertado cura, que por haber sido mal estudiante adolecía del don de ser un buen teólogo escolástico, carecía de ciencia para reducir la proposición de alfayate Indalecio con un silogismo. Ingeniando a qué fuerza habría de recurrir que lo sacara del aprieto, vino a salvarle la inocencia y le dijo: Vete a saber qué contubernio tramas Urdemales, pues hablas como un badulaque; convendría que te asegurases el pan antes de decir lo que piensas. Sin suponer que él antes del año agrandaría el disparate, pensó: Escabecharé esta divagación y que la ponga el demonio en conserva. Y volvió a la carga para decirle con su mejor palabra: ¿No te das cuenta que poniendo en duda la eternidad de Dios cuestionas también su naturaleza? Misterio de fe, como que Jesucristo está escondido en la Eucaristía; qué dislate comparar el presente con la eternidad.

–La eternidad y el presente son invectiva humana.

–Si es que esto se pudiera solucionar con un emético, musitó creyendo que el sastre estaba para salvarle el alma.

Entonces Doroteo, encrespado, dio un manotazo sobre una traducción clandestina de la Vulgata, que tenía abierta en la mesa de

la rectoría.

–Como te veo poniendo lo evidente en duda, lee lo que dice aquí palurdo –y le obligó a poner el dedo índice sobre el episodio en que habló la burra de Balaán–. ¡Lee!

–¿Por ventura no soy tu bestia, sobre la cual has ido siempre montado hasta el día de hoy?, balbució confiado la pregunta de la burra.

–No me cabe duda de que el reverendo estaba intentando trepanar aquel cerebro tan adusto, usando aquel paradigma de animal hablador a modo de berbiquí.

–Dime Indalecio, si yo jamás te he hecho una tal cosa.

–Nunca.

–Pues todo queda con esto dicho. Siendo sacrílega osadía meterse con este artículo de fe, ¿por qué me fustigas con tu erre que erre hasta el punto de ponerme en la misma tesitura que la burra?

Entonces el cura empezó a darle vueltas a la borla negra del birrete como si le faltara algo.

–Ha llegado a mis oídos –le dijo– que te gustaría ser mi sacristán, pero lo siento, porque el puesto está ocupado y el que lo desempeña es un hombre muy rezador. Te diré que obra en mi poder una cédula del señor obispo. Sugiere que sería recomendable que haya una persona de mi confianza que me mantenga al tanto de las buenas o malas prácticas de la gente en materia de fe. Yo he pensado que tú podías ser esa persona.

–Estoy dispuesto a escuchar lo que mande su reverencia.

–Sobre todo, aprende a usar las reglas de la Inquisición, a modo de discernir cuando te halles ante un verdadero caso.

–Ya soñaba desde pequeño con algo parecido.

–Déjate de delirios infantiles. Ahora vamos a centrarnos en lo que más importa. Te daré los efectos necesarios para que te instruyas, como este extracto sobre la Fortaleza de la Fe, de fray Alonso de Espina.

–¿Y quién lo interpretó del latín?

–Qué pregunta me haces, pues don Terencio Peleas, un arcipreste de Sanzoles de Campos, resabiado contra los judíos, herejes y demonios. Supongo que lo habrá desentrañado bien, porque si no…

–Don Doroteo, me hace sentir tan halagado que no encuentro palabras para darle las gracias.

–Es mi obligación de párroco, Indalecio; y no las merezco. Acompañarás la lectura con la de otro manual de indagadores firmado por el mismísimo Torquemada, que contiene la prolija relación de las herramientas necesarias para bien sonsacar.

El cura, con la incuria que le era consustancial, cogió el espeluznante libelo de encima de un legajo de papeles para

entregárselo. La portada aparecía ilustrada con un grabado de la tortura de la pera. Solamente con mirar aquel objeto diseñado para reventar entrañas ponía los pelos como escarpias.

–Toma acuerdo, aprende y el puesto será tuyo.

Indalecio se fue de la feligresía delirando de haber vencido al mismo cura en la controversia, e intuía que el cargo seria un filón en el que medrar a sus anchas. En vez de trabajar llegó a casa tan ansioso por empaparse en la lectura, que descuidó la sastrería durante tres jornadas seguidas dedicado a leer los dos librillos hasta que terminó por aprenderlos de memoria. La chifladura fue de tal magnitud que hacía tejemanejes en el aire a modo de un espadachín con la cuchilla de cortar los segmentos sobrantes de los patrones. Embarazando la lógica, sostuvo hipotéticas discusiones con entes de extrañas voces hasta que, pasada la fase de encendimiento, se le repuso aparentemente el juicio.

Reposada la cena, Indalecio subió a dormir al rellano con su esposa que se llamaba Leonarda, y cuando esta se disponía a apagar de un soplido la palmatoria, le pidió: Déjala encendida un rato mujer. Espera a que desmenuce la meaja del intríngulis.

Ataviado con el camisón largo y el gorro de borlón, se tendió sobre la cama entrelazando sobre el pecho los dedos.

–Mala sombra te acabe Urdemales, seguro que mirando la tableta del techo vas a encontrar acomodo –apostilló resignada Leonarda, que no había pasado por alto ninguna extravagancia.

–Qué sabrás tú lo que yo veo; ¿acaso no ves en el nudo de esa tabla el perfil de un rostro de aviesa mirada?

–Ay, necio cabestro, qué disparate.

–¿Aquel otro no te recuerda la cabeza de un macho cabrío? ¿Más allá no ves una costa escarpada, y allende donde teje la tela la araña no ves una ínsula rodeada de nubarrones?

–Estás tú como para recogerlos con un cucharón.

–Pues admira lo que yo veo, mira por mis ojos.

–Pero qué quieres que admire. A mí no me quita la pena ni San Fermín.

–Entonces, ¿quién va a encontrar el escondrijo donde ocultan el brebaje las brujas, que toman antes de subir a la escoba y acudir volando al aquelarre con el macho cabrio?

–Criba has de hacer de mi pellejo antes de que yo te consienta este desatino.

Al sentir Indalecio el rebenque de la mujer, se puso en pie a hacer equilibrio a la pata coja sobre el jergón de la cama, a la vez que hacía con la pupila convulsos visajes, quedando del vértigo que daba verlo como para echarle el guante. –Frena de hacer jeremiadas, que solo te salvarás si se halla el motivo de tus mil errores. ¡Perdónale Señor por

el yerro, mas no después!

No dio tiempo a que le dijera más, pues el hombre cayó sobre el bordillo del catre y se le abrió una brecha en la frente, quedando en catalepsia. Leonarda, viendo mudo al desdichado echando espuma de la intrínseca rabia, con el esqueleto hecho una piltrafa, se asustó tanto que fue a pedir al barbero que trajera la aguja curva de puntear hollejo, y al cura que viniera con el viático.

Estando frente al aturdido el fabuloso matasanos Cipriano Pelambres, que tenía más de parlero romancista que de cirujano, dijo después de tomarle el pulso: Por la facha, tal vez convenga mantenerlo en pie en algún sitio donde corra el aire y, si no reacciona pronto, le administraré un vermífugo.

La conseja del barbero fue aceptada. Lo bajaron a la planta de abajo, resolviendo que lo mejor era trabarlo en un poste que había en el centro del establo.

–Procederé a embridarle un palo por si se muerde la lengua, a guisa del bocado de una yegua, a fin de que mientras esté desvanecido no se me apolille; a ver cómo sale de esta.

El victimado a poco comenzó a recuperar la consciencia. Al notarse atado pensó en que le estaban aplicando el tormento del garrote, e intentó en vano sacudir el freno del gollete para pedirles que lo soltasen. Lo más claro que acertó a decir fue «no lo quiero, no lo quiero».

Sin dilación le metieron a zurdas fuerzas un embudo por el que le hicieron tomar un espantoso brebaje de color verde, quedando rehogado Indalecio donde menos pensaba, en el estómago.

–Con qué cólera lo toma; válgale el diablo si de esta no echa el ánima por los sesos, dijo el barbero Cipriano.

A la vista de la espuma que le salía por la boca fruto del asco, terció don Doroteo, que no quería quedar de segundón en la tramoya, requiriendo perentoriamente a Leonarda un babero como elemento específico. Qué solapada disyuntiva, la medicina por un lado y, como una rémora, la religión por otro.

–Sugiero la conveniencia de hacerle acto seguido un exorcismo, pues en mi opinión hay signos evidentes de que nos hallamos ante una posesión diabólica, dijo el sacerdote más preocupado de la salvación del alma.

–Aunemos el criterio de las dos ciencias.

–Cipriano, no es tiempo de concertaciones. Dame la vez antes de que sea tarde, ¿no ves la inobediencia y obstinación del energúmeno, que está poniendo en peligro su propia vida?

–Avéngase a oficiar cuanto antes, que me saltan los pies por ver cómo prepara la balumba.

Adornado de birrete y estola de penitenciar, el cura sacó de un

bolsillo de la cogulla un pequeño cofre en el que guardaba el arma suprema de sacramentar y, con él en una mano y en la otra la cruz, procedió a aplicarle el exorcismo.

–Perdidos vagáis enemigos de Dios a la vista de la Cruz del Salvador del mundo que, en la presencia de la virtud del agua bendita y oraciones de la Iglesia, no puede haber resistencia que valga. Y le hizo tres cruces en el pecho diciendo en latín: *Tu pectoris huius interna custodias. Tu viscera regas. Tu cor confirmes*[8]. ¡Di tu nombre, maldito demonio y sal de este cuerpo! –desgañitado, reiteró el ataque sin parar de aspergear agua con el hisopo.

La tía Leonarda, que en la penumbra tocaba sin parar la campanilla como le había ordenado hasta que despertara el exorcizado, añadía a la escena un sobrecogedor patetismo. El fachendoso conjurador quería averiguar a toda costa el nombre del demonio que ocupaba el cuerpo de Indalecio para sacárselo de las entrañas. Trabó la vista para documentarse en el prontuario de exorcizar, liándose sobre los muchos nombres aplicados a estas supuestas criaturas infernales. Exasperado porque el afectado no le contestaba, le preguntó otra vez: ¿Dime quién eres? ¿Eres acaso maragato?

–Como me suelte os mato, hijos de puta, respondía cabeceando por zafarse el exorcizado.

–¿Eres el molesto Zancas Largas?

–Y os haré salir por patas.

–¿Eres Pozo Carbón?

–Allí te meteré a ti, cabrón.

–¿Eres el chinchoso Caifás? ¿Acaso Carmona, el que atiza las brasas? ¿Tal vez el príncipe Belcebú? ¿O quizás Amedeo, el brazo derecho de Pedro Botero?

A mal leer el vicario, de la bulla que él mismo armaba confundió los nombres de los diablos. Visto lo cual forzó al díscolo sujeto a beber otro brebaje compuesto de ruibarbo y polvos de agnus mezclados con cera bendita.

–¡En nombre de la Santísima Trinidad, libéralo señor de las insidias del diablo!

–Repara un momento, Doroteo –dijo Cipriano– parece que Indalecio, para bien de su mal, ya está disipado por el argento vivo y da señas de querer irse de guripas.

El cuerpo del infeliz no pudo más. Los potingues eran más amargos que la ruda y se alivió por la parte trasera de los supuestos malignos.

–¡Qué suerte ha tenido, pues de no blandear en tiempo iba a aplicarle una lavativa! –redundó el bizantino barbero.

El perjudicado por el experimento mordiendo con todas sus fuerzas partió el palo y, quedándole la lengua suelta, acertó a decirles: Qué

Dominus vobiscum ni Sancta Dei genitrix…

Confundido en su propio fárrago de latines, el oficiante continuó con el mismo entusiasmo, voceando como un pregonero para que lo oyeran todos: ¡Es clara la posesión, el ente del averno ya contesta en latín chapucero!

–¡Soltadme malditos, que sois incapaces de discernir un vahído! ¡Soltadme las ataduras, que me matáis! ¡Soltadme, panda de crueles matasanos, vosotros sí que estáis espiritados!

Al alboroto acudió en su auxilio el halo protector de un hedor como de abubilla, obligando a plegar velas a los sanadores.

–Yo toda la labor que te he hecho, Indalecio, es para que no sea menester más, y el cura se remangó la vestimenta para salir airoso de las boñigas.

–No hay mejor cosa como dar al sufrimiento la razón –cuchicheó el barbero al oído del venturoso– y, puesto que la perdimos al primer intento, debemos retirarnos de aquí, que otra no faltará.

Y por si acaso los vapuleaba, no desataron al afectado e hicieron mutis del escenario de los títeres, convencidos de dejar de momento a aquel pájaro a salvo del diablo. A Leonarda le quedó la tarea de limpiar el bagazo, que se lo llevó el agua y el jabón, volviendo todo a su anterior estado.

Al día siguiente, después de dormir el mismo sueño que los bendecidos por el bautismo, partió del nido el lechuzo a hora crepuscular, camino de la rectoría a aceptar el cargo de enredador. El cura, consciente de haber metido la pata hasta el corvejón, lo esperaba manso como una malva.

–Tardo remedio –se justificó el sacerdote– es doblarle la carga a este loco dándole calle, ya que cuando se le apague la vela ya vendrá a la melena. Y rodeando con sus manos las de Indalecio, le dio su aquiescencia sin tiento: –¡Sea norabuena hijo mío, que Dios proveerá la buena pesca!

Metido Indalecio en el tremedal, tan contento, llegó a casa para cantar la gloria a su mujer de haberse convertido al fin en familiar y confidente, entiéndase soplón secreto del Santo Oficio. Desembuchó a Leonarda la buena nueva nada más llegar. Alarmada, siendo el aguijón que empujaba los bueyes del carro, garabateó la señal de la cruz.

–Cuando apenas estabas repuesto, Indalecio, y te vi salir despavorido me dije, dónde irán los días después del sol puesto. Ya me temía yo que, poniendo pelillos a la mar a lo de anoche, no fueses a caer de morros en peor desafuero. Qué vileza ufanarte de venir convertido en un esquirol, capaz de delatar a tus vecinos.

–¿Qué me quieres decir con tanto enojo?

–Que no tenías por qué aceptar un cargo de buscazarandajas al que nunca le faltarán rogadores.

–El que no lo asume, no lo tiene.

–Pero a quién se lo iban a dar si no era a un pelafustán como tú, que vas muy alto montado en la burra echándote a perder en cualquier trisca. Cuenta que la gente te medirá la distancia, mirándote de lejos y hablándote de lado; a fuer de andar por mal camino, no te faltarán coscorrones.

–Estoy tan hecho a los puntapiés, que no me importa.

–Aunque a ti no te importe, como de esto no pondré olla cuando haga la cuenta, segura es el hambre.

–Zuño que zaina siempre con el dinero.

–Es de una friolera ver cómo traes de mondada la tapa de la sesera, buena esta para quebrarte encima un jarro.

–Será de tantos repelones como me das.

A Indalecio se le quitaron las ganas de cenar, pero no el apetito de mortificar a sus prójimos. Sin venir a cuento, rompió la discreción requerida y apareció en la misa dominical con peluca, vistiendo un jubón de terciopelo negro en el que había enjaretado una cruz verde.

–¿Hoy de qué vendrá disfrazado?, se preguntaban los sorprendidos parroquianos dándose codazos.

–Parece un traje de corchete.

–¿Y qué tiene bordado en el pecho?

–El emblema de la Santa Inquisición. –Era lo que nos hacía falta en Tábara.

–Solo servirá para espantar tarascas.

–Si no es cosa de la farándula, lagarto yo me aparto.

–No hay que perder el ojo a la gente que atraviesa.

–Voto a bríos, si no querrá darnos algún recado por plazas, calles y callejuelas.

Al mentecato le gustaba escuchar pullas y picardías. Si alguno se descuidaba contando cómo cocinaba los huevos o de haberlos freído en aceite de oliva, enseguida sacaba la consecuencia de que eras judío. Partidario de ir cortando las malas lenguas, para oír blasfemias andaba hasta por las eras, donde nada más verlo los amos avisaban a la cuadrilla de trilladores: Mozos, chitón, que allá se presenta el cotilla trayendo a pastar la potra, y viene con las trompetillas de auscultar catarros.

–Tío Lorenzo, es de troncharse… –decía el Tuno– No se tenga de villano y presuma de algo como si fuera un hidalgo. Discurro que aparenta de justiciero y no es nada.

–No dejará de venir a escuchar qué se departe.

–Es un mal bicho; no podemos tolerar que se nos acerque.

–Quinto, del susto de verlo me he descompuesto.

–El cuidado que me pena será de no apalearle.

–Yo lo derrengo de una patada en la rabadilla.

–Eso ni que la huela, que nos empreña.

–Sí, porque con poca causa nos dará con la tijera.

–Evitemos los extremos, y que lleve a pastar la potra al matadero.

–Pues hagamos que de aquí salga a la mano.

–Antes démosle en la berenjena, que ha mucho que lo desea, dijo embravecido el joven Lucas.

–Quietas las manazas.

–Yo soy partidario de ensartarlo con la tornadera.

–Que no corra la sangre, aguarda que se acerque a los zarzales y luego, si estás por ello, le mides el mango del viendo en las costillas.

–Qué mala sombra tiene, no habrá otro sitio donde poner la yegua a endentar cañamones.

A la media hora de zozobra, dijo un gañán llamado Renato: Ahorrémonos de sapos, que ya se vuelve a cantar el zarambeque otra vez a su barrio, abochornado por la canícula.

La actividad era frenética en la fragua. El corpulento Bermudo, el Oso, pasaba con las tenazas el hierro del fuego al yunque mientras dos fornidos clientes le ayudaban a martillear la punta con los machos y, esparciendo chispas, un anciano tiraba de la argolla subiendo y bajando el fuelle. El artista de la forja acrecentó la tarea y encendió la hornilla de calentar aros; físicamente no sabía dónde acudir, ora a meter los cercos ardientes, ora allá a templar la reja. En un instante que se entretuvo en girar una pequeña rueda de madera, para marcar con una tiza una medida en las duelas, se conjuraron las caprichosas deidades del Olimpo. Eolo comenzó a batir sus alas, haciendo que las llamas de la hornilla prendieran la hierba de la lindera de un prado. A la alarma salió de su boca una bárbara afrenta al dios del viento, como salida del mismísimo Vulcano. Los ayudantes le avisaron tarde: Ojo avizor Bermudo, que te oye el chivato.

–La madre que lo parió…

–Te he oído, Bermudo, manchar el nombre de Dios en vano –A Indalecio, que venía enardecido buscando camorra, le pareció blasfemia.

–Olvídalo cernícalo, le recomendaron.

–Tienes el alma más negra que un tizón, esto te va a costar un real de a ocho –ciego, el fariseo agravó su ocurrencia.

El forjador, con el rostro tiznado por el duro trabajo, lo levantó por las orejas sosteniéndolo largo rato en el aire, y le dijo: Antes que darte una blanca, te moleré a palos.

Vista la letra se desgargoló el dolor del alfayate: Ay, San Vicente, ay, Santa Eulalia, que el osobuco me mata.

Bermudo lo mantuvo colgado y se le escurría en suspiros hasta que le avisaron: Por el tenguerengue, parece que está rezando a otros santos. Perdónale la impertinencia, que ya tiene el color del

membrillo. Solo entonces lo dejó caer.

–Vete, vete, no discutas –le aconsejó Porfirio el Entenado, un tratante que esperaba a herrar la yegua–. Mas queriendo abogar en la disputa, le dijo con refinada insistencia: Comprende que si se le cae la pluma a un escribano, y se le rompe la punta, ¿a quién debe dirigir su queja?

–Qué diantre dices, injuriar a Dios es de salvajes.

–Cuando voy con la harina en el corcho a dar de comer a los puercos, si me resbalo y me caigo, ¿a quién debo dirigir mi llanto? Tal vez el oficio requiera que eleve mi queja al más alto.

No hubo forma de enmendarlo ni recordándole las cuatro virtudes teologales. El descosido zamarro se metió hasta con los frailes, por su idea de trocar la conducción del agua de la fuente. ¿Dónde iban a lavar la ropa de tantos colegiales? Y si les quitaba el riego ¿cómo iban a comer hortalizas? Uno me miró bizcorneado; otro, que no guarda las fiestas y que en vez de rezar ronronea; fulano, que se ríe en los sermones, o zutano, que se duerme en misa, asediaron con tantas e irrisorias demandas al escribano Lope Cartapacio logrando que el funcionario mejorase la caligrafía.

–¡Qué perra cara de friso tiene!, decían de sus maneras las mujeres.

Maldita pataleta de jorobar. Más por lapidar, se lo contaba todo al cura que, turbado, no sabía cómo reconducir aquella estragada conducta, y cuando iba a comulgar lo miraba haciéndole reproches por su silencio. Harto de tanto regaño, le llamó a capítulo: Mal que te pese, abandona Indalecio las formas de metomentodo que tienes.

–Es que hacen muchas irreverencias.

–Solo son chanzas entre mujeres. ¡Vamos que meterte con Arosinda, que es la fregona más garbosa de la villa! Más vale que actúes comedidamente, ¿acaso quieres que te emplumen y te manteen? Si las bromas son ajustadas, son más de perdonar.

–Jugaban con el niño, haciendo ademanes picarescos.

–¡Qué Dios ni niño muerto! Ya me mareaste en el Pende vas, que a mí no me iba nada en aquello, y dale que te pego con el oiga que no cantan, oiga que berrean… Bien sé que la guasa de los mozos es resaca de la limonada. ¡Qué más da si canturrean que va un pendón más o si en vez de decir dónde vas filio, dicen dónde vas Basilio! Por hacerte caso tropecé en la argolla de atar los burros, teniendo que sacudir los cagajones de la capa pluvial a la vista de todos. Ofuscado, me levanté y le estampé la mano en la cara al notario Diógenes. Estoy escarmentado por la gran chirigota que se organizó a mi costa.

–Es que a las descubiertas, como soy de bien a derechas…

–Pues si supieras cuántas veces me callo yo, llevado de los demonios… Indalecio, si no te enmiendas no llegarás a prioste de la Santa Hermandad, que el encargo te lo di a prueba; y vete con Dios,

que no estoy para escuchar más pretextos.

Hasta el corregidor, acusado por los del pueblo de falta de diligencia, se vio incapaz de sujetarlo al orden común, y hablando del asunto con don Bernardino, este le dijo: Procura Arnoldo, que no lleguen las demandas a ejecución.

–¿Cómo habrá cabido en una mente tanta mudanza? –Cuando tú quisiste que Indalecio te apoyara, rompiste tu carta al desdeñar el consejo que te di. Quien por sí mismo se engaña, amigo para ti sea que para mí no.

–¿Por qué no se ejercitará en lo que realmente estorba?

–Ardiendo lo verde por lo seco si es para traspiés, es otro yerro notable –enfatizó el proverbial marqués.

–Excelencia, se acabó mi paciencia de gobernante. Ojalá que haya un diestro en la espada que lo mate.

Estaba puesto de primer plato el alfayate igual que una sardina entre dos gatos y, no teniendo otro debate sobre la mesa, continuó el marrullero corregidor: Asaz que mal es no querer sanar, buscando siempre quien pelee.

–Tú dirás lo tuyo, pero si van los raposos por el llano y a Indalecio lo esperan en el monte los lobos…

–A uvas que poden, y pagando unos por otros, no sobra nadie en la cuadrilla.

–¡No os oigo bien! Arribaos a mi vera para que os entienda mejor, que del catarro tengo sordas las narices –dijo el marqués enmarañando adrede los conceptos.

–Me pareció escucharte Arnoldo que, andando el chivo de hoja en hoja, deseas le den una buena panadera.

–Antes la trama merece ser calculada, excelencia.

–Pues no demores la respuesta a tan necesaria demanda.

–Deberíamos concertar esto con Doroteo, por si a alguno de los sicarios se la fuera la mano y le llena el cuerpo de plomo.

–Una vez tirada la piedra adonde topa no vuelve.

–Cierto, la prudencia es la madre de la ciencia; no me demoraré en tratar este asunto con ese saltabardales que está tomado de vino de misa.

–A cada malo hay que darle en su día malo. Y añadió, ahondando en la intriga el conspicuo noble: Aunque a nosotros no nos ajusta ni tullir ni mullir, la médula consiste en poner la pella en juego, y luego al mal hecho, ruego y pecho.

–Me cuentan –chismeó el corregidor– hace como que no ve la falta; por un ducado, esta llaga es tan mala que viéndosele por la hendidura el vicio, no puede tener una vejez larga y descansada.

–Así que Indalecio está bebiendo en todas las aguas, y por dinero se vuelve a cada viento. Si anda de vecino en vecino levantado como

un falso testimonio, es de la misma especie que las serpientes ponzoñosas.

–De mañana, luego que sale a la calle va de malas, y lo primero que enseña a la gente son las uñas.

–Es de atinado guardarse para mejor ocasión, que la mayor parte de las veces la rueda de la suerte hace son a las cosas recias. No desdeñes este consejo Arnoldo, lavándote las manos como el gobernador de Judea; no sentirás vergüenza.

–Gastadas señor las buenas palabras –replicó– solo me queda aguzar la hoz contra la pereza, poniendo el filo en el cuello de este perturbador al que le sobra la vida.

–Te conviene saber que a este soplón sin piedad todo le da igual; iros con presteza y olvida lo que hemos hablado, que no tardando cualquier cosa acontecerá.

–Asaz sabe quien sabe vivir, don Bernardino.

–Y Arnoldo, buena muerte la que ataja los males de la vida.

Sutilmente, dando de comer al pedernal, se puso el marqués detrás después de trocar las palabras dichas por un a buena parte, se esperan grandes maldades.

Aplacado con un ramo de olivo, que menudo iba cuando no portaba el bastón, se fue el pérfido corregidor de la casa del marqués metido en el lance.

Arribaba una tarde Indalecio Urdemales abrasado por un sol llameante. Venía de segar un prado con los cuadriles salidos y retornaba sin la compañía de Dios por un polvoriento sendero desde la Cruz del Perdón, trayéndolo a la bajura el diablo, de otero en otero, hasta que dio en topar con un hombre bueno llamado Severino Bailón. En lo concerniente al género de estos hombres poco se puede decir sino aludir a parte del dicho que los define, que cuanto más malos mejor, pues se suelen pasar entremetidos a sus arbitrajes la mitad de la vida, a pica seca pleiteando la sustancia de los litigantes y sembrando los pueblos de medianerías.

Al irónico mediador, nada más ver la figura retemblando del histriónico alfayate subido en la burra con la guadaña al hombro, le rememoró una reciente representación teatral que hubo en la plaza mayor de la Danza de la Muerte, a la sazón muy en boga.

En cuanto lo tuvo cerca le dijo: Indalecio, remendando casacas a cien parroquianos que se vistan, no tienes necesidad de andar como un petimetre trasudando esos palmeos en los riñones. Quién te mandará transitar a deshora por esta tierra tan fragosa; acuérdate que no tienes hijos que te pidan pan.

–Qué bellaco; en mala hora vienes a burlarte haciéndome este comentario.

Creyendo que el bilioso había puesto en duda su fertilidad,

dándose por muy ofendido, le dijo sin bajarse de la burra: ¡Aléjate de mí, no te hagas merecedor de que te siegue la cabeza de los hombros!

Oído el violento exabrupto se le puso un nudo en la garganta al juicioso labrador, que acertó a decirle: Cállate que por meterte en vidas ajenas has perdido los amigos, y tendrás una muerte sin testigos.

No quedándole otra que plegar velas atajó el tío Bailón por la fuente, persiguiendo a don Tineo cuando iba a tomar la purga de sus ayes a la sombra de una aromática madreselva que prospera, no muy lejos de allí, en un laberíntico callejón. Gradualmente, a Indalecio le fueron clavando entre todos el espetón de la censura hasta que terminó huyendo. Y es que hay auspicios que no fallan: a un bochorno de julio le siguen las nubes pardas y los truenos.

–¿Por qué doblan las campanas? –pregunté al posadero, sobresaltado después de una siesta larga.

–Quexada, ha habido un muerto.

–¿Quién ha sido el desdichado?

–Han encontrado al alfayate suspendido de un madero.

No daba crédito; boquiabierto me acerqué a enterarme del suceso. En la casa ya estaban el marqués y el corregidor; todavía llegué a tiempo de escuchar sus primeros derrames.

–Está todo muy claro. Para dejar de padecer, sagaz previno dejar la vida.

Y don Bernardino, con su proverbial perspicacia, dispuso el contexto en jerga de carpintero: Admira cómo se suspende el pendolón de la viga. Por las limas, nabo y mortaja, ¿qué te parece, Arnoldo?

–Qué me va a parecer el escenario. Buscó iracundo el sitio donde colgarse; semeja a un olmo presto a ser abatido.

–Aunque sé de qué pie cojea, traed al barbero a ver qué aleluya me pía –ordenó el marqués a los corchetes.

–Si le sirve de algo a su señoría, no creo que importe mucho lo que diga.

–Es que por fuerza, en un caso como éste, tengo de salir proveído no sea que se nos caiga el pelo de la cabeza.

Cipriano, con más miedo que alma, se fue abriendo paso entre la gente hasta ponerse a la vera del marqués que, al verlo, le dijo: Acércate sin temor Pelambres, te prevengo, que si no me dices nada no cometes ningún delito.

Oyendo aquello se aderezó la gorguera de encaje, y dijo presumiendo de cogotudo científico: Me atengo gentiles hombres a que querrán saber mi opinión del desmán. Aunque hoy haya traído las herramientas más endebles, este asunto no se me resiste, y lo despacharé al cementerio a toda diligencia.

–Qué cobarde, venir a aburrirme con esta charlatanería de opereta es notarme de borracho.

–Componga el semblante don Bernardino, que se le nota mucho el mal temple.

–Le flojearé algo la cuerda a ver dónde nos lleva.

–Está claro que, tras tirar el taburete, le llegó de súbito al rostro el indicio del achaque brusco de un coágulo de sangre en el hipocondrio y le vino el arrepentimiento de seguida.

–A más de uno se le van a quitar las ganas de imitarlo. Prosigue Cipriano, que me está gustando: Mas no llegando el cuajo a depurarse por el hígado, se le manifestó enseguida el rigor mortis, quedando en las partes inferiores sin evacuar por el orificio trasero. Es muy importante que esto lo sepa Doroteo, porque así lo podrá enterrar cristianamente.

–Aun participándonos de la mitad, yo creo te debe faltar algo por decir; de lo de tu oficio, claro.

Entonces el barbero, para no verse salpicado, añadió: Tornarán las cosas al principio, excelencia, que no tengo yo la culpa de que este mal le haya crecido a Indalecio, lo que no se puede ni pensar.

–Dichosamente, nos has devuelto su espíritu, antes que se le descomponga el cuerpo –apostilló a burla el corregidor.

–No creas Arnoldo, que yo por no estar a la última, me dejo manipular tan fácilmente.

–Contigo no quiero ser arrogante Cipriano, pero debiste evitar la paradoja de llenarle la barriga de catárticos. Tú tenías que haberlo tratado con parsimonia dándole un simple vaso de agua fría, que solo te faltó quitarle con el escalpelo la piedra de la locura, y rematarlo como Archagathus con el cauterio.

–¡Ay, qué palos tan injustos me dan, señor marqués! Con semejantes conceptos, y otros refranes que se me han olvidado, me enseñaron a mí para que hiciera el trabajo de un cirujano.

Yo sospecho don Bernardino, que el final de Indalecio no podía ser de otro modo, y lo que le había de ocurrir no hay cautela humana que lo hubiera prevenido, puesto que estaba como una cabra.

–¡Qué razón tiene, Arnoldo!

–Ya ve señor marqués, cómo ha degenerado la práctica en las manos del barbero, copando de pus toda la materia.

–Me he dado cuenta de que no haré carrera con él; rezo a la Asunción para que me acoja enseguida en su seno, antes de que me tarace los brazos con una liosa sanguijuela.

–Ojalá le conserve la salud a la medida de su osadía.

–¡Qué demontre de Cipriano!, me ha quedado dolorida la quijada de la risa de oír tu ridícula descripción de la autopsia. Encima quieres que confíe en ti. Ten mejores principios, y déjate de bárbaros devaneos hipocráticos, que no está en juego tu oficio si sabes enmudecer.

–No me compete decirle señoría, que no tiene razón porque solo Dios sabe…

–Viendo a uno veo al otro. Me imagino con qué ímpetu os emplearíais tú y el botarate curita con el desdichado, que en paz descanse.

–Es lo que me parece a mí, señoría –terció el corregidor.

–El cura y yo, que nunca en otra nos vimos, hicimos por el mal de Indalecio lo que pudimos. ¡Menuda noche pasamos de trae el embudo y toma la palangana!

–Vaya pareja de curanderos.

–Por muy animoso que soy, Arnoldo, cuando me tiene sentado en el sillón y le veo llegar con la cuchilla de rasurar, le respeto; pero no sé si lo que ha dicho vale para sacar el hilo del ovillo.

–En cuanto a Doroteo, recuerdo cuando quiso venderle los santitos a un volantinero; al domingo siguiente, cuando salía de la iglesia lo mire de arriba abajo y, guiñándole el ojo, le dije: tú ya me entiendes, cabrón.

–Arnoldo, según la industria de las cosas que dices, algo tienes adentro que debe hablar por ti.

–Y quién va a ser, si no es mi buen ánimo y mis trazas.

–De lo que me dices del cura me sobran pruebas, y pongo sobre el tapete las diferencias que tengo con él en materia de recato, que de no ser sacerdote se las perdonaría.

En esta estábamos cuando el bufón Fabricio de Montefiascone, al servicio de don Bernardino desde que lo trajo de Nápoles, pues no hay noble de este abolengo que no se pirre por tener uno en su séquito, se cayó por el escenario. Tirándole de la casaca le dijo: Recuerde señor marqués, cuando mandó a Baltasar a pedirle a Cipriano que lo afeitase a deshora, cómo la costilla de este cortaorejas, dándoselas de sorda, le tiró las aguas sucias a la cabeza.

–Qué braveza arrojarlas sin avisar agua va, como es costumbre –azuzó sin disimulo el corregidor.

–Pobre Baltasar… Volvió manchado de los orines como un bendito; no sé cómo acertó a decir para desquitarse, ¡qué guarra eres, Marisela!

–Y cómo luego se escondió como un cobarde, todo por no darle a vuecencia con la brocha en la barba.

–Qué culpa tengo yo, si después de escaldarme me pone a pelar las plumas tan malamente.

–En vez de quejarte Cipriano, mejor sería que cambiaras esa audacia tan cargante que te embarga –sugirió el corregidor.

–Cuán poco se te ha pegado de Galeno, Esculapio, Paracelso y Vesalio; según como andaba Indalecio buscando su San Martín, no le hacía falta otra cosa sino que tú y el cura le curaseis la destemplanza.

A Cipriano, que esperó impaciente a que terminara don Bernardino

de hablar, le pareció que, por la inquina desplegada, quería barrer de la tierra un oficio que hace tanta merced. Pasmado el barbero, por lo docto de la reprimenda, todavía dijo: Total, por unas refregadurillas estomacales que le hicimos hay que ver cómo se pone vuecencia.

–Si entendieras la médula de una autoridad, como la suya tan leída, no nos hallaríamos con la justa razón de sacudirte por andar carcomiendo la verdadera sabiduría.

–Pues ya que soltando tarascadas de zoquete, no nos sirve para cronista de ahorcados que siga engendrando epidemias con los cirujanos de su patulea.

El barbero, abochornado por el inmisericorde vapuleo de los presentes, deseó que la tierra lo tragara allí mismo.

–Alguaciles, bajad de la viga al colgado. Ponédmelo en el suelo para que lo examine más de cerca.

Entonces, don Bernardino introdujo sus dedos de garduña por el interior del jubón que vestía el cadáver, extrayendo de un pequeño bolsillo un envoltorio de papel. El marqués no disimuló su satisfacción por el hallazgo y, en silencio, leyó lo que parecía contener la última voluntad de Indalecio: «Leonarda, si algo me ocurriera llevas a don Doroteo el cofre en el que tengo guardados treinta doblones y veinticuatro reales de a ocho, para que se los haga llegar al tribunal del Santo Oficio».

–Hombre, sí… En lo que tocaba a mi duda apuntaba a honrado el alfayate.

Y guardando el papel, el marqués urdió su última añagaza: Ahora es buena ocasión para saber la catadura de este curita.

CAPÍTULO VII

Las tribulaciones de doroteo

Don Bernardino escudriñó, para buscar entre los curiosos. La circunspección con que se empleaba le llevó a reparar en Doroteo, que intentaba escurrir el bulto detrás del sacristán. Le hizo una seña para que se acercara, y le dijo: No te enfades porque te formule que, por desasosegar a Indalecio, está tu honra embadurnada de lamparones.

–A mí, fuera de sacudirme, lo que sea; no olvide que soy el sacerdote y me hallo frente a vos.

–Por hoy me basta con anunciarte que estoy en tiempo de hacerte más adelante profusas amonestaciones; y ahora mosén, –prosiguió– puede proceder con lo suyo.

–Señoría, qué temperamento tan atrevido tiene, que no le anima su compasión y sus muchos donativos a la iglesia. Por ser quien es, debe concederle una oportunidad a que Dios se lo remedie.

–Mira por cuánto, Arnoldo; de andar metido en jubileos y procesiones, no le vienen malos aires.

Enterrado el alfayate Urdemales, que acarreaba la redoma del vinagre por el revés, ajustado el orden y guardadas las formas por Leonarda, ésta fue puesta al corriente de la disposición ológrafa del difunto. Don Bernardino, le dijo: Mete la nota en el interior del cofre y llévaselo a su destinatario a la sacristía, que así veremos lo que la suerte nos depara.

A Doroteo, de las prisas por conocer el contenido del legado, le entró tal trastorno que hizo un estropicio de novena de ánimas. A ver quién iba a enseñarle cómo tenía que principiar a guisar la misa. Engarrafado por los grados del vino puro que tomó antes de celebrar, se dispuso a consagrar nada más empezar, sin hacer caso a las indicaciones del sacristán. Con el cofre en sus manos regresó a la rectoría, con igual regocijo como el que sentía su alma bajo palio, dando unos saltos tan altos como un birria danzando el día de Corpus.

Así fue llevado aquel desgraciado, en volandas por los malos espíritus que parecían conjurados a su alrededor. Iban todos bailando y chocando los palitroques, al tumburumbún del tambor, cantando *a la tarí ta tí: Vamos a llevar a este cura a su casa, vamos a llevarlo por la plaza, que por otro lado no pasa*[9]. Y sin darle parte a su ama Filomena la Raspa, que solo lo dejaba en paz de Pascua a Pentecostés, se introdujo ansioso en el laboratorio de organizar los enjuagues.

Resollando de esta punta, se encarcavinó bajo llave en el cuarto y, dejándose caer en el sillón, abrió el cofre. Buscando como justificar su

zozobra, se dijo: Si la voluntad de Dios ha querido, que llegue a mí esta herencia fruto de la devoción y de la piedad; agradecido estoy a la inefable víctima. Si supiesen los feligreses, cuán amigo soy de estas cosas.

El brillo de las monedas difuminó su rutilante reflejo por las probetas, matraces, alquitaras y serpentines, y más que parecer el despacho de un cura aquello parecía el entorno donde desarrollaba el trabajo un furibundo nigromante. Y el oro que llevaba un tiempo buscando con fruición por métodos alquímicos, al hacerse patente en el interior del cofre, obró enseguida el prodigio de que su mente entrara en trance. Su voluble espíritu comenzó a transitar por el exotérico mundo de la quimera. Para entonces un ángel rendido al príncipe Belcebú, el dios de Caronte y señor de la bosta, de nombre Valente, muy fácil de invocar y prácticamente inofensivo, ya había llegado. Como muchos de su especie responde a preguntas acerca del pasado y del futuro. No era mayor que un sujetalibros.

Estaba esperando a Doroteo para enmelarlo. Se recostaba, con una pierna medio doblada como el doncel de Sigüenza en su catafalco, sobre la cubierta de pergamino de un antiguo bestiario iluminado en el *scriptorium* tabarés por un beato monje llamado Joseph Fíncias. ¡Ay, si llegara a conocimiento del prior don Belisario, custodio esmerado de libros miniados, que el viajero de la entelequia le había puesto pies a aquel precioso obsequio hecho por un jerónimo de Moreruela! Pues bien, Doroteo lo sustrajo como un vulgar ladrón, escondiéndolo entre los pliegues de la sotana, para cambiarlo de sitio hasta su anaquel, solamente porque le excitaba mortificarlo.

El diablillo, gusaneándole la conciencia, se reía triunfante de haberle inculcado el expolio, y le dijo al son del dinero: Doroteo, hay algo que tendrás que aprender.

–No me confundas, porque cada vez te entiendo menos.

–En el fondo, eres tan mudable que no sabes qué te conviene realmente.

–Qué gran faena sería equivocarme haciendo algo que no debiera y violando las reglas de mi oficio de párroco.

Conociendo sus debilidades, una vez explorado el interior del incauto sacerdote, fue una presa fácil para el demonio, que sabía a qué vicio estaba más inclinado. Empezó por enviar a su mente cada una de las imágenes del libro, haciéndole sentir como un ave posada sobre el astuto zorro que, fingiéndose muerto, espera a que se despiste. Fue entonces cuando su alma, acusando el vacío, cayó hacia el abismo del mal atravesando la humeante nube de olor a azufre del infierno de Dante. Su grito lastimero, era uno más entre la batahola de los angustiados que miraban distantes cómo sus cadáveres eran despedazados por la hiena carroñera saqueadora de tumbas.

–No seas tonto, quédate el dinero para ti –oía en un siseo.

Aunque se sentía agobiado por los llantos del averno, no podía dejar de aceptar la propuesta tan tentadora de quedarse el dinero. No sabía qué hacer. Se calzó en la nariz las anteojeras y releyó, rotundamente, y que le diesen a él los dineros.

–Pues claro, tonto, eso debería bastarte. ¿A qué esperas para decidir? ¿Acaso no fue tuyo todo el enredo? ¿Quién va a decir nada? Si tú eres quien ha enjuagado todo el gatuperio.

–Sí, pero no quiero caer en la corrupción.

–Con este golpe de suerte podrás realizar tu sueño.

–¿Y si el marqués supiera algo de esto? Ahora que recuerdo… Me dijo algo de hacerme unas reconvenciones. ¿Me lo echará en cara?

–No te preocupes, don Bernardino está de sobra. Su pose detectivesca es pura facha; hace tiempo que no pesquisa bien porque le falta adiestramiento.

–No cabe menospreciarlo, es muy listo.

–¿Pero qué es pecado para ti, Doroteo? Esos tropezones al bajar por la escalera, murmurar, hablar de noche, robar en la despensa del convento, aguar el vino de misa… solo eran anodinas niñerías. Tu pecado es mucho más grande. Cuando estabas postrado en el suelo renovando los votos, junto a tus hermanos de los Jerónimos, en verdad tú dijiste adiós a la pobreza, a la castidad y, desde luego, a la obediencia. ¿Cuántas veces no te saltaste la regla? ¿Ya no te acuerdas? Bien que te ríes de Belisario cuando babea el breviario. Paseas sobre los venenosos áspides, no te arredras frente al león rugiente y desprecias el fuego del dragón…

–Déjame en paz, pequeño demonio. De ningún modo justifico aquel comportamiento de mi juventud. Hoy no me arredro ante la dureza de la vida sacerdotal, y sigo las huellas de las sandalias del Pescador. En lo que concierne a mis pasiones, he aprendido que lo que es bueno para satisfacer mi deseo, es malo para mi clarividencia.

–Como el íbice, bajas bocabajo por la montaña; allá tú si te descuernas. Debes saber que puedes sortear cualquier estorbo con estas alas de grifo. Piensa que con una sola moneda de oro obtendrás del deán esa canonjía de Villada que tanto deseas.

–Tú quieres llevarme de la mano por la sombra de la noche, para darme con tus cuernos de carnero el último empujón y arrojarme al precipicio del mal.

–De momento, no es mi propósito. He reparado que al salir de la iglesia siempre te fijas en el cuadro de las ánimas. ¿No ves Doroteo, cómo disfrutan?

–¡Ay, el purgatorio, temporal cobijo en el que uno se puede quedar atascado para siempre si le falta una oración! ¿Quién repartirá esa ingente cantidad de la gracia de las oraciones que llega

desparramada?

–Recuerda el cuadro de las ánimas de Manzanal del Barco; desnudas, entre las llamas, suplican que las saquen de allí cuanto antes –terció su ángel de la guarda.

–No me digas más.

Metido en el confesionario de Rionegro del Puente, oía con nitidez los quejidos provenientes del túmulo que preside la esquelética parca. ¡Ay, Dios quiera que fuese solamente el trabajo de la carcoma! Mas armándose de valor, recargó aún más el disparate. Gran amargura era vivir pensando de día y de noche en la muerte. ¡Siempre es media vida el fuego! El maligno celebró mucho lo bien que le sonaba la madura cavilación de Doroteo.

–¡Retrocede, Valente! ¡No me eches más carga!, que me falta el aire para sustentarme y no quiero terminar varado eternamente en el detritus de la miseria humana.

–No me detengas la ayuda que te brindo, que te falta por recoger mucha dádiva –y adoptando el diablo el aspecto de hidra alada se le introdujo por la boca–. Glosando la buena, se dijo: Desde que rondo por las almas nunca me he sentido tan a gusto como en la de este tarambana.

Apenas acusó Doroteo el estado de poseído, bostezó y se durmió. Serían las tantas, cuando aquella compleja cabeza de ajo empezó a reagrupar las neuronas dispersas por la fárfara de su microcosmos cerebral. Acumulada la energía necesaria para abandonar la sugestiva gravedad espacial, su mente vagó un rato por las geométricas esferas tolemaicas. Al despertar, sus ojos aún orbitaban en derredor del aposento.

En aquel momento recibió una definitiva revelación bíblica, quedando servida la zapatiesta: Si el varón se hizo cómplice de la varona, y ambos pecaron por culpa de la maldita serpiente que les acechaba los calcañares, ¿acaso no fueron despojados de la inmortalidad por la muerte?[10]

–Teniendo una sola vida, no necesito de muchas más señales. ¡Bien me merezco la recompensa!

Contó el dinero, hizo un montón con las monedas de oro, y otro con la calderilla, y los guardó en dos bolsas decidido a quedárselo. Pasó el tiempo sin que surgiera otra novedad en su inexorable rodillo: Ni por el otoñal adviento, ni en la subasta de rosarios de castañas de san Antonio y ni en la rifa del cordero de los mártires. La única cosa que le quedó sin averiguar en el invierno, a nuestro suspicaz marqués, fue la causa por la que los devotos no pudieron degustar las alubias, si sería porque se quemaron o por su fermentación.

Prodigó el marqués el reposo por las carnestolendas, y la vigilia cuaresmal, de desentreno, haciendo una vida de holgazán

ensimismado en la contemplación de sus dos gatos, Lupita y Chivín, que contagiados de la misma pereza que su amo se pasaron el tiempo sin cazar ratones. Eran tan grandes, y tan gordos, que parecían dos tigres. Fallecieron de retortijones después de que, los muy glotones, se zampasen el arroz con leche que les había preparado con todo mimo Micaela, la criada de la Herreruela.

Fuese por el fracaso gatuno, o al acordarse don Bernardino del sermón sedicioso del domingo de Cuasimodo en el que Doroteo el año anterior le había mentado a los ballesteros tabareses que murieron en Aljubarrota, el caso es que le mandó recado de que fuera al día siguiente por su despacho. El cura, no exento de cierta clarividencia, presagiaba la que se avecinaba. Con la intención de resaltar su dignidad se cepilló e iba venteando por la plaza con la valentía de la loba más alisada, cubriendo su cabeza con un sombrero de alas de teja, tan útil para polemizar en las controversias.

–¡Qué demontre! Ahora averiguaré si el marqués es agudo o un papamoscas.

Con esta socorrida cavilación se plantificó el petulante en la escribanía, y traspasó el marco purpúreo de la lujosa puerta. Los junquillos pintados de oro hacían resaltar los blancos entrepaños de madera, a guisa de reavivarle la debilidad que tenía por el caudal. Pese a entrar cegado por la luz cenital del atardecer, enseguida distinguió la oronda figura de Belisario el Cansino, que de pie trasteaba impaciente los dedos pulgares por encima del escapulario. Don Bernardino lo esperaba sentado en un vistoso escabel de cuero repujado con el escudo de los Pimentel, escoltado por el escribano y por el bufón Fabricio que se había disfrazado de macero.

–Cuánto más terror habrá en el futuro, cuando el supremo juez nos reúna para juzgarnos a todos estrictamente –baladronó Doroteo comprendiendo que había llegado su día de la ira.

–Por favor, no te conviertas en un silo de pretextos, porque la demanda que te hemos hecho es justa.

–Y yo… que además no estoy de gracia para sufrir desaires, dijo el prior.

–Vive Dios que las inquietudes que guardáis hacia mi persona se volverán pronto en plácemes. Con bien poco me cegasteis, y no hay para qué. Presto, contadme lo que os turba, que no he venido para poner el pie en pared y media.

–Ay, si tuviéramos que pedir perdón de todo lo que pensamos.

Enseguida tomó la palabra el prior, haciendo retemblar las tablas del policromado artesonado con su voz de trueno, que sonó en la pequeña habitación como el estallido de una bombarda: Me acuerdo de una clase de gramática latina en la que te tuve que sacar el garbanzo de la oreja, pues prestabas más atención a dos pobres

sabandijas que aprender el rosa, rosae. Quien te ha visto moqueando, y con los astrosos calzones apenas sujetos por el botón de un tirante, queda ahora confundido al ver cómo te presentas a rendir cuentas de tus resabios, embozado en esa lustrosa sotana.

–Ya veo que a costa de mi honra los dos juntos habéis deparado de sospecha en prueba, y de falsedad en verdad.

–No creas que me causa poco disgusto tener que censurarte, por tu poca humildad, pero es que hay otra cosa que me enciende más.

–¿Cuál es? Que está sobradamente probada tu tenacidad en retener el legado que dispuso el difunto Indalecio y que no te corresponde. Por el retardo se derivan suficientes indicios de que vas a paso de ladrón. Toma mis palabras, no como un correctivo de tu incalificable conducta, sino más bien como la última oportunidad que tienes de salvarte, pues has faltado a las meridianas disposiciones del Santo Oficio.

Encalabrinado por las ardientes saetas que terminaba de oír, y ante la amenaza cierta de que concluyera su carrera sacerdotal anatematizado por su tardanza en explicarse, pidió un receso para ir a buscar algo que quería enseñarles. Creyéndose en razón, al poco rato regresó de la rectoría con idéntico donaire, portando en las manos una caja tallada. La puso sobre una mesa, y les dijo: Esto es lo que queréis; mirad, aquí está todo.

–Pondremos los ojos en lo que habéis hecho.

–Aplanaos; estoy seguro de que todo prorrumpirá en calma, si es que lo quiere la bienaventurada Eternidad.

–Mucho te arrojas Doroteo, cuando lo que importa es que quiera Dios que salgas en bien del cambalache.

Abrió la caja y quedó a la vista de los presentes la obra en oro de un orfebre, consistente en un copón a cuyo pie podía ensamblarse la corona de una custodia.

El prior, influido por el fulgor que desprendía el dorado objeto destinado al culto, corrigió su serio discurso estallando inmediatamente de satisfacción.

–Dios te bendiga Doroteo, qué rico copón para conservar el prodigioso misterio del Cuerpo de Cristo.

Tal alarde obró el milagro de que desaparecieran sobre su persona las suspicacias de Belisario, logrando resquebrajar la unidad en el procedimiento de los dos notables. El prior, de mirada estrecha, tardó poco en hacer migas con el cura: Se lo podía dejar para lucirlo en la misa que concelebraría con motivo de la cercana visita al convento del general de la orden.

En don Bernardino, con su idea ya formada, no hicieron mella los requiebros con que compadreaban ambos clérigos; tenía muy claro que Doroteo, en la función de albacea, había alterado de forma

delictiva el propósito del testador.

Previsor, le dijo tentándose la barba: Rara habilidad tienes para los embrollos, muy digna de tu gran ingenio.

Elevándote sobre la condición de otros hombres, en vez de dar ejemplo les sirves de tropezón.

–Se confunde conmigo, no me jacto de mis logros.

–A mí no me engañas. Soy partidario de castigarte con mayor rigor, por ser persona pública, a pesar de la alhaja que has traído para custodiar la Hostia. La única ventaja que sacarás de mí es que renuncio a preguntarte, porque tú eres el ejemplo de persona que aun mintiendo no te gusta que te lleve la contraria, y no reconocerías tu yerro.

–No le tolero que me tache de embustero.

–Más te valdría que meditaras si lo que has hecho es justo para así redimirte de la mezquina avaricia, que es cosa más principal que ese empeño que tienes en querer salvar a otros de sus menores vicios.

–¡Qué copón y qué custodia para que haya hostias! Repare, señoría… El abad no se ha quedado a la zaga en la loa; sacúdale, que es de la misma condición y está jaleando el latrocinio –remarcó el bufón metiendo guerra.

–Como no me he juntado para esto, tendré paciencia Fabricio, y no pasaré el reproche de uno a otro mientras caiga agua de las nubes.

–A fe, señor marqués, que Doroteo es merecedor de escarmiento, aunque a usted no le habrán de faltar por ello disputas impertinentes –opinó el escribano Lope Cartapacio.

–Por el cumplido arrebato que Belisario ha demostrado por los ornamentos sagrados, ya sé que me hallo ante otro místico entusiasta de los santos. Al igual que la cigüeña va menudeando los gusanos detrás del que remueve la tierra con el arado, éste delira por poner un órgano en la sala capitular.

–Señoría, seguro que también anda detrás de los dineros. –Con insensato descaro ha dicho adiós a la honradez, y no ha dudado en arremangarse metiendo los pies en el barro sin temor al ridículo, claudicando de parte del ladrón que, con disimulo, dice que no robó.

–Como escribano le haré un apuntamiento excelencia; yo no haría diligencia en un asunto que no ha de aprovechar a nadie, ni aunque se halle constipado.

–Es que me ponen en tan difícil postura que…

–Yo, señor marqués, me quitaría el delantal de zurrar.

–Estoy con un pie ante tres zapatos; al malhechor, como fue ordenado por el obispo, solo lo puedo reprender en privado. Al prior no lo puedo censurar sin disgustar a mi esposa, que le tiene por confesor, y de enterarse en el pueblo de estos apaños… ¿Cómo desagraviar a la pobre gente que ha sido multada sin poner en peligro

la vida del sacerdote? No me queda otro remedio que parar el proceso sirviéndome de pasatiempo lo que va a ser disciplina de poco concepto.

–Tiene razón; queriendo salir del corro está de sobra la vara de la justicia.

–Pues nos ajustaremos a estar de plantones como Crestón.

–Mirad qué aliento para la necesidad que tiene de varapalo. Con gusto llevaría presos a los dos desvergonzados.

Así permanecieron un buen rato desparramados los dos grupos, hasta que el marqués dijo: Como no he encontrado otro modo que el de amonestarte, he convenido con el señor obispo tu traslado a Santa Eulalia. Ándate con cuidado como obras en la parroquia de Santo Tomás, que de hacer otra te arrojarán sin compasión de la espadaña del campanario. Partirás a tu nuevo destino al día siguiente de la función del Corpus.

Brilló el sol como suele en día tan señalado. Los clérigos vistieron las dalmáticas y lucieron bajo palio la nueva custodia escoltada por cuatro alabarderos. El birria, tocado con una piel de lobo, arreaba con la maza a los danzantes que bailaban al son del tamboril y de la dulzaina el Señor mío Jesucristo. Don Bernardino regaló los corderos y me invitó al convite que se celebró en el refectorio. El prior, harto de corregir gazapos a un estudiante que leía la Vulgata, dispensó de guardar silencio a los comensales, que alabaron la suelta de la lengua con gran algarabía.

–Os diré, padre cillerero, que esto de sorber sopa de gallipavo es un don del que goza el hombre por sus afanes.

–Padre Belisario, está tan buena que resucita a un muerto.

–Para montar pepitoria el abad contrastó parecer sobre la sopa con el corregidor Arnoldo: Dime, si te encuentras de arbitrio, ¿verdad que está buena?

–Uf, sí señor, que a herradas la absorbería; no creo que haya mejor cosa en todo el sorbe para aderezar un cuerpo revuelto como el mío –le contestó atragantándose de cuchara.

–Está tan atiborrado de brindar a Baco en el entremés, que tu caletre se ha confundido con el orbe.

–No sabe cuándo parar, bebe a boca de jarro; es como una esponja –criticó fray Martín, el licorero.

–Dilecto hermano, siempre anda de este asiento; la vara se la dieron por la izquierda.

–Al ahornar las leyes se hacen los alcaldes tuertos.

–Que se conforme con proponerlas en el concejo, que no es poca habilidad.

–Yo hago la misma crítica que vuestra merced.

–Nada le desagrada porque hoy estamos de solaz.

–Yo no puedo ser más leído porque no sé leer, pero me contento con bien arar y con ser cristiano viejo, ja, ja –refutó Arnoldo– Aquí todos sorbemos la sopa de común placer. –Ahí donde lo ves, goza de la preñez de sus paisanos.

–¡Ja, ja…! Vos, Cansino, también trabucasteis por la prez.

–Es bueno que un alcalde sea comedido con la vara, ¿verdad, Arnoldo?

–Por asnos que sean ya lo saben bien en cada casa.

–Tirando con ballesta ajena bien puede vuestra merced reírse de sorber al rústico vecindario de bobalías.

–Bien que los entuerta con los derechos del catastro.

–Pues si todavía alguno no se da por jodido, que siga lo mismo –concluyó Melchor Barbando, que era un labrador descontento.

El refrigerio trascurría por este ameno derrotero de la broma, hasta que todos se llenaron de cordero mayor y vino rebajado. Ireneo, el presbítero de Perilla, se tentó la barriga dispuesto a hacer sitio en su estomago al bollo. De repente se levantó del asiento ansioso por polemizar, y pasándose la mano por el cerco de la tonsura, para darse más importancia, pidió venia para dirigirse a los asistentes. El abad Belisario, creyendo que iba a soltar una décima, se la concedió.

–Hoy se ha evidenciado, como nunca, al Santísimo de cuerpo presente en la custodia. Afortunadamente, estábamos bien confesados; de no ser así, no se hubiera visto el milagro.

–¿Ha oído, don Bernardino? Ahora, quién será el grajo que recogerá la bicha para portearla a las encinas.

–La propuesta es polémica, Fabricio; hiede a cosa muy antigua y no hay por qué escandalizarse.

–Ay, cuántos de los chinches que han tocado estos pelos, señor marqués, están descomulgados.

–Contente Arnoldo. Asaz, este cura novato seguramente ha puesto a rodar por la mesa un simple maravedí, dejando en la faltriquera guardados para luego los doblones.

Se le incendió el corazón al oír aquella duda al mayordomo Aurelio Morales. Achispado dio unos golpes en el suelo con el varal de la cofradía, reclamando la atención: Que se me caigan los calzones a pedazos si lo que acabas de decir, Ireneo, no es para entablarte un pleito, precisamente un día como hoy en que al salir el palio a la plaza del Sol, estaban en la esquina, Pedro, su mujer Jimena, y sus hijos Honorio y Macario, arrodillados como buenos cristianos. No acudieron a seguir la procesión, avergonzados de sus humildes trajes. El Señor al verlos sonrió y, extendiendo su mano, bendijo en su nombre a todos los pobres.

–¡Milagro!, vocearon a la vez los cofrades.

–¿Milagro...? ¿Qué habrán visto para decir milagro? –se interrogó

el bufón Fabricio, notando muy colmado el cajón de los tocinos.

–Hermanos... el año pasado, que fue de escasa olla para que matara el hambre, el Sacramentado, con la gracia de su mano, le concedió a su familia una pareja de mulas. ¿Verdad, don Bernardino?

–Es cierto Morales, lo juró por el hábito templario.

–¡Milagro, es un auténtico milagro!, corría por todas las mesas el comentario.

–A la vista está que han vuelto a darle las gracias.

–Es más fácil que un camello pase por el hondón de una aguja, que un rico entre en el reino de los cielos –dijo el corregidor Arnoldo sacudiéndose la media berza.

–Pero Ireneo, qué retórica se te ha metido en la lengua. –dijo Belisario el prior, desjarretado por la innecesaria coz que acababa de propinar el perillán a las comunes conciencias– Distingo la analogía, aunque he de negar la trascendencia. Apañados estamos si todo el milagro de la Eucaristía depende de la estima que tenga para con su alma el celebrante; al consagrar, malograría la esperanza del milagro. Quizá nos pueda aportar alguna luz fray Edmundo, el lector de Teología.

–Pues, os diría que la consciencia es un acto del intelecto que conduce la voluntad. Un buen confesor debe estar dotado de la impasibilidad, la sutileza, la agilidad y la claridad, porque al escuchar al penitente realiza un acto caritativo aunque, evidentemente, nosotros somos igual que los demás hombres.

–Oh, qué cantidad de ambiciosos ha de haber.

–Fray Martín, no titubee; el primero el maligno, que acomete por envidia a quien resplandece en ciencia.

–Con el recogimiento en la oración bastará para rechazar sus agravios –catequizó fray Edmundo.

–Enseguida de la confesión, también la atrición los anula; que ni que fueran demonios de tres o más colas.

–Con lodo en el roquete volverás a Perilla, Ireneo. En cuanto a lo que discutes, el oficiante consagra las especies mediante las carismáticas palabras que nuestro Señor dijo en la última cena.

–Muy bien dicho, fray Edmundo –ponderó el prior. —Entonces allá el oficiante con su conciencia, pues el auditorio que las recibe devuelve en la comunión la energía de la fe; basta solo con la fe para salvarse.

Se oyó un murmullo de voces que alguien aprovechó para cuchichear.

–El cura de Perilla, está haciendo propaganda de la reforma.

–La virtud, Ireneo, está en el justo medio y, con la libertad que te has tomado, te has colocado en el extremo donde puedes ser condenado por la ley. Si el dicterio que nos levantaste fuera de valía,

lo hubiera pasado por alto, pero ¿dónde vamos y adónde nos llevas? Parece que has salido a galopar por la dehesa la Encomienda con el pelo montaraz, únicamente iluminado por el fuego fatuo del descreimiento, portando en la mano la tea de prender la discordia.

–Por tu bien, madura; no estamos poniéndote una venda.

–Sí, pero no queréis que vea mucho más allá de mis ojos cegados.

–Pues guárdate de expresar tus preferencias que, en el fondo, todo consiste en desechar de uno lo que no debe saberse. Y no es momento de alborotar para que cambiemos el rumbo.

Fray Edmundo, después de decirle lo suyo y lo de las patas dejando al cura de Perilla lacerado, echó un gran trago de vino al gollete, y se le puso la cara bermeja al teólogo beato que tiene sacadas las uñas de gato.

–Parece que estos curas son pocos y mal avenidos –dijo sereno don Bernardino a sus vecinos de mesa.

A Doroteo no le pasó inadvertida la opinión del teólogo. Hacía tiempo que obraba en su poder una hojilla que contenía noventa y cinco tesis y que circulaba clandestina por estas parroquias. También él cizañeaba con el preciosismo de la fe y vio el cielo abierto para meter baza: No creo que sea delito querer saber, puesto que para salvarse basta solo con la fe, que así lo declara en sus escritos el beatífico Lutero.

–Yo, del mismo modo que tú, he sido mulo de carga de ese jodido estercolero protestante, concretó fray Edmundo.

–El evangelista San Pablo escribió a los Gálatas que llegada la fe, ya no estamos bajo la tutoría de la ley. Prefiero lo primero a lo segundo.

–No habrá consuelo, Doroteo, para ninguno de nosotros cuando se desencadene la borrasca.

–A mí me sobra con lo que percibo en mi interior.

–Pues es mejor que en estos tiempos tan malos, que no se llaman de libertad, te quedes con la respuesta en el alma.

–Como teólogo, tu opinión me impresiona al punto de que me arañas el conjunto que me había formado del retablo.

–Yo no había reparado en asustaros tanto. Si el sueño que percibes te induce a abandonar el mal, y a obrar el bien, es que proviene de Dios.

–A mí no me importa meter las barbas en la reforma, y luego que salga la suerte de lo que fuere, Edmundo. No me puedo contener, pues tengo un temperamento sanguíneo.

–Estoy convencido de que no dudarás en subirte en la máquina de planear de Leonardo, para remontarte más alto que nadie en la lucha por la afirmación protestante.

–Escucha Doroteo, no sabes lo que te juegas con esa mala

inclinación. Andando tras ello jueces que quieran entender de la parte, no tardarán en sacarte montado en la albarda de un asno con un pregonero delante. ¿Sambenitado de hereje, a quién vas a apelar camino del cadalso? Te lo digo como me llamó Bernardo y trabajo en la cocina.

–Apelo a Dios y a lo que dice San Pedro: *Esperamos otros cielos nuevos y otra tierra nueva.*[11]

–Fuera de lo que ves, no hay otra. ¿Aún no te basta con la disputa que te traes que encima quieres servirle de rodrigón a Lutero?

–Nosotros llamamos nada a lo que había antes del todo.

–¡Ay, nosotros, y de nosotros!

–¿Pero cuántos como tú va a haber?

–Lutero, en sus escritos, demuestra que es un gran definidor de la Teología, y a poco otros muchos se unirán a su pensamiento.

–Ya sé que hay algunos paladines dispuestos a quebrarse por seguirlo al despeñadero; pero yo, ni loco.

–¿Aunque no seas de mi cuerda, Bernardo, me señalarás con el dedo?

–Allá te escuernes, Doroteo; soy hombre de principios y mis entrañas no están hechas de esparto.

–Me contentas, y me encomiendo a tu prudencia que en estas cosas es cuando se echan de ver los que de verdad son nuestros hermanos.

–Yo no uso la cruz como un espadín y no te denunciaré, pero te sugiero que abandones ese cubil del engaño en el que te refugias con lo otros mendigos del espíritu.

–Doroteo está equivocado; Lutero no es un santo, es un crápula –se decían temerosos los comensales.

–Es un enviado del infierno, Quexada, para sembrar la discordia entre los buenos creyentes con su palabra seductora.

–A pie llano, don Bernardino, entiendo que le precede la fama de gran intérprete de las Escrituras, aunque no le llegue la barba a la cintura, como resulta frecuente en los sabelotodos de la filosofía.

–Ya se encargarán de tirarlo; solo tienen que encumbrar a otro más listo que le quite el sol.

–Yo no puedo hacer otra cosa en esta era de discordia, en la cual los que manejan la espada se imponen por la fuerza a los demás hombres, que anatematizar lo que se difunde por Castilla de ese escoliador –dictaminó el prior.

–Vuestra merced tiene razón de descontentarse; la verdad trinitaria será oscura pero se hace evidente con la fe. A mí me acerca a Dios la fe hecha de la misma materia que la nada.

–Como abad, te sugiero Doroteo que vivas con cuidado, y no te metas a panegirista de ese hereje cuya palabra cunde, tal que tenedor de diablo, como gangrena pinchando en la carne de las cándidas

almas.

–No es necesario que toque la campanilla; pondré pausa a mi palabra para no turbar la vuestra, y me ajustaré a pasar el tiempo lo menos mal que pudiere.

–Rezo mucho por vos a San Miguel, para que os deje en paz ese espíritu maligno que te tienta. Si la necedad que proclamas llegara a oídos de los inquisidores te confinarán, hasta que se extinga la luz de tu vida, en la tenebrosa oscuridad de una mazmorra.

–No me dilataré en darle contento a vuestra reverencia.

–Soy un simple velador que no quiere entrometerse en lo que predicas porque, con todo respeto por los que me eligieron abad, en cuántas ocasiones los más capacitados se sientan en puestos más abajo que los ineptos. Al caso de lo que dijiste, te lo digo llano como la suela de un zapato, tú buscas la verdad en un seto de espinas.

–El Creador de la nada es Dios.

–Vana afirmación, yo no sé quién fuera Dios, si es esto o lo otro. ¿En verdad crees que eso importa? Solo te encargo que retornes al buen rebaño antes del término que te hayas propuesto.

–He aprendido que el tiempo es nada, comparado con la infinidad.

–A poco te alcanza la razón si todo lo fías al tiempo medido en años. Doroteo, conduces el carro a tu gusto.

–¡Pan por vino y vino por pan!, interrumpió con su voz portentosa don Luis, el párroco de Faramontanos, después de apurar con la miga la salsa de la cazuela.

–Presto de zampar maravillas resplandecen los secretos –dijo Doroteo, aun sin querer contradecir a aquel hombre de gran tamaño lleno de fuerza.

En aquel instante don Domitilo, el cura de Escober, levantó la vista de un libro de horas, para decir: ¡Vanidad de vanidades, y todo vanidad!, una sentencia que dijo el Kohélet en el Eclesiastés. Para esquivar la contienda es mejor refugiarse en la poderosa torre de la palabra de Dios, que creó el mundo de la materia informe. Limitaos amigos, a prever su obra creadora pues, aunque no cerrarais el ojo ni de día ni de noche, la señal de la nada es tan débil que no conseguiríais oírla.

–Somos los hombres los que hemos separado el bien del mal con la inteligencia, una facultad que nos ha hecho ser superiores a cualquier otro animal.

–Comprendo Doroteo, que te domine el ansia por conocer el universo pero sería un error que pensaras que lo sabes todo –le advirtió Francisco Beda, un anciano sacerdote que atendía la pequeña capellanía de San Pedro de las Cuevas. Os digo a los presentes que nuestro oficio no puede detenerse por el pecado, pensad en la distancia que nos separa a unos de otros. Dios carece de cólera, no

anda metido en cosas extrañas, no tembléis, que no es cosa suya aunque veáis caer las piedras al sonido de las trompetas.

–De consumir el vino de dos orejas, ya veremos qué les queda en la cabeza para discutir de ciencia.

–No hay Dios que los entienda don Bernardino. ¿Por qué conjeturan sobre los misterios de la naturaleza?

–Se les ha pegado el lenguaje de los Salmos, Fabricio, pronto se cansarán; y no encontraremos en estos comentarios alguna cosa que nos aclare el principio del universo.

–Por lo menos, si hablaran de lo que saben.

–Quexada, callaré como en misa hasta que me toque.

El marqués, que había tomado buena nota de lo que hablaban los clérigos para echárselo después en cara, continuó luego dando unos estacazos a los tertulianos, afanoso por dejarles la cabeza llena de chichones.

–Don Luis, estando tan versado en las letras humanas y divinas, vuestra frenética condición os hace creer que aún flota sobre las aguas la verdad que se ahogó entre las palabras que derramasteis.

–El brío, señor marqués, me brota de la caridad.

–Pues mejor sería que hoy os dierais más orden en comer y dejarais al brío descansar para otra coyuntura.

–A vos Domitilo, que habéis estado cansándoos la vista con el libro, noto que la honestidad y el recogimiento han hecho en vos morada. Cierto es que en el poco hablar se conoce la sensatez de los instruidos y no pecáis por pretender lucir sabiduría. Tranquilo, que llevados de vuestra piadosa rusticidad los brazos de los hombres de vuestro pueblo no os faltarán nunca para sacar en andas a San Antonio.

–Gracias por el elogio pero no lo merezco.

–A vos fray Francisco, ¿qué os sale de los labios? Vuestro discurso me parece como un cáliz vacío de sustancia.

–¡Ay, qué revés!, que saca a relucir nuestros desvaríos.

–Estoy más en aconsejarnos que en censurarnos.

–¡Ay, qué palos!, Doroteo. ¿Cuánto tiempo no gastará el marqués elaborando estas andanadas?

–Se ha concertado para llevarme del bozal a tirones como a un potranco. Veré si de ésta no salgo bufando.

–Lo hace para perfeccionarse.

–Todo sea Beda, que al son de sus agudezas no aprendamos sin quererlo a bailar el zambapalo.

–Qué bien estoy en San Pedro de las Cuevas de ermitaño.

Para quitar la pena del desadorno la tropa de curas pidió más vino, que de tanto hablar tenían resequido el gaznate.

–Comportémonos con el marqués con más respeto, decían.

–Por motilarnos de torpes dejadlo sin morapio –propuso Doroteo envalentonado por el licor.

Para que no lo tiraran coro abajo, don Bernardino, que ya les había echado el ojo fuera en la diatriba, hizo un gesto al bufón Fabricio y tocó retirada.

–Quexada, –me dijo– dejemos al clero cargando el trigo con la tornadera, y vámonos de aquí.

El marqués, que era muy dado a repasar de los aconteceres diarios, se dio prisa para llegar a sus aposentos de la casa-palacio. Desde la posada vi cómo, en el retiro de su alcoba, descorrió el cortinón que tapaba el parteluz y estuvo mirando un rato la veleta de la torre. Seguro que se guardó lo más agudo por meter después que nos quisieron vender por nuevas las bíblicas doctrinas. Vencido por el cansancio me recosté en el austero lecho y me dejé caer en los brazos de Morfeo. Cuando amanecía, Doroteo ya había acabado de aviar el cargamento de los destiladores de su extraño negocio, sibilina tarea que realizó yendo y viniendo de puntillas. Fecundado, por el miedo a que le atisbasen, parecía bailar al son del rabel. Entonces, sin despedirse de nadie, puso el pie en el estribo y subió al carromato sentándose en el pescante. Embutido en la capa talar se ajustó la golilla al cuello y cogió las ramales para orientar las mulas que, ligeras, le llevaron a galope al destierro como estaba escrito, por el camino rayano al regato del Grajo.

Apenas llevaba unos días en Santa Eulalia y ya empezó a recibir visitas de sus afines, que fingían querer saber de las doctrinas que venían de Alemania.

–Querido hermano, –le preguntó fray Antolín de Moreruela– ¿es cierto que en las nuevas iglesias no hay imágenes de Cristo, ni de su madre, ni de los santos, que estimulen el aprecio contemplativo de los fieles?

–Por supuesto que allí donde se perdió la devoción, las paredes están desnudas –le contestó, como enterado. –Rogaré al señor que, por los desórdenes de Flandes, no perezcan los valientes pastores de hambre y de frío.

–En los reformadores no anida el mismo sentimiento por acaparar las indulgencias que impulsa a los nobles castellanos a hacer piadosos donativos para enriquecer retablos y panteones en los que ser enterrados.

–Doroteo, ante Cristo los ricos, dando la mitad de lo que poseen, no gozarán de la misma consideración que los pobres.

Sin temor siguió dando lecciones a todos, hasta que se aburrieron de la clarividencia con que vaticinaba el triunfo de la reforma, que solo Dios sabe si así será en el porvenir.

–No me sacaréis de mis trece ni con las tenazas de Nicodemus –le

dijo de exabrupto a Simeón Cuadrado un examinador dominico que fue a controlarlo.

Preso del tentador que lo provocaba no era libre ni para elegir su estado: No te detengas en andróminas, ¿no ves que de cura no has encontrado la verdad? Un infierno menos tendrás si conoces la felicidad del mundo en esta vida.

–¿Quién te manda andar a tente bonete fatigándote por prorrogar el celibato? Ya va siendo hora Doroteo, que dejes a Dios por conciliador.

Al sentirse a salvo de las censuradoras miradas de la curia y del críptico marqués, limado por el demonio de todo el imaginario de desdichas metió mano de sinvergüenza por segunda vez a los bienes de la iglesia.

–Como capiscol de la herejía fue de trampa en embrollo labrando el rompimiento, a la vez que se introducía entre las redomas, retuertas y alambiques a destilar brebajes.

Entrometido en el curanderismo, una tarde que recibió una coz encasquillando un jamelgo a guisa de cantárida recetó un emplasto de hierbas al caso de componerle los espaldares al herrador.

Empero no siendo mi propósito entrar en largos detalles de por qué Doroteo se reveló contra la iglesia, diré que le fue inútil el escarmiento del destierro, aunque el demonio le bruñera la historia para que no terminase con la coroza puesta. Saturada la paciencia del obispo de Astorga, don Álvaro Osorio, determinó con gran dolor apartarlo del rebaño, teniendo que regresar a Tábara despojado del carismático oficio.

Una vez más estaba sin asiento pero tieso, y tuvo que torcerse alquilando una casa en la calle Vista Hermosa al hombre que tenía más inquina, don Bernardino. Quizá por ello le subió la hipocondría de tal modo que siguió enfrascado buscando exaltados alcaloides para curarse a sí mismo. Mientras tanto, dejaré hasta luego a Doroteo en su quehacer de alquimista.

CAPÍTULO VIII

La marejada del barbero

Cada cual tiene su momento, de modo que ahora me ocuparé del barbero, un bribonzuelo que había mantenido en lo discreto hasta hoy veintiocho de noviembre, día de San Honesto. Cipriano Pelambres, el tal, en esas estaba en la salsa del oficio con los clientes sentados a la puerta, para enjabonarlos, una tarde en que se retrasó su hijo, al que tenía de aprendiz. Se asomó al postigo y, verificando que estaban maceradas las posaderas en la banquilla, dijo agobiado: Hay diez esperando y, si estuvieran bañados, en un abrir y cerrar de ojos los escabechaba a todos.

No hizo más que llegar el sufrido rapazuelo de espantar gorriones en un herreñal, al que su padre en vez de que aprendiera letras le tomaba el pelo haciéndolo trabajar en el oficio, lo apremió cuando ya tenía el maestro al primero en el sillón. Sacudidos los pelos del delantal, diré que le precedía la fama de rápido rapabarbas, a modo de que en no más de dos rasuradas de navaja dejaba afeitada una cara.

Al primer usuario, Victorino Casquivano, le quedó oculto, entre el blanco estofado de jabón, una especie de garbanzo cárnico en forma de verruga que Cipriano, a la única pasada, se lo llevó por delante con la navaja barbera, yendo a parar en la vacía. Al pobre cliente la sangre le salía a borbotones de la cara, como si el vital líquido tuviera prisa por marchársele del cuerpo. Ataron al sufrido quintero y el barbero, con una aguja curvada, le cosió un punto de cruz dejándole el carrillo como el culo de un pollo, sin darle tiempo a decir un quejido.

El diestro buscó entre los presentes una mirada cómplice en la que ampararse, y no encontrándola explicó angustiado: Ha sido un gaje del oficio.

Los que esperaban, sintiendo que no les pasara lo mismo, se palparon medrosos la barba de siete días y, con vehemencia, contemporizaban entre ellos diciendo: Compadres, qué cosa tan fácil es morirse.

Al siguiente, que se llamaba Bramante y apellidaba Medroso, a pesar de los empellones que le dieron le flaqueó el ánimo de afeitarse y, mirando al cielo, se puso en manos del que lo sabe todo, y dijo que si alguno tenía más prisa le cedía el turno complacido. Los demás que estaban esperando se miraron, y uno le dijo: Qué pocos cojones tienes, parece que no seas tabarés. Entonces pasó la vez a un matasiete que tenía muy poco que perder en la vida, Randolfo Cataplines. Para que lo rasurase más barato se declaró pobre de solemnidad y dijo que en

caso de que le sucediera lo peor, lo enterraran en el centro de la iglesia parroquial. En cuanto el baladrón apuntó el as de oros al sillón, Cipriano le propinó tales gañafones que le quedó la cara en carne viva, como si lo hubiera rascado con un rallo. Exasperado, tiró cabreado el babero al suelo y lo increpó: ¡Pero qué carnicería me has hecho, Pelambres!

–A lo que son pajas, ¿no dijiste que eras un misero ganapán? ¡Deja que te embadurne! Atrofiándole el escozor con unos polvos que decía ser de talco, y chitón los que no lo sean, no se me piquen, que estas polvorillas se pasan escapando –y sin darle aguante a un resuello le escaldó la cara con una rodilla de limpiar cerdos, que había metido en agua hirviendo y áspera como de estopa de capacho.

–¡No seas llorica Randolfo, en cuántos sitios no hallarás más sufrimiento y menos atenciones! –los marrulleros lo enviscaron, deseando que la porfía barberil terminase a palos.

—¡No me puedo quejar! –dijo aposentado en el banco de la paciencia, temiendo otra tropelía del rapador.

Lacerado a tiras como San Bartolomé, se bajó Randolfo del sitial con una muesca untada de manteca en el cartílago de escuchar, habiendo perdido también un cuarto de labio.

Le tocó remplazarlo a un labrador, al que nadie le iba a discutir esta condición tan palmaria pues tenía la piel renegrida y arrugada como la tierra. Alardeaba, tachando a sus semejantes de haraganes, por ser en aquel momento el hombre que más araba y el que más bálago acarreaba en la vieja tierra. Se llamaba Guzmán Ranero. Tuvo que ser motivado por un puntapié acompasado de una zancadilla anónima que le ayudó a encajarse trastabillado en el asiento. Se le suponía curtido pero se puso blando. Rogó, con los ojos humedecidos por las lágrimas, ser afeitado a medias por tener en la boca dolor. Viendo el barbero que venía desbravado de tanto trasnochar por culpa de un diente, lo despojó sin muchos miramientos de la polvorienta gorra, descubriendo al interfecto una calvicie superior a la de San Pedro.

Ahumado Cipriano en la gloria de su oficio pensó que, aunque no tuviera pelo, todavía podía darle un vuelco al talego del rústico, ofreciéndose a darle pronto alivio si se prestaba a la extracción de la pieza. Caducado el ánimo de revelarse sucumbió a la propuesta del negociante y ya lo tenía, en un descuido que lo pilló con la boca abierta, engarzado un bramante en el colmillo. Con el motril en su hato entró en los pormenores de distraerlo y le dijo que, lo mismo que trabajaba, justo era que se lo sacarse para seguir comiendo todos los días. Lió la otra punta del torzal a un cuarterón y, pidiendo a su esposa Marisela traer rápido una badila de brasas de la cocina, que le enseñó a la contra a la vez que ella cerró con fuerza el postigo, ranero

reculó y zas, se soltó el hilo.

El fracaso de la extracción no arredró a Cipriano, y con la particular habilidad que le caracterizaba para encontrar soluciones, dijo: Dejaré esta maña y cogeré otra que hace poco descubrí. Entonces probó con un tenazón llamado fórceps, con el que hacía poco experimentaba sacando los dentones a las caballerías. Tuvo tan mala suerte en el traqueteo que, al apretar le cascó tres piezas, desenladrillando a Guzmán la encía.

Tarea inútil que rebuscara algún trozo por el suelo para enseñárselo, pues convirtió los dientes en fosfatina. El paciente, inconsciente del degüello, llenó la palangana de escupir casi hasta el punto de finiquitar desangrado. Cipriano para levantarle el ánimo, le dijo: Como cauterio te prescribo una frasca que contiene una decocción de quintilio, para que te enjuagues, que evitará las posibles esquinencias gangrenosas. Después, sin ningún escrúpulo le paseó por el morro, marca de la higiene de la casa, una rodilla de las de limpiar el suelo de la cocina, que se le vino a mano. –Estarás a ración de hambre hasta el mediodía de mañana, cuando almorzarás; si no vas mal, una rebanada de pan remojada en un piélago de caldo de gallina y medio pimiento, le prescribió de alimento.

–Seguramente, Guzmán, no tendrás mejor medicamento que la dieta –dijo cabizbaja Marisela.

No faltaron loas al intruso dentista que pretendía, a pesar de la salvajada, lo sacaran a hombros, cosa que agradeció casi tanto como el peculio que le sacó de la talega con aparatosas inclinaciones y levantando los faldones de la casaca. Evidentemente, dando su asentimiento a la brutalidad, los taimados creían así garantizarse suavidad en el trato.

Aunque Cipriano tuviera sembrada su profesión de desaciertos, creyó abierta la puerta para aleccionar de la farmacopea a la concurrencia. Al cabo, le coló un metódico trampantojo de cómo a un paciente que había auscultado con la trompetilla el rugido de la tripa, le corrigió la fluxión en el digestivo salvándole la vida. Dijo: Le emboqué, directamente, con un embudo un depurativo de rumiaco ferruginoso de la fuente Campolimas al colicuado fermento en descomposición y, después de este saneamiento, el indispuesto sacó la bilis fuera.

–Ya, ya… menuda varada le metiste... Como para no echarla del asco; estamos en buenas manos.

Lo que es imposible, apuntaban, es que se pueda mudar de un hartazgo a alguien, a guisa de escuchar el chiflo de un capador.

–A mí no me gustaría probar el beneficio de tan vulgares desatinos, aunque peor sería introducirle el remedio por mala parte –dijo el tío Higinio Barandales, ducho en estos males. –¿Y si no elimina el humor

sobrante, qué es lo que le espera al estafermo para escarmentar de ello? –inquirió un larguirucho pisaverde llamado Epifanio Corchero.

–¿Qué le va a pasar? Si no se ha podido derivar la plétora de la indisposición fuera del cuerpo, no dudes que a lo más de siete días termine paseando en catafalco.

–Tío, como para mear y no echar ni gota.

–Por lo que refieres, Barandales, basta con un simple dolor de barriga para que a la chiticallando se nos vaya la vida.

–La vida, Zurbano, está llena de violentas desgracias.

–No estamos armados para llegar a viejos.

Subió al sillón del barbero un zambombo labriego, Aquiles Montesino, a que le cortara unos juanetes. Pinchando con el hurgón se destapó con esta sonora impertinencia: Raro sería, Pelambres, que disipando a los enfermos con indolencia y a los sanos con tus misterios, el pueblo no termine por tu culpa en despoblado.

–Bajo el aspecto de petimetre, me argüís de mal cirujano. Aunque sean pocos los libros que tengo estudiados, obro conforme a mi experiencia de más de ochenta casos prácticos. Hago sangrías, curo la fiebre de las tercianas aunque desconozca la causa que la produce y me basta con lo más probable para salvar mi conciencia; cuando llegue a los hechos que te han traído a mí ya menguarás el vigor, Montesino.

–Fritas me las das, como si fueran habas.

–Cállate; cuando se hinchen tus muñecas por comer a diario migas de carnero ¿a quién vas a acudir, cabezón?

–Me las apañaré con vino, canela y bizcochos.

–Aunque merezca los vilipendios que le has dicho, Dios te la depare buena.

–El tío Aquiles se salvó gracias a San Cosme y San Damián, patronos de los cirujanos, pues antes de que comenzara el barbero a cortar con el escalpelo se interrumpió la sangrienta intervención con la llegada de los corchetes y el marqués.

–Déjalo todo Cipriano, es necesario que me acompañes en funciones de cirujano –le dijo don Bernardino.

–¿Pero cómo me viene así en esta hora mala y con este viento acanalado?

–Pues que dice Filomena la Raspa, que Doroteo no le contestó al Ave María Purísima, y yace sobre la mesa.

–¡Pero qué me dice, señor marqués! ¿Qué ha pasado?

–Lo único que sé es que no es momento de lamentos, y vas contándome del difunto más o menos hasta lo que sobre.

–Pues qué quiere que le diga; vendría la muerte disfrazada de lobo y se llevó, sin que nadie lo sintiese, el mejor borrego del hatillo.

Estaba trabado de tal modo el reconcomio en el barbero, que

encogido por el sobresalto, se le hacía muy trabajoso depositar la confianza en el minucioso marqués.

–Le diré que de Tábara a Escober, pasando por la Furnia, hay desde aquí, matemáticamente, tres cuartos de legua para allende y otros tantos para aquende, así vayas por el camino del vado o vengas por el del puente.

–No me distraigas con tus estragadas necedades.

Cipriano siguió por el resbaladero: La aldea se compone de una calle larga, la de San Juan, y dos calles empinadas, donde los ojos de los lobos acechan al andariego que se descuida en la noche desde los mismos jarales que rodean las casas.

–Serás de los pocos que han visto brillar esos ojos por andar el camino a deshora; déjate de cuentos pastoriles y adéntrate en la cuestión.

–Poco más tengo que agregar a su señoría. El trato con Doroteo era como vecino, que me suministraba purgantes.

–Vas a lograr que acabe por perder la paciencia.

Llegados a la casa, que no estaba más lejos que un cuarto de cuadra de la barbería, don Bernardino, con grave talante, inquirió a Cipriano: ¿En tu opinión cuál ha sido el motivo que le ha llevado a echarse en brazos de la muerte?

–Así, a la ligera, me hallo huero sin saber qué decir.

–Pero qué corta disposición Cipriano; me cuentan que eres capaz de desafiar a espada al que ponga en duda que eres mejor que Vesalio, el médico de nuestro insigne príncipe Felipe, que usa para sanar de un arte admirable.

–Sin practicar una disección al cadáver, no me aventuro a precisar la causa exacta del fallecimiento.

–¡Basta! No quiero ver cómo retrocede la ciencia anatómica en tus manos; quizá pueda averiguar yo algo sin que tenga que contemplar ninguna vivisección sanguinolenta.

Entonces don Bernardino recurrió al escribano.

–Fíjate, el cadáver presenta el aspecto típico de haber muerto envenenado. Tiene la piel azulada y fría, las venas del rostro dilatadas y los ojos abiertos y secos. Todo me indica, por el pavor grabado en sus pupilas, que ha tenido una muerte angustiosa.

–Sin duda, señoría, agonizó durante un largo rato antes de intoxicarse del todo. Sus brazos crispados nos indican que luchó por aferrarse a la vida.

El marqués percibió una multitud de curiosos que estaban pendientes del espectáculo.

–Lope –dijo– qué aburrida suele ser la vida en los pueblos donde nunca pasa nada. A estas demostraciones siempre se arremolina la gente. Ahora contrastemos el convenio que traía contigo Cipriano, y

dime si sabes lo que ha tomado.

Lope le susurró al marqués: Barbero loco y parlador, si no lo agobiamos, póngase al humero señor.

–Estoy poniendo a su servicio todo lo que conozco.

–Mientras no pongas el carro delante del caballo…

–Déjeme pensar despacio para proceder con certeza, y así remediar anteriores equívocos.

–De lo cual deducimos que sigues lerdo de anatomía y sin perfeccionarte en el oficio.

–Lope, que trabaje; a ver qué otra invectiva nos ofrece.

–No sé cómo me las arreglaré para pasar el fielato en el que me habéis metido.

–Para quitar el hambre te bastará con un costal de nueces.

Entonces Cipriano, echando valor, le apretó hacia abajo la barbilla al cadáver y dijo: A mi parecer, por la negrura de la lengua, entregó el ánima en la prueba de algún sortilegio sacado del libro de Merlín.

–Qué espanto, señor; ya hemos topado con la magia.

–Y la que necesitaba el muerto no la tendría a mano.

–Aunque hubiera tomado un cordial de un real de teriaca con un hidrargirio, tras de una buena digestión no se le habría extinguido el agravamiento con la saliva.

–Si tuvieras razón te la daría; pardiez, lo que te queda.

–En fin, una vez retrotraídos los músculos del occipucio, por la convulsión de no respirar, exhaló el último suspiro encorajinado, cayendo sobre la mesa con un gruñido y en decúbito.

–Si ya te apareció el peine, puedes alargar el regodeo.

–Fue un percance extrínseco sin intervención del aire que corrompiera la sustancia corporal. Conténtame decir que, por ello, no ha sido necesario ventilar la habitación, antídoto único con el que se evitan grandes y pestilentes males.

–Después de soltarme el prosódico código, todo lo que me cuentes luego me va a parecer trivial.

Un sutil hedor de asafétida alcanzó la nariz de don Bernardino, se tocó la sien, y dijo riéndose: Rediez, se me ha pasado por alto un detalle. Por favor, abrid rápido las ventanas.

–El ángel custodio me guarde de gente señalada por el demonio –insinuó con su pillería el bufón.

–Por cierto Fabricio, en mal año dobló el muerto trayendo la bolsa de papo de buitre henchida de ponzoña.

–Me parece un tremebundo e insalutífero remedio para un mal incurable.

–No hay cosa tan perversa como mirar lo desconocido con malos ojos, aunque nos parezcan los remedios detestables –objetó el barbero.

–¡Qué forma más rebuscada de cascar! Y qué cagada verde hubiera

hecho de haberse puesto en tus manos, aplicándole la misma receta que das para la peste del carbunco.

–Pues eso es lo que hubiera sido menester.

–Yo esperaba que nos dijeras otra cosa; para despertarme la carcajada solo te ha faltado añadir que estiró la pata mientras saltaba tocando la pandereta al son de la gaita zamorana.

–¡Qué razón tiene, señor marqués! Por el vencejo gordiano que acabas de elaborar, Cipriano, me parecen ver colgando de tus cuadriles tinas vacías de vino.

–A falta de cirujano, bien que me buscasteis.

–No pretendo deslustrarte en el oficio, pero hoy para nosotros eres solo un hombre de circunstancias.

–Por lo que me sobra de santo, ¿queréis tomarme cuentas?

–No me has sumido en la más ciega credulidad; mejor te vendrá lo que yo te diga. ¡Que te den un cantazo en un ojo al pasar por la calleja de La Mano Negra!

–Me acongoja que me veáis como un abacero de drogas.

–Aplícate y te miraré de otra forma, que más me fatigo yo cuando te oigo maltratar la ciencia médica, el más culto y útil de todos los saberes.

–¡Pero si lo que os he dicho está bien parlado…!

–Cipriano, desiste de pendenciar. Procederé con ahínco no sea que hubiera muerto de una pleuresía fulminante.

–Me extraña que Doroteo no dejara alguna pista que nos acerque al desenlace –don Bernardino volvió a darle un giro a la composición para recuperar el hilo perdido.

Enseguida reparó en un matraz que estaba en la mesa al lado del muerto, en el que apenas quedaban unas gotas de la sustancia que contuvo. Lo agitó y se lo llevó a la nariz para oler del infernal aroma. Examinado, se preguntó: ¿Este desgraciado no habrá mezclado el perejil de la bruja con el boleto de Satanás? No creo que deba gastar mucho tiempo en indagar por qué se metió a comprobar el resultado si no tenía algún conocimiento anterior sobre la dosis. El nervioso marqués avizoró un anaquel en un rincón de la umbría habitación. Como si fuera a encontrar allí la pista que le faltaba, se acercó acariciando con la yema de su índice los títulos grabados en los lomos de unos libros encuadernados en piel de becerro y apilados allí. En especial, atrajo su atención uno en el que había colocado el difunto un separador que sobresalía de las páginas. El hallazgo le alegró el semblante, y dijo tras ojearlo:

—Esto confirma mis sospechas; tomó un electuario para venderlo como un arcano.

–¿Sobre qué estaría trabajando?

–Por lo señalado aquí, estaba documentándose sobre una planta

del género *Conium*, de la especie *maculatum*. Lope, entrando en una disquisición lógica, acaso pudiera estar buscando la quintaesencia de la cicuta.

–O quién sabe señoría, si algún calmante.

–Ves cómo la práctica hace al maestro.

–Ya casi tengo materia para desarrollar el memorial. En menudo jardín volcánico se metió a recoger las hierbas verdes el difunto, para trocar su naturaleza en un veneno.

–Perdona Lope que te corrija, pero imagino que quieres decir botánico.

–Dispense, la torpeza fue por falta de alumbramiento.

–Detalla en el informe que al revisar en los pergaminos averigüé que buscaba denodadamente un brebaje para preservar a los más jóvenes de la extendida peste del tabardillo.

–Como para salir ileso del laberinto…

–Lope, ponga cuidado en el escrito no se nos vuelva en candonga, y se desternillen por las tabernas donde los bufones se suelen burlar.

–Es una lástima que tenga que dejar a un lado los ambages, por poner otras deducciones quizá de menor cuantía.

–Lo sé, pero entre unas simples evidencias se verá mejor la causa, respondió el marqués sonriendo.

El escribano, que estaba con la retentiva obstruida de tanto embutir, se dijo: A lo que me diga el señor marqués, con las manos en los pies. No es nada lo que me falta describir.

Mientras caligrafiaba el protocolo con la pluma, don Bernardino intentaba adivinar en uno de los aros de la esfera que tenía en la alcoba el difunto, el derrotero que le depararían al caso los signos zodiacales.

–Ojalá que encuentre pronto el acabáramos.

–No es tan fácil, Lope. Por andar al albur me he perdido en otro deliquio por los márgenes del Palomillo, que es un edén para los herboristas, preñado de plantas medicinales como la hierba abejera, la hortelana y la ruda.

–Con cuatro claridades, se habrán de contentar.

–En todavía, estoy majando en el almirez sobre si al sayón de los luteranos, faltándole valor para retractarse, le darán providencia apostólica.

–Pobre motivo para que no le vea la cara a Dios.

–Tengo dudas, sobre qué habrá tomado realmente.

Aún estaba el escribano cotejando los primeros párrafos del escrito cuando, al oírle la vacilación, se quedó como sin antorcha y decidió esperar sentado en un rincón de la alcoba a que la verdad decidiese echarle una mano a don Bernardino.

CAPÍTULO IX

Un duelo Quebrantado

El caso todavía no estaba esclarecido. No obstante se compuso el velorio, una fiesta en la que no tardó en aflorar la riña y la crítica. Los escañiles de la cocina pronto fueron ocupados por ávidos charlatanes y el vino corría contribuyendo a elevar el tono de la algazara al calor de la lumbre en la que Filomena guisaba la pitanza. A cada supuesto surgía una dificultad, que se evitaba con una mueca forzada o un engaño fabuloso, que velaba los márgenes de tanta pillería tabaresa. Por la sala donde reposaba el difunto apareció un extraño caballero al que, por su encopetado porte, enseguida le maliciaron nobleza. Vestía una casaquilla de negro terciopelo en cuyo cuello destacaba una valona de elegante bordado; como mínimo, decían los rústicos, se trata de un notorio hijodalgo. Los sorprendió con un ¡paz a vosotros!, que fue correspondido con un ¡salud, hermano!

Reverente, se agachó hasta el cuerpo de Doroteo y le introdujo en la pechera de amortajar una bolsita. Los veladores quedaron tan intrigados que enseguida dedujeron contendría algunos doblones. El marqués, oyendo de embudo a cántaro que venía otra vez el dinero, para divertirse dijo al más cercano que agradecía a Doroteo haberlo aliviado de un pestilente catarro con miel de abeja y una infusión de hojas de eucalipto con palosanto.

El hombre se sentó en una silla junto a la puerta. Entró una mujer lamentándose: ¡Ay, qué va a ser de mí!; sin saber cómo se ha ido, me hallo sin apetito y llena de achaques y de dolencias. No sé lo que me espera, Ansarina. Lo que me pasa a mí es peor, tengo a mi hijito en la cama, en los huesos, hecho un pergamino. ¡Ay, carabela Pinta, que Dios le ponga pronto remedio a su tabardillo!

Al eco de aquellos sollozos acudió el hombre, solícito: No hay que angustiarse, mujeres. En esta vida para todo hay arreglo. Toma este específico recién traído de los Países Bajos. Le calmará la fiebre.

La simpleza desinquietó a los presentes, que del contento ya no trataron de otra cosa que darle gracias. Por el detalle, a don Bernardino le pareció que era de su pingorotuda catadura, y quiso departir con el extraño mandando a Fabricio que lo atrajera con alguna mojiganga. Mientras, yo estaba espetado como un ajo en el lugar indicado.

El travieso bromista se acercó al recién llegado y le dijo: Seguidme presto, yo soy el bufón del señor conde. Y, sacando tres bolas del bolsillo de su tabardo, fue repartiendo guiños y pisotones mientras

hacía malabarismos de birlibirloque hasta lograr que los despabilados les hicieran sitio junto al fuego.

–Ven acá con nosotros, le dije a Fabricio.

–¡Atajo de hambrones, picadle una chicha de quebrantos!

–Señoría, está tierna y sabrosa como un pichón.

–Saboréela Quexada, que es de mi rebaño y la habría de comer un mellado aunque no tuviera ni dientes ni muelas. –¡Qué bien sabe aderezada a la Pimentel!

–Sois joven y cortés, saciaros también de vino.

–Cabal es que algún día también gocemos.

–Fabricio, prueba una pinta de la Sangre de Cristo.

–A fe que se me hace esta garrafa muy rara; solo de veros beber ya comienzo a calentarme.

–Es un porrón; te hartarás antes y beberás menos.

–Hoy que me estreno lo cogeré con una mano; y lo subió a lo alto. El vino caía espumándole los dientes.

–Veo que no sabe parar el mentecato.

–Si ya echa regüeldos es que está borracho.

–O ha cogido algún viento en el estómago.

El líquido rebosante bajó por el cuello, le empapó el jubón y le salió por la punta del zapato, regando las negras losas de pizarra. Fabricio se desplomó al suelo de panza.

–Esto le pasa Quexada, por beber sin tiento.

–Ya lograron los rufianes otra vez emborracharlo.

–Todo es teatro; en dos volteretas ha logrado pasmarlos.

–Entonces, les ha metido a traviesa otra trufa de las suyas.

Sin más el bufón se levantó del suelo, se colocó la golilla, se estiró los bigotes y dijo con alegría: Que caiga no es cosa rara cuando acabo de beber, si antes no me han enseñado.

–Fabricio, eres más falso que un pedo de fraile dominico.

En estos apuros andaba activo el regocijo, que ya estaba el forastero delante del señor marqués.

–Permitid que me presente, excelencia. Me llamo Gastón Chamorro, soy de Peñaranda de Bracamonte y estoy de paso. Me dedico a buscar hierbas medicinales por estos parajes. De ahí venía mi relación con el difunto, que sabía dónde encontrarlas por los baldíos. Luego, mando las remesas a unos boticarios que las extractan en Flandes.

–En este momento en que ando indagando a la deriva, dada su singularidad le doy más fe a lo que usted me cuenta que a otros manifiestos –añadió el marqués.

–Y nuevo es, señoría, que reciente ha venido de allende.

–Tal vez Quexada, puedan servirme para salir airoso de este asunto que aun tengo en adobo.

–Y yo le responderé con agrado, señor marqués.

–Gastón, mis preguntas son simple curiosidad. ¿Conocéis de alguna hierba que en especial buscara para uso medicinal?

–Pues le diré que recogía una planta muy venenosa de color azul, llamada vulgarmente anapelo, que crece en los humedales sombríos.

–La he visto por el campo; aquí lo llamamos matalobos o nabillo del diablo. ¿Y qué es lo que harán con ella?

–Con la destilación de sus raíces fabricarán jarabes atemperantes que luego, mezclados con alexifármacos de sal volátil de cuerno de ciervo y jugos amargos, podrán ser tomados como cordiales. La naturaleza, como bien sabe su señoría, prodiga recursos para el hombre en los lugares más insospechados; remedios simples que se preparan sin mucho trabajo en Amberes.

–Me han contado, Gastón, que en Holanda la química está en estos momentos en pleno desarrollo.

–Qué atrocidad… –dijo el escribano Cartapacio– recurrir a un veneno para uso medicinal; ahora sí que encaja todo. Sería un lenitivo semejante al que usaron, para atemperarle el dolor al Troncho, el día que le clavaron el estilete por los menudos.

–¿Y cuál fue el resultado?

–Mortífero, Gastón; debieron prevenir los efectos fatídicos de la planta aplicando una corta cantidad de purgante contra la enfermedad pues, de resultas de dársela en exceso, no volvió en sí del letargo y quedó como dormido.

–Ya me resultaba raro que Doroteo, con tal de expedir a otro para el cementerio, no hubiera enredado también como otras veces a su compadre el barbero Cipriano Pelambres.

–¡Vaya pareja de negligentes!

–Quexada, no saben más que sanar potras y lamparones.

–¡Qué rediós, señor marqués!, –farfulló el bufón– ya decía yo que los brebajes que preparaba de vivo el cura eran semejantes a tomar encendidos los demonios.

–Me gustaría conocer los pormenores de la reyerta por boca de vuestra merced.

–Vino a ser un altercado, Gastón, acaecido a un ganadero que gastaba los ducados anidando en la taberna.

–Es un sitio en que sin dinero hay poco donde vivir.

–Volviendo pues al caso, le dio por invitar a beber a todos los que iban llegando y de repente, pasara lo que sucediere, se marchó sin pagar la cuenta.

–¡Qué coño!, ni que estuviera apurado por aliviar el cuerpo.

–Me llevó algún tiempo desentrañar el misterio de su muerte. Lo encontraron en un callejón del que no pudo escapar por pies a la celada; quedó tan malherido, sin habla, muriendo a poco sin declarar

quién fue su asesino.

–Lo que hizo es censurable, pero no para aplicarle el castigo de la muerte ¿quién fue el bellaco que le dio trajín?

–El propio tabernero, desquiciado por las risas que hacían los gorrones que consumieron a su costa, decidió acabar por las bravas con el abuso. Castigo a quien de mí se riere, y que pague agonizando como un ratón en la punta de mí aceruelo, me dijo justificando el motivo.

–En mis viajes por el mundo señor marqués, no he visto cosa de menos que taberneros buenos. Cuando yo cuente por ahí cómo pegan las estocadas traperas en este pueblo, no faltarán buscavidas que vengan a jugársela y solazarse en risas.

–Un tabernero tiene que desparpajar con el mismo estilo de mondar lentejas, y mil disimulos más para sacar del bolsillo a cuartillos de vino los veinte reales a toda casta de pájaros –dijo el corregidor Arnoldo, que acababa de incorporarse.

Mas Gastón, que era un hombre de gran fingimiento, dijo para cambiar el asunto: Mirando de arriba abajo, por las trazas se me hace que en esta casa se ha hecho patente la miseria.

–Ahora que lo decís, yo también reparo en lo mismo.

–¿A qué os referís para sacar la conclusión de que pasaban hambre los que la habitan? Yo, que lo conocía, puedo decir que el difunto no era de esos hombres a los que le gustaba pasar necesidad –asentó Arnoldo.

–Mi estomago enflaquece viendo que de las vigas de la cocina no cuelga ningún varal para el chorizo y en las paredes, donde no hay clavadas estacas, no debe haber tampoco tocinos. Y sería bueno que los hubiera.

–Quizá los guarden a salar en el arca.

–Al olor de la sartén he hecho más hambre que un paje.

–Arnoldo no parará hasta que preñe las agudezas –dijo el bufón a la oreja de don Bernardino.

–Ya ha visto que íbamos por el surco de los ajos y ha saltado a por cebollas.

–Al tiempo trocará los vocablos en buenos conceptos.

–Escucho a Gastón cómo habla de asentado y me digo que o entiende de trigos o es otro ensalmador, que habla desgranando allá te van cláusulas enteras muy estudiadas.

–Es tan campanudo hablando que no parará hasta que los endriagos no salgan de los abismos a desentrañar sus frases.

–No alterquemos sobre esto que, al fin, nunca los vimos.

El nuevo vicario don Policarpo Gallardo, que aguardaba una oportunidad ante la leve conjetura de que aparecieran, trepó por la rama de los exorcismos agitando la estola de confesar, afanoso por

conjurar a los supuestos endriagos.

–Opino señor marqués, que quiere hablarlos en latín.

–Que vaya a su aire. Artista fuera y tañeré la vihuela.

–Aunque hoy no están mis orejas para oír salmodias creo que el reverendo tiene ganas de armarla.

–Dándome por avisado traigo a colación otra cosa, como es el cinismo que he visto en los asistentes a juzgar por el poco acatamiento que le hacen al difunto.

–Yo pienso que a todos se ha de hacer la misma honra.

–En ocasiones Quexada, salen muchas majaderías de las bocas de los murmuradores; no se escandalice de la costumbre.

–Ya he notado que le han colgado un nuevo cencerro.

–No hay que ir péndola tras oreja con el talego vacío.

–Las lágrimas de las plañideras cuestan dinero…

–Por aquí, el que no caga morcilla agranda el defecto.

¿Qué remoquete le han puesto?

–Al verle el semblante, un improperio: El de Rostrituerto.

–Cayendo el agua como un turbión, no deja de ser una simple maldad propia de ignorantes.

–La lengua ociosa, Gastón, suele ser muy corrosiva.

–Si al desdichado le quedó ese aire fue del espasmo.

–La confusión prospera entre los que no saben los efectos que trae medicarse sin conocimiento.

–Vaya cómo está de embarullada la farmacología.

–Entonces señor, consiéntame otra propuesta.

–¡Hala!, a ver si podemos salir del dilema –dijo el bufón.

–Don Bernardino, tengo interés en conocerlo.

–Gastón, soy un librepensador que acepta gustosamente que me refuten si no digo la verdad, y procuraré convencer con argumentos al interlocutor que desacierta.

–Su postura es muy respetable; pero ¿qué le preocupa?

–Me inquieta particularmente el motivo por el que estoy aquí en este mundo.

–Complicada materia para enredarse. ¿Qué le ha movido a perseguir la entelequia de su terrenal presencia?

–Me hallo en el otoño de mi existencia, el ansia me consume por saber adónde iré cuando entregue el alma y cuánto tiempo tardaré en presentarme ante la justicia divina.

–No hay tal justicia; empero, sostengo que lo de los premios y los castigos es solo un juego del ingenio que difunden los religiosos, un miedo estéril.

–¡Ay, Gastón! Si se juntan el bien y el mal, como luego queden encerrados en el mismo saco de la eternidad…

–Si la gloria de la inmortalidad es lo que le preocupa, solo como

haya sido su comportamiento en la vida así será recordado durante más o menos tiempo.

–Reconozco que los sacerdotes utilizan solapadamente el recurso a la justicia divina para influir en la conducta de los fieles, pero sigo indócil entre la mezcla de hiel y acíbar viendo igualmente rotas en mil partes las ramas de mi linaje.

–Para su contentamiento, le diré que la muerte forma parte de la vida y, por la que pasamos inadvertidos en la concurrida polvareda, todo eso sucederá en tal momento conforme a lo que disponga para cada uno la providencia.

–Quién sabe la materia de que estará hecha.

–De ninguna; pero, en su inmaterial naturaleza, contiene la maquinaria precisa para mover el mundo. Evidentemente encauzado el germen de la vida, según salimos a luchar en ella, cuando morimos retornamos a la misma dimensión de donde partimos, al elemento mineral.

–Pero Gastón, ¿y el elemento espiritual?

–Téngalo por menor preocupación. Con el último soplo se va envuelto, entre el polvo y las telarañas de la vejez, lo restante de ese hálito de energía, volatilizándose en el vacío.

–Entonces, no debo acongojarme por las tinieblas.

–En absoluto. El averno es un invento; solo existe en la imaginación apocalíptica de los frailes que iluminan los códices y en algún pintor como Jerónimo Bosco, que tomó la idea de leer el Infierno de Dante.

–En notable paradoja me pones mentando la providencia; tu propuesta vaga entre los mayores dilemas del universo.

–No era mi intención entablar porfía con vuestra merced, y cogeros ventaja privado de la coraza de Argalia para dejaos al albur de la confusión.

–Gastón, la inopia no me deja salir de la niebla.

–La providencia a que me refiero apenas es una expresión para encadenar el coloquio, y no pretendo conformar una prueba de su existencia.

–Para salir de las nubes, a mi señor no le hace falta ninguna coraza usada llena de providenciales pulgas.

–Envaina tu lengua Fabricio, y deja contar al caballero lo que le falte. Al cabo, acabaremos irremediablemente comidos por uno de esos campos de luz que viajan entre las estrellas.

–Escrito está en el Eclesiastés que el Creador ha entregado el mundo a los debates de los hombres, para que no hallen su obra desde el principio hasta el fin.

–Vuelto lo de abajo arriba Quexada, no hay cosa más repartida por el entendimiento.

–Algunos creen ver en las antiguas escrituras el destino que espera al hombre más allá de esta vida.

–No he visto ningún resuello de piedad en estos dos que, por su listeza, me huelen a demonios luteranos.

–Agarrado estoy al crucifijo –dijo don Policarpo al sacristán Tristán Perejil.

–Los demonios, que son muy astutos, al tenerlos cerca se habrán apoderado de ellos. Señor, no creo que tengan el atrevimiento de hacerse visibles aquí, precisamente.

–Hay cuán poco conocéis de las artes diabólicas; por si acaso, ten a mano el agua bendita.

–Con mis ojos, señor cura, ¿podré ver los que vienen?

–¿No hueles Perejil, el vapor de la carne frita? Ahora mismo se está abriendo la puerta del infierno.

–Señoría, el reverendo sospecha que lo que hablamos vulnera la doctrina de la santa Iglesia.

–Al diablo con sus sospechas Quexada; pincha una chicha de la sartén y continúa Gastón con el razonamiento.

–Transitaba una tarde por una estrecha calle de Amberes, una ciudad del Ducado de Brabante situada en el margen derecho del Escalda, cuando unas voces me hicieron aguzar el oído. Al torcer una esquina descubrí que provenían de un oratorio protestante muy cercano a la iglesia de San Miguel. El pastor predicaba en nuestra lengua a algunos adeptos y, estando a la altura de la vidriera, anduve más despacio y pude oír de forma clara lo que decía los fieles.

–Me han dicho que en los oratorios de La Reforma no se veneran las imágenes de los santos, ni tienen puestos cepillos para redimir las ánimas porque no creen en el purgatorio.

–En efecto, las capillas luteranas destacan por la ausencia de símbolos religiosos. Los fieles, si no creen en el purgatorio, a santo de qué van a recolectar para las ánimas. Los adornos de las paredes de las iglesias no hacen a los fieles más cristianos.

–Tornando a lo de antes, ¿qué era lo que les preguntaba? Por saber si habían estado atentos a sus enseñanzas, les preguntó ¿de qué hizo Dios al hombre?

–¿Y qué contestaron?

–No se rompieron la cabeza. Afirmaron que a Adán lo modeló de arcilla y a Eva de una costilla de Adán.

–O sea, una perogrullada.

–El pastor, después de refutarles la propuesta con un enérgico ¡no!, les dijo: Así que del barro y de una costilla, ¡qué ignorantes, no habéis aprendido nada! Dios hizo al hombre de su palabra divina. Don Bernardino, ¿acaso no dijo hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza?

–¿Y qué otra necia locura esperaban que les dijera?

–De acertar, lo habrían hecho en vano, pues podía cambiar a su antojo la respuesta, que para eso él era el maestro y se había pasado el tiempo filtrando la savia de la raíz bíblica.

–Quedarían arrebatados de argumento tan convincente.

–Supongo que debían haber desconfiado, en vez de acomodarse a las zarandajas que los encaminaba por desatentos hacia el despeñadero de la herejía.

–Nada bueno podemos esperar de esos aviesos luteranos que tienen las almas negras como carbón.

–Gastón… si solo se limitó a inquirir eso, bien quedaron.

–Por supuesto que no; deseoso de cardarlos, les preguntó que ¿para qué los creó?

–¿Y qué fue lo que respondieron esta vez?

–Después de estar un rato cohibidos para librarse de los dicterios que de contestar mal les caerían, balbucieron que Dios creó al hombre para que fuera bueno.

–No es eso –dijo por segunda vez el vocinglero pastor–. He perdido el tiempo en predicaros. ¡Dios creó al hombre para que diera testimonio de su eterna palabra!

–Hurgando a punta de tijera, se fue de la canilla.

–Lucido intríngulis para descomponerles la respuesta.

–¿A quién habló Dios cuando dijo Hagamos al hombre?

–La tesis es clara. Habló como padre al hijo que salió de Él, y también al vivificante Espíritu que también era Él. –Me has convencido de que es la prueba de la unidad de Dios en las tres personas –dijo el corregidor.

–Todo es tan cierto Arnoldo, como que también está Pilato espetado en el Credo.

–El concepto de qué es la fe parte precisamente de allí, señor marqués. Fijaos en lo que dijo el misterioso Elohim, cuando la culebra engañó a Eva: He aquí Adán; cómo se ha hecho uno de nos sabiendo del bien y del mal. ¿No veis también en este, uno de nos, la complejidad de varias personas?

–¡Es tan irreal la concurrencia de esos actores vagando por el extraño jardín de las delicias! El pastor que escuchaste, Gastón, sacrificó la verdad a manos de su ficción.

–A los protestantes, por interpretar literalmente que basta solo con la fe, les cayó la excomunión. Para ellos no hubo perdón; han pagado un alto precio.

–Si cambiamos la suficiencia de la fe por la razón, la cosa empeora. ¿Dónde está la verdad? Tal vez el narrador bíblico quería que la imaginación del lector no se detuviese.

–Es inútil que se empeñe en ir por un camino tan circunflejo que le

superará el sentido, don Bernardino.

–Quexada… Enseñó el escolástico Agustín que los libros sagrados no tienen por objeto enseñarnos la astronomía o la cosmografía, sino la religión.

–A mí me basta con el conocimiento, para defender que ese instante del principio de todo no es tan contrario a la idea de que hubiera previamente una voluntad creadora.

–Si siguen los bóbilis calando la sopa de letras no dejarán de sacar a la palestra otro retorcido calabozo.

–Quexada, ahí vuelve con otro dicho para vosotros. –Comprende Arnoldo, que lo uno no es opuesto a lo otro; la cosmología de la creación es muy cautivadora.

–Señor marqués, si vamos a hablar del que creó el artificio no lo hagamos solos.

–Entonces Gastón, remediemos la cuita del consagrado.

–Hemos llegado a una materia tan trascendente que me parece nacida para agrupar ingenios. En este punto considero oportuno invitar a don Policarpo a que salga de la topinera y entre en la controversia.

–Señor marqués, a lo mejor se nos revela como un cultísimo argumentador.

–Acercaos. Si tenéis algo que aportar es el momento.

–He esperado pacientemente para deciros, don Bernardino, que el declive de la vida es la aurora del día eterno.

–Las palabras con que me contestáis no me servirán de gran consuelo.

–Pues deberían, pues una vez en el cielo nuestra alma contemplará al Padre Eterno, que es en sí mismo el Verbo. No puede haber mayor prueba del infinito amor que nos tiene.

–El argumento lo habéis obtenido de las interpretaciones que han hecho los santos padres de la Sagrada Escritura.

–Excelencia, la tierra fue hecha por el creador para siempre; esta es una verdad que está escrita con la pluma del mismísimo Espíritu Santo.

–Tolero las cosas que no puedo cambiar, pero esto de la pluma del palomo con que engalanáis a la figura del Paráclito, colma lo imaginable.

–La presunción, señor marqués, le conducirá al ateísmo.

–Es una antítesis insostenible; deshaceos de ella rezando a Dios para que os abra un poco los ojos a la ciencia física.

–Sinuoso raciocinio para dudar de un artículo de fe.

–La precisión con que Policarpo pretende reducirnos es un flaco contrafuerte para sustentarse.

–Gastón, por temor a la espada del señor el hombre pudo salir de

la barbarie.

–¿Se cumple en la tierra la infalible Justicia Divina?

–En cualquier ocasión, y cuando menos se piensa.

–Eso que dices es una inculta mentira.

–Cierto señor marqués; al leer la Biblia, todo induce a pensar que el Dios de los hebreos era un dios particular que ejercía su superioridad sobre los otros, con mano de hierro.

–Policarpo, yo no necesito un ojo de lince para ver que habéis hecho desaparecer toda la tramoya para, en nombre de la teórica, agarraros a la inmortalidad como el que se agarra a un clavo ardiente.

–Apañados estamos. Los más eminentes guardianes de la ortodoxia cristiana pugnan por dejar a un lado las reglas más fijas y comprobadas de la razón práctica.

–Hace al caso que os cuente una vivencia que tuve cuando regresaba de uno de mis viajes por los Países Bajos.

–Sin demora, Gastón, ábrete a contrastar la simulación que nos atolla, con la ilustración de una realidad de la vida que nos amplíe el horizonte.

–La intentona de atajar en cuatro jornadas mi llegada a Amiens, capital de la Picardía francesa, se vio frustrada por el rodeo que hube de dar por Saint-Omer, un pueblo de Artois.

–Ya tendría coña que exista de verdad un departamento en Francia que se llame así justamente.

–Señor, el herbolario parece buscar de nosotros un elogio pomposo a cambio de la chufla geográfica que nos ha soltado.

–A ver Arnoldo, si por tildar lo que te parece burla, luego tengamos que aguantar una gran zumba.

–Don Bernardino, según cómo trabajan las imprentas de Amberes estampando a destajo cartularios, pronto tendréis constancia de esa y otras regiones de Europa.

–La región que habéis mencionado me es tan desconocida que no puedo rebatir su existencia, aunque para picardía la que gasta el rey Francisco guerreando contra nuestro emperador en la disputa por la difusa frontera de Flandes.

–Las vidas de los soldados no valen para él, que las pone en juego con astucia en su estrategia; implorando para la suya piedad, teníamos que haberlo matado en Pavía.

–No te lamentes Quexada, perdonarle la vida convenía a nuestra diplomacia. Si el rey trata a sus soldados como peones de ajedrez, comete una gran ruindad y pone en entredicho su humanismo. Gastón, prosigue con el relato.

–Cabalgaba con el ánimo encogido por un bosque muy apropiado para cobijar truhanes, y en un claro que se me abrió entre la espesa enramada divisé unas ruinas, a las que me dirigí por si había un

resquicio donde pasar la noche. De un armatoste de carromato me salió al paso un hombre, cuyos harapos me recordaron los jirones de los gallardetes que portan en la batalla nuestros Tercios cuando miran con desprecio a la muerte.

–Quedo rendido Gastón, ante la descripción que me ha hecho del cuadro bélico; no me esperaba menos de un hombre de juicio como usted.

–Al principio, no comprendí por qué dijera «no me juzgues por mi apariencia, mírame como hombre simple».

–Qué enjuague de figura bigotera.

–Traque barraque, señor marqués, llegamos a la locura.

–Para que confiara en mí, se me ocurrió decirle que no juzgo a los hermanos por el hábito.

Concluí que había tropezado con un miembro desgajado de alguna de aquellas sectas de las que tanto se hablaba. Tal vez fuera algún picardo o alguno de los buenos hijos; desde luego, también habían andado por allí los beguinos y los penitentes. A saber de cuál se trataba.

–Me tenéis en ascuas... En resumidas cuentas Gastón, ¿quién era el desventurado que os salió al paso?

Yo también estaba así. Adivinó mi inquietud por saber de su persona y me aclaró que era el único superviviente de un grupo de anabaptistas disconformes con los postulados del reformador Melanchthon.

–El diablo lo lleve con los otros. ¿Y tú qué ibas a hacer sino darle tu perdón y salud tenga, gloria a Dios?

De resultas de tratarlo bien me atreví a preguntarle su nombre y el motivo que lo atrajo hasta aquel inhóspito lugar.

–Me llamo Florián Normandel –me dijo– y soy cantero. Acordé con mis compañeros sacar de las ruinas la abadía gótica de San Bertino. En este precioso lugar donde profesaron hace siglos otros monjes, nada tiene de malo que imitemos su sencillo estilo de vida que, por otra parte, era tan coincidente con el nuestro.

–Tallar la piedra y levantarla hasta su asiento sin ayuda, es un trabajo tan fatigoso –le dije– y la humedad pronto pasará cuenta a tus huesos.

–No tengo miedo… –contestó– Nosotros, después de la inmersión bautismal, hemos recibido el resplandor del Señor.

–¿Qué os pasó para detener la obra? –le pregunté. –Pensamos, ¿dónde vamos a estar mejor que donde prendió la semilla de Cristo? Qué incautos fuimos los luteranos disconformes con que rebautizáramos a los católicos: Nos atacaron y mataron a mis hermanos. Intenté descabalgar a uno de ellos con mis manos, me golpeó en la cabeza con la pala de la espada y, al punto, me dio por

muerto.

–Lamento Florián, –le dije intentando consolarlo– que una vez llegado al teatro de vuestra salvación, os quemaran el cereal que habíais plantado.

Ganada su confianza me contó su experiencia mística: Corporalmente inerte, noté cómo mi alma sentía el angustioso vértigo del vacío, cayendo por el pozo del infierno. Pero –le pregunté– ¿dónde está el infierno que dices? Y al mismo humo, ¿cuánta gente habrá puesta en adobo?

–El infierno está en el centro de la tierra; sinceramente, no sé por qué iba allí. Llegué a ver al cancerbero que guardaba la puerta y cómo me reclamaban las almas de los condenados para que entrase. En aquel momento, envuelto en una túnica blanca apareció un espíritu que me dijo: Detente, ni ha llegado tu tiempo, ni tu sitio es éste. Vuelve a ceñir el lomo donde tenías por acabar la tarea y predica allí el Evangelio.

Ponía tanta vehemencia contándome su experiencia, que a punto estuve de creer lo que decía; así que no teniendo nada que objetar, le inquirí si aquella figura que vio era Dios.

–¿Y qué os contestó a la mejor pregunta?

–Que era imposible que el espíritu que vio fuera Dios.

–Lo que yo daría por saber qué clase de espíritu sería.

–Siento que no me dijera su nombre. Por mi cuenta apunto que posiblemente se tratara de alguno de sus ángeles, aunque lo mismo daría que fuera Gabriel, o Lucifer, o el cordero del Agnus Dei. El caso es que desde ese instante perdí toda la esperanza que tenía en que su opinión fuese a experimentar alguna metamorfosis.

–Creo Gastón, que Dios, por su conocimiento del pasado, del presente y del futuro, con una intervención así hubiera quebrado su bondadosa neutralidad.

–Indudablemente, pero yo no me imagino las almas de los condenados puestas una detrás de otra.

–A mí... esto de la túnica blanca me despista un tanto. Pudiera tratarse de una visión del mismo demonio, que rechazó su alma para que no quedara inconclusa su misión diabólica.

–Don Policarpo, siendo cura yo os tenía por más diestro en identificar demonios, pero oída la reflexión que hacéis me parece todo tan inverosímil…

–La energía que desprende el sol es tan poderosa que, si lo miramos, nos quema los ojos; tampoco debemos cuestionar a Dios, cuya energía es millones de veces superior a la del sol. En su paroxismo aniquilará el orbe.

–Con tal desgaste, cuán malparada dejáis la profecía de que veremos a Dios eternamente.

–Jesucristo, no negó la creencia de Marta de resucitar el último día en carne y hueso.

–Es un donoso ejemplo, Policarpo.

–La resurrección, señor marqués, no será orgánica; solo concurrirán ese día del juicio final las buenas ovejas de la manada de Dios, que se situarán a su diestra.

–Menuda broma, la izquierda aguarda a los malos.

–Y no solo eso; su pena no será revisada. Ignorados, volverán donde ya estuvieron, al lago de llamas donde cayeron. Para ellos no habrá un nuevo despertar.

–Solo me falta preguntaros Gastón, si el iluminado os hizo alguna descripción de cómo era el infierno.

–Sí, excelencia; me dijo que en el lo más hondo estaban construyendo los albañiles de Babel un inmenso palomar para alojar a los nuevos condenados.

–¿Un palomar? ¿Pero de verdad veis a esos incautos construyendo un alojamiento de tormento?

–Siendo sensato, no.

–¿Qué sentido tiene torturar sus almas? Desde luego tenéis derecho a creer que el infierno está en el centro de la tierra, pero debes admitir la imposibilidad de que nuestro planeta sea el ombligo de los infiernos del universo.

–No pretendo escandalizaros, pero me gustaría enseñaros algo que no habéis visto.

–Mi condición humana se aviva. ¿Qué es?

–Le prevengo, don Bernardino. Se trata de un libro de mi elección que a la verdad se acomoda.

–Cómo voy a escandalizarme de mirar un libro, con lo que a mí me gustan, siempre que no sea algún glosario perjudicial escrito por algún hereje.

–No se trata de un libro cualquiera; es una biblia impresa en Amberes traducida por Casiodoro, un fraile sevillano de la orden de San Jerónimo. Señoría, es necesario que conozcamos la ley de las antiguas escrituras. Así sabremos a qué atenernos para ser mejores cristianos. La leerá mil veces; la banasta de su cabeza no deseará mejor inquilino.

–Son habas contadas; que nos veamos en otra Gastón.

–Por ventura, que no sea en otro santiamén.

–Gastón… vete con Dios, donde eres hidalgo.

–Con tantos avarientos que trae en la cabeza, cualquier día don Bernardino se pone a guadañar como loco en algún baraño luterano –comenté al escribano Lope Cartapacio.

–Quexada, cantando se hacen los cántaros.

Tal tentación de hablar nunca fue vista, pues las palabras no le

salían de la boca. Amanecía cuando uno de los que dormían en el escaño se desperezó y dijo: Se está aquí tan a gustito; todo lo que se quiera, pero en un velatorio… Acullá los de la casa, cansados y doloridos, guisaron por última vez la figura de Doroteo acabándolo de amortajar con un capote de sayal.

–Si no le aojan de bien, en peor va, especularon.

Porque no quedara desierto de ceremonias, cabe decir que don Policarpo, como ministro de los santos sacramentos que gozaba de gran pachorra, le engorgoritó de botones afuera un panegírico sin fundamento. Llamando al difunto trama de vanidad, le dijo a lo vivo como si no hubiera muerto: ¿En qué piensas y en qué suspiras cuando tras tu gusto vas? ¿No ves que lo que acá es un soplo es allá una eternidad? El cura, sin hacer caso a las indicaciones del sacristán, dejó el incensario y le aplicó a destiempo el santo óleo de los enfermos a aquel cuerpo exánime que, irremisiblemente, no volvería del más allá.

–Escarmentemos, hermanos.

–Entre jumentos y mulas te estamparán las herraduras.

–Cosa que huela a vejez, zape, se decían los feligreses.

–Quexada, la muerte siempre es temprana y no perdona a ninguno, me dijo don Bernardino al despedirme.

Después de las populares jaculatorias que le dedicaron a Doroteo y las hisopadas de más, que el párroco Policarpo le arrojó displicente a la sepultura, escurriendo la bola me fui a recopilar lo hablado y descansar en la posada.

CAPÍTULO X

Las orejuelas del santo oficio

A la mañana siguiente madrugué para ir a la casa-palacio a dar cumplimiento al marqués. Al pasar por la plaza observé cierta animación y le pregunté:

—¿Qué ocurre, don Bernardino, que he topado con dos hombres de tropa?

–Son dos capitanes del Tercio; mañana tendremos aquí desfile, Quexada.

–Señoría, no se me alcanza la causa.

–Otra vez el dichoso rey Francisco, que quiere entrar al descuido por Roncesvalles.

–Dios nos guarde de la guerra.

–Los mozuelos de quince años que vio en Valencia ciñendo dagas al cinto, ya son hombres y lo están esperando armados con los estoques.

–El sentencioso de cascos de calabaza no aprendió nada.

–Pues don Carlos I no se quedará atrás, y por un quítame allá esas pajas nos pondrá muchos trabajos de a dos reales.

–Quexada, si vieras tu casa arder y en tu cara un avispero, ¿a qué atenderías primero?

–Lo primero a la patria, señor marqués, que es como una colmena y está bien surtida de soldados.

–Ahora hay un motivo por el que apurarse, ojalá que por opuesto camino, cada rey encuentre el suyo.

–El emperador ahora comprobará la secuela que trajo la prudencia; que pase indubitable lo que era en un armisticio.

–Escuchad cómo cantan los soldados.

–¡Afuera, sabandijas! ¡Qué vueltas le damos! ¡Qué baile la muerte, qué vuelta se dio! ¡Mala nueva, rapavelas! ¡Muerte a los mosqueteros franceses! ¡Hay que echarlos del país!

–¿Y quién puede con ellos? ¡Señor, son unos valientes!

–Con el molde del hambre, vienen los franceses a correr sus podencos por los rastrojos de España.

–Lucharemos; que vengan, los esperaremos.

–Nos basta Quexada, con que no se deslice la presa.

Hecha la relación por el marqués de cuanto sabe en asunto tan grave, abundando dijo: España, poca carne y mucho hueso será finca de sepulturero para los franceses.

–Cierto, señor marqués –añadí–. Y me fui a lo mío.

–En menudos, ¿quién pagará la apretura de tal capricho? –pregunté al encontrarme a la salida con Arnoldo.

–Los de siempre, los valientes y la gente de pecho, me contestó.

Palpablemente, a don Bernardino, que era rabilargo de casta, no le causó mucho menoscabo el pertrechar de suministros para cuatro meses a veinte piqueros con un talego de quinientos ducados. De ello extraje que en las tripas de los labradores tabareses pronto se podría jugar a las cañas. Pero aquí no acaban los enredos. El tránsito a la villa era tan escaso que la vegetación por el activo efecto de la naturaleza se apoderó de la vieja vereda, hasta el punto de hacerla desaparecer casi por completo. De la tupida campiña de jarales surgió, como por ensalmo, un aparatoso carromato enrejado de hierro.

Al santiamén que el palafrenero avistó desde el pescante a un pastor llamado Acacio, se detuvo a su lado y le preguntó a regular modo: ¿Rabadán, cuánto hay de aquí a Tábara?

–Algo más de media legua; si vais con prisa os llevará media hora –le contestó atarantado de miedo.

El asunto no era para menos; serán suspicacias mías, pero hay dos cosas que me sobrecogen el ánimo: Oír encordar las campanas a mediodía y el paso de un carro de presos. A corto trecho, al carro que llevaba dentro los trastos de torturar lo secundaba un séquito de varios religiosos. A caballo, sin conceder a su fatiga tregua, andaban a pellizcos culpando sus inicuas ligerezas. Por el hábito blanco y capa negra parecían tres cornejas vestidas de dominicos. El primero, de sarcástico aspecto, tenía los ojos hundidos a tal punto que parecían metidos en dos cuévanos de vendimiar. Al segundo, que tosía de peste, en la obtusa frente le había florecido un único ceño, del que partía una larga sierra de napia averrugada como un pináculo catedralicio. El último, que aireaba la cabeza con dos larguiruchas orejas mayores que las de un asno, de la pálida boca le brotaban dos feroces colmillos a guisa de esforzado jabato; transmitía tal inhumanidad que tenía cara de verdugo. El pastor, como si quisiera anticiparse a lo que yo pueda imaginar, se encaró con él y le dijo: Dónde iréis tan aprisa frailotes; ¿acaso vais a salvar las leyes del reino?

–Apartaos, simple, que no quiero dar parte a ganapanes de un atropello –lo despachó resabiado arreando unos latigazos a las posaderas de la mula.

–Dura jaula que se haya visto por el lugar –masculló con razón de bulto.

Acacio, temiendo verse en pelotas en el potro, bajó la cabeza y se fue cavilando sobre la prava vida del campo, azuzando, ¡risa, risa!, las ovejas con su boca tuerta, sin producir más justas quejas.

Yo, retornando al redil de mi ensayo, diré que los inquisidores, que venían con una ejecutoria en la mano, desde el mismo momento de

aposentarse comenzaron a declarar a los cuatro vientos los motivos que traían entre manos. Enseguida iniciaron las pesquisas, no solo contra los difusores de la herejía protestante que aún vivían, sino también contra el exsacerdote cuyo cuerpo reposaba aparentemente en paz desde tiempo hacía.

–Mi escribano, que hablé: Sepan... cuantos estuvieren formando el santo tribunal, cómo en este lugar de Tábara donde se aposentaron antaño moros y judíos, al presente comparece el sacerdote de Perilla llamado Ireneo.

–¡Esta es la audiencia! ¡Este es el tribunal!

–Es menester Casto, que operemos con gran sigilo.

–Aquí está quien nunca miente –dijo alocado el delatado.

–En principio, no hayáis miedo.

–Como no sea por chismoso, ¿de qué me acusas, Severino?

–Asentaos y vete dando testimonio; que si decís la verdad, prometo ampararos.

–¿Cuánto va que los efectos se truecan, Ireneo? Desde que se descubrió la maraña enseguida que vi tu expediente me dije, aquí tengo un partidario de la Reforma.

–Trasluzco que queréis saber si mi creencia es luterana.

–A mí me da igual lo que digas –se impacientó enseñando los dientes Cresconio el Cubiculario.

–En conciencia, ya pensamos que sí –carraspeó Sarracino del Horno, inclemente.

–La duda nunca hizo cosa buena, muchachos.

–¿Qué duda? Por Santa Coloma, ¿habéis oído hermanos? Nos ha llamado muchachos… –se escandalizó el socarrón Falcón Rancio.

–Pues explícate, ¿a qué esperas?

–La carne y el vino son dos de los enemigos del alma y del cuerpo. Padre Severino –añadió– solo Dios sabe de mi inocencia.

–No perdamos más tiempo.

–Hay que tomarse las cosas con calma, Cresconio; vete calentando las herramientas.

–¡Y nos respondes con esa flema! ¡Qué insolencia, poner en duda la presencia del cuerpo de Cristo en el milagro de la última cena!

–Eso Ireneo, es cosa venenosa de protestante.

–Mentira, traducís mal mis palabras. Ahora mismo ante este crucifijo declaro, padre Severino, que si así fuera, en virtud doscientos palos me duelan.

–Pardiobre con experiencia, señor inquisidor. Disimular es fuerza; no es para fiarse de quien ha de tener paciencia.

–Mis costillas son mi lengua –insistió Ireneo desafiante.

–Detente infame, ya has colmado la medida.

–De macilento te verás, de recibirlos en el tormento de manos de

fray Cresconio.

–Mala cosa es empezar hablando de palos –le apuntó al perillán el escribano.

–Qué desdicha Casto, echarme con la carga de la culpa.

Ireneo fue un pobre desgraciado expulsado del sacerdocio; admitido a la reconciliación, le hicieron portar el sambenito durante diez años. El castigo consistía en que en la puerta de la iglesia el penitenciado portara una coroza de cartón y un peto con dos cruces amarillas los días de misa, para que lo viesen los católicos.

Hasta la casa palacio fue registrada en aquellos días, y tampoco el propio marqués se libró de las pesquisas.

–¿Qué bulla? ¿Qué ruido es este? –dijo alarmado –¡Excelencia, llama a la puerta la justicia!

–¿Qué justicia?

–La que nunca duerme, somos del Santo Oficio.

–¡Aquí la única justicia que hay, soy yo!

–¡Abra…!

–¿Qué se os ofrece?

–Venimos a revisar la biblioteca.

Mientras pasaba esta breve plática, introdujeron a alguien de tapadillo. Don Bernardino mudó de color al ver que traían con ellos un delator que permaneció esperando de pie en un ángulo del recibidor.

–Extraña obsesión, este del capuz. ¿Por qué viene tapado?

–Es para protegerlo.

–¿De mí? Gran asombro me causáis, pues nada tengo que ocultar. Pasad a inspeccionar los libros… –Señor marqués, cooperar os favorece.

–Entremos adentro.

–Tú, haz lo propio –avivaron al encapuchado.

–Qué veo –dijo, abrumado, al encontrar las estanterías de la biblioteca colmadas de libros.

–No decías que estaba aquí.

–Yo la vi, señor inquisidor.

–Pues a ellos; tu recelo podrá pasar a evidencia.

–Anda que no tienes materia en qué tropezar.

–Nunca acá hubieras venido tapado, modelo de espantajo.

–Por la voz no es otro que el rapabarbas.

–Buscará vengarse.

–Quién me iba a decir que fuera capaz de venir embozado a echar leña al fuego a esta casa –dijo el marqués al bufón.

–¡Mal rayo os parta!

Entonces don Bernardino, que era mal sufridor, alterado dijo: Gran majadero; si piensas que a mí me engañas, ya te pondré como un lirio.

–Acate la ley, excelencia, que todavía no hay delito –lo aplacó fray Sarracino.

–¡Malandrines, canallas, que esto nos pase en España!

–Calmaos hasta que se corrija la molestia.

–Señor, verlos vacilantes pasma. ¿Sabe algo de quienes son los otros sospechosos? –preguntó Crestón algo asustado.

–Ni lo sé ni quiero saberlo. Digamos amén.

Entre tanto los inquisidores se decían: Mirad esto.

–Parece una simple Biblia –auspició fray Cresconio el Cubiculario.

–Aquí la pesco... –dijo, al cogerla, el inquisidor– Ahora haya la fatalidad de no ajustarse fielmente a los textos de San Jerónimo.

Ojeó fray Severino las primeras páginas y dijo: Es la del Oso. Lo siento, don Bernardino, pero la tengo que requisar. –Maldita sea, ahora mismo no acierto a explicaros cómo pudo haber llegado a mis manos.

–¡Plaza a don Alfonso Enríquez, conde de Alba y Aliste y comendador de la Orden de Santiago! –gritó el mayordomo.

Vestido a la tudesca, apoyando la mano izquierda en el pomo de la espada, irrumpió a tiempo en la sala el conde dispuesto a atemperar las ínfulas de su primo.

–No nos anublemos en teologías, Bernardino, que ya está todo acabado; por sí misma, no es delito la desdicha de que tengas una biblia protestante apilada en los estantes.

–¡Qué oportuno llegas, Enríquez!, pues estaba en trance de emprenderla a mandobles contra estos atrasados frailotes.

–Acérquese si ningún temor a nos, don Alfonso.

Se frotó el conde la frente con un pañuelo y dijo: Seamos francos, compañeros; antes que el abuso del santo Oficio esté en boca de todos, pondré claridad en esto.

–Desgrane el quid de la cuestión…

–Pues que se haga la competencia entre nobles.

–Falcón, deja de meter puyas y prestemos atención.

–Os confieso que compré al peso un fardel de libros recién traídos de Flandes y, sin reparar lo que fueren, se lo regalé a mi primo para compensarlo del malentendido familiar que tuvimos cuando unos bandoleros le incendiaron la panera.

–¿Ha visto con qué truhanería ha salido don Alfonso?

–Todo el crédito se me bambolea, Fabricio. No sé qué será mejor, si pasar por luterano o por pánfilo con gran librería.

–En este trance conservar la vida es lo que importa.

–Bueno sería, conde… para que no se enrede el expediente que conociéramos toda la urdimbre de su propia boca.

–El lote se lo compré a un judío de la Horta.

–¿De dónde decís que era?

–De la judería de Zamora.

–¡Soez ralea que se conozca!

–Maldita falta que le hacía, marqués, para surtirse de libros –picó con malicia Cresconio.

–Ya sé que todos queremos hacer escrituras al momento. ¿No estoy en lo cierto? Esto que os digo no es broma; si os empeñáis en juzgar a mi primo, hacedlo por nigromancia.

La elocuencia desplegada por don Alfonso había sido tan persuasiva que enseguida hizo efecto en el principal inquisidor: Creo que dice la verdad; no es un caso de herejía, compañeros.

–Casto, vete haciendo balance de lo dicho por el relator.

Don Bernardino aprovechó que los inquisidores se enfrascaron con el escribano en extractar la enjundia, para reemprender con su primo la polca. ¡Ah, tunante!; ¡me engañaste, sanguijuela!

–¿Acaso no te hice llegar los libros que hoy lucen embelleciendo las estanterías de esta recamara? Supongo que el libro vendría metido en el envío por quién sabe qué demonio.

–No tengan cuidado, el caso está cerrado –dijo el escribano para atemperar el conflicto. Que no se vea en otra.

–Una encerrona como esta, señor, no la puede excusar.

–Tranquilo Fabricio, tengo dónde repararme.

Don Bernardino se tumbó en el escaño y, para relajarse, estuvo leyendo un manual sobre la eficacia del sextante, aparejo que sirve para determinar la latitud en la navegación marítima, hasta que se durmió. Acabada la siesta el marqués se levantó de tan buen humor que le dio las gracias a su primo por la astucia escénica que utilizó para salvarlo de las garras de los inquisidores. Para celebrarlo, una vez ensillados los caballos y reunidos los podencos, don Bernardino marchó con Alfonso Enríquez de cetrería al paraje de don Rodrigo. La caza no se les dio mal, trajeron dos conejos. Salió a recibirlos el maestresala Liborio Guisado.

–Ya que eres tan diestro en la cocina –le dijo don Bernardino– dinos cómo aderezáis los conejos en Braganza.

–En buen aceite de oliva al sellado de la carne y dorada la cebolleta y refrito el pimentón, añádase generosa una copita de Oporto, gran menestra de berenjena, pimiento verde, tomate, sal, tomillo y una hojita de laurel. El plato se servirá calentito.

–La boca se me hace agua.

–Vuecencia... bien sabe lo que me place servirlo. ¿Para cuándo lo quiere?

–Aprisa para la cena; no escatimes los condimentos.

Al conde, que le rugía la tripa en ristras de longaniza, no paró de preguntarse: Desde que comimos gracias a Dios, ¿cuándo cenaremos, bendito sea Dios?

Eran las nueve cuando entró el maestresala en el comedor con la bandeja en la mano, y preguntó: ¿A qué aguardan vuestras mercedes para ponerse a cenar?

–Bernardino, en atención a las narices el guiso me parece cosa de chuparse los dedos.

–Yo lo único que pido es que no vayan por ahí los frailes propagando la retahíla como cantores de capilla.

–Y qué más te da, si estás a la sombra de un gran baluarte.

Después de nutrirse el conde con la engañifa entruchada, se embozó la capa y se fue a tomar el fresco por la plaza. Quedaron solos en la estancia el marqués, el maestresala y el bufón el cual, al notarlo suspenso, le preguntó intrigado: ¿Señor, en breve circunloquio qué puede entresacar de la menudencia?

–Qué voy a sacar, sino quejas; que hasta el más amigo ha de darnos en la barba.

–Como cuenta la fábula, que dijo aquel mochuelo que dormía en la misma posada que la zorra, con el amigo incierto hay que tener un ojo cerrado y el otro abierto.

Escocido el marqués se repuntó y dijo: Fabricio, por vida de la sota de bastos no hay peor carta que la del mismo palo.

–¡Ojalá vuecencia pueda acertar el porvenir del juego!

–Pues dame tu versión, Liborio.

–Me contaron de un marinero al que su padre, dándolo por muerto en los acantilados de Cornualles cuando la armada luchaba contra los elementos, lo desheredó legando las miajas de su hacienda a unos frailes que socorrían a los menesterosos. El hijo, luego, volvió del naufragio viéndose reconvertido en uno más de los gandules que vagan por la vereda de Compostela. Y para desembrujarse de lo que atribuía a una efímera adversidad, se amodorró como un carnero, en un rincón del arruinado molino de Valcuevo, a pensar qué hacer con su vida. A poco de estar allí se posó en la pared una bonita lechuza que, hechizándolo con el movimiento de sus ojotes, le dijo: Si quieres alejar tu malaventura, restriega los zaragüelles en la burra y lánzalos al albur del destino. Se los quitó, ofuscado por el encantamiento, y puso tal frenesí que los hizo trizas. Sin darse cuenta metió los andrajos en el morral, que contenía un mendrugo de pan seco y una cebolla, y lo arrojó a lo más alto de una viga destejada para luego pasar al sereno la triste noche quejándose de hambre. Muy temprano se expuso a la escarcha de la campiña con el raído taparrabos que, de tanto revolcarse, parecía un mendigo ceniciento. Como la vereda de la ermita de San Mamés y San Blas no tiene quién la fíe de toparse con alguna cuadrilla de bandoleros, andaba echando el bofe por el paraje de la Rivera.

Por conversar, se acercó a un vaquero que estaba sentado en una

piedra a la vera de un roble, y le dijo:

—Buen hombre, ¿cómo se llama?

–Me llamo Bastardo del Prado Verde.

–Huy, qué jodida concordancia.

–¿Y tú?

–Fortunato del Camino de Santiago.

–Yo solo quería preguntarle ¿por qué vienen a pasar las culebras de los juncos al otro lado del vallado?

–Pues saldrán como tú, a dar en paseo.

–¿Acaso buscan calor?

–Pues claro.

–Será que la humedad se acaba en el arroyo.

–¿Y yo qué sé? Porque quieren. Otro día vi una, echada así en la regadera; pasé a su lado, sin hacerle nada, a coger un canto para poderle dar. Cuando volví ya estaba la mitad dentro de la pared, se había escondido –señaló con el índice, arqueando el brazo.

–¿Era grande?

–¡Sí, era grande, grande!

–Pues no se deben matar.

–Ya alguna vez se han matado en las calles de pueblo.

–La culebra, Bastardo, es un gran aliado del agricultor porque come ratones y topillos que estropean las hortalizas.

–Dicen eso, pero aquí el que puede matarla, la mata.

–¿Y este perro, cómo se llama?

–Ja, ja, qué pregunta; se llama Chispa.

–¿Y cuántos años tiene?

–Hombre, no; tendrá poco más de uno.

–Entonces es un cachorro.

–Lo que tú digas. Bueno, pues tengo que marcharme que se me marchan las vacas. Y atajó con los chanclos por la pradera enfangada, mascullando: Hay qué carajo; aparecerme a estas alturas de la vida un jodido fauno. Anda, que tire para adelante.

Fortunato divisó la torre de la villa en lontananza; aliviado, no se descuidó mucho en andar las dos últimas leguas.

–¿Qué villa piensa que sería esa?

–Sin hacer mofa de la figuración de titiritaina, me concuerda con esta de Tábara, donde no hay muchas manos que hagan buenas obras. ¿Y qué pasó luego?

Ansioso porque le dieran vestido y quitar el hambre, al arribar a la plaza se puso a tocar picaportes y solicitar limosna: ¡Por amor de Dios, socorredme!

–Al grano, Liborio. ¿Encontró caridad el peladillo?

–Para justa franqueza, no; que ir pidiendo por las puertas no es cosa bien mirada en este pueblo.

–Ni que pedir fuera obra de un malintencionado.

–Pues verá, en vez de darle pan bendito, a Fortunato lo cataron de loco y la borricada de la Fuente los Caños corría tras él voceando: ¡No lo crean, es un sátiro, que le den por saco!

–Dios mío, qué animales. Ya estaba en que el marinero recibiría el azote de los inconsiderados. Te agradezco, Liborio, tus afanes por adobarme la velada con esta historia inventada de milicos de mala fortuna.

–Callad, que hay ruido en el pasillo –dijo el bufón.

–¡Alguien viene, Fabricio!, ya se escucha más de cerca.

–Ya llega el conde con otro embuste; ¡mal afán lo acabe!

–No andemos a cantazos, Bernardino.

–Alfonso, idos a pendenciar con el diablo que os trajo.

El marqués, después de dar rienda suelta a su desagrado, hizo con el atizador una cruz en la ceniza, como es costumbre para que no entren las brujas por la chimenea durante la noche. Los fanáticos dominicos, en secreto, violaron el sepulcro de Doroteo, y desenterraron su cuerpo por considerar que había muerto impenitente.

Los partidarios de la Reforma fueron examinados en aquel tiempo espantoso por los esbirros del inquisidor Valdés. Hubo que pagar un sueldo a un alcaide y a dos centinelas, y la cárcel de la Fuente de los Caños se llenó de sospechosos.

Y como la pérfida institución no cambiaba sus mañas, supongo que los apresados fueron atados y descoyuntados en la rueda o atormentados con algún hierro encendido que le arrimaran a la cara cogido por las tenazas.

Los huesos de Doroteo fue lo único que se llevaron los inquisidores de Tábara en el carromato de presos, y fueron arrojados al brasero que se preparó con motivo del auto de fe celebrado en Valladolid el 21 de mayo 1559. No dudo que la cárcel se usará para otras ocasiones.

CAPÍTULO XI

Parábola de la ficción

El caballero Alonso Quexada, una vez que consiguió vender la producción de costales, dejó la posada y regresó a Cervantes de Sanabria.

El calor era de los que hacen justicia al mes de julio. Yo sabía, de otras veces, que pasado el calvario de los tres primeros kilómetros entraría en trance, y los otros tres se me harían más livianos. Así fue que en el delirio debí subir el puerto de la Furnia como una bala al caso que, sin darme cuenta, ya estaba llegando a la fuente del Cántaro. Mi propósito de aliviar de inmediato el sofoco con un trago de agua, se vio frustrado porque un parroquiano baldeaba la fuente para rellenar un recipiente. Nada de extraño; en silencio, como había llegado, esperé paciente a que terminara, de pie en el altillo de piedra apoyando las dos manos en el bastón.

Enseguida me di cuenta que el hombre, por su cara de asombro, no se había percatado de mi presencia. En verdad que, con el sigilo que llegué, mi teatral actitud dio solo para un ¡hola, buenos días! Él me confió el saludo y entabló conversación como si fuera otro escoberano: Ya estás aquí, pero si hace muy poco estabas allí arriba en lo alto de la cuesta.

Por momentos, tuve la extraña sensación de sentirme reencarnado en un duende y, escueto, le contesté con un sí. Luego, desconfiando, miré por si se me había aposentado en el hombro algún mico de la jorguina calaña.

—¡Alerta –grité– que ya estamos de farsa!

–Caramba, ¿qué…? ¡Osado peludo! –reté a mi sombra.

–¡Mal avezado! ¡Calabacín! –me contestó el alma.

–De poca enmienda, le dije ¡apártate, no lo haré más!

Bebí tres pequeños sorbos de agua, que recogí con el cuenco de la mano, y emprendí el retorno. Cuando apenas llevaba treinta metros que correr fuera gracia, sentí que el hombre intentaba en vano arrancar el coche, y una, dos y tres veces escuché el dichoso ruido de la mecánica frustración. Volví la cara como ofreciéndole ayuda pero él, intuyendo el gesto, me dijo que siguiera, que el coche arrancaba cuando quería. Me correspondió con ¡vete con Dios! a la mano. Desgobernado por el remusgo del dime y el direte, pensé ¡mala menestra, si así gesticula el cuervo, que el cielo lo ampare!

¡Que de ello pase la situación por chiste!, a ver quién quiere la ayuda del jorobado bribón de los nublados, y es justo que se entienda

que nublado en esta comarca equivale a duende, un ser que es capaz de hacer llover piedras. Cuesta abajo zumbaban los mosquitos. El silencio de la meseta de Campolimas se rompió por el chirrido de una cría de milano que, desde los robles del cercano bosque, reclamaba comida. Buen presagio que su madre le contestara ¡ya voy! Al albur de los trasgos que campean por el molino Ramajal me vino tal lucidez que volví con la barjuleta llena de conjeturas en que componer más adelante.

Por el pueblo me encontré con mi amigo Manuel, que leía mucho pero a párrafos sacando y metiendo libros de los estantes. Intrigado, me preguntó que quién era el tal Quexada. Sin ánimo de levantar polémica le dije que de la Requejada se derivó Quexada y después Quijano, el apellido que interesó a Cervantes para sacar de aventuras por los campos de La Mancha al sin par caballero don Quijote.

Estoy seguro Manuel, que de haber leído seguido «Cuentos de Tabararia» desde el principio, habrías sacado la consecuencia, aunque yo no he escrito solo para perspicaces.

–De una pieza, dijo. ¿Pero quién fuiste tú que tal escribiste?

–Pues no lo sé, pero he aquí el estrago. En premio de rondón, ya estás puesto en el libro.

Estupendo motivo para escribir de todo, que a sabiendas anduve con la pluma cultivándome en las letras.

Y entonces, al freír de los huevos, me fui disfrazado de demonio.

Yo, amigo lector, compuesto el ensayo decido retornar del Siglo de Oro al presente. Ataviado de sombrero parto muy temprano por el camino de Escober a ver si logro ampliar la ilusión que me lleve a emprender un nuevo derrotero. Es domingo, un día que normalmente dedico al asueto. Nada de esto diría si no supiera que las cosas del mundo rural también le pueden interesar al lector y, como me imagino la sonrisa de alguno, para no contrariar a nadie en adelante seguiré interiorizando el conocimiento de la lingüística campesina.

[1] Capítulo V de El Quijote.

[2] Tercer verso del Acto del repelón de Juan del Encina, según la edición de Hans Gysser, Salamanca, 1509.

[3] Nido. En el dialecto leonés occidental.

[4] Don Quijote de la Mancha. Segunda Parte. Capítulo XXVI.

[5] Relación de la batalla de Pavía y prisión del rey de Francia Francisco I. Por fray Juan de Oznaya, publicado entre los siglos XVII y XVIII. Biblioteca Digital Hispánica.

[6] El Baladro del sabio Merlín. Capítulo XXVI, pág. 11.

[7] ¡Huid fuerzas enemigas! ¡He aquí la cruz del Señor nuestro Jesucristo! Práctica de exorcistas y ministros de la Iglesia. Escrito por el padre Benito Remigio. Impreso en Barcelona en la plaza del Ángel, 1693.

[8] Práctica de exorcistas y ministros de la Iglesia. Escrito por el padre Benito Remigio e impreso en Barcelona en la plaza del Ángel en 1693, pág. 147.

[9] Letra de un palo de la Danza de Tábara.

[10] Génesis 3: 14-24.

[11] Isaías 65: 17

Colección Lunaria, nº 77

CUENTOS DE TABARARIA

© De los textos
JOSÉ MARÍA FÍNCIAS SERRANO

© De la edición
CELYA
Apdo. Postal 1.002
45080 Toledo (España)
Tel. 639 542 794 www.editorialcelya.com
celya@editorialcelya.com

Diseño de la cubierta
Carolina Bensler www.carolinabensler.com

1ª edición: Junio, 2017

ISBN: 978-84-16299-49-2
Dpto. Legal: TO 358-2017

Imprime CELYA

Cual quier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de la propia editorial CELYA, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro. org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.